

EL LEGADO  
MONTBRYCE 3

ANNA  
MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS  
DE MEDIEVAL MÁS VENDIDA DE  
USA TODAY

Redención

Redención  
El Legado de Montbryce

Libro Tres

**ANNA MARKLAND**

# Contenido

[Página del título](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Copyright](#)  
[Más sobre Anna Markland](#)  
[Sangre Normanda](#)  
[El Rey Está Muerto](#)  
[Muerte y Destrucción](#)  
[Tentando al Destino](#)  
[Alnwick](#)  
[Sangre Y Carnicería](#)  
[¿Quién Eres Tú?](#)  
[Viejos Amigos](#)  
[Un Lugar Peligroso](#)  
[Nuevas Reglas](#)  
[Vuelo](#)  
[Noche De Bodas](#)  
[Una Última Vez](#)  
[Un Largo Viaje](#)  
[Shelfhoc](#)  
[Instalándose](#)  
[Enfermedad](#)  
[Confesión](#)  
[Robert Vuelve A Casa](#)  
[Visita Inminente](#)  
[Enfrentando La Verdad](#)  
[La Personificación De Todo Lo Que Detesto](#)  
[Cruzada](#)  
[Persecución](#)  
[Huida Desesperada](#)  
[Nacimiento](#)  
[El Largo Camino A Casa](#)  
[Vuelta A Casa](#)  
[Reconciliación](#)  
[Epílogo](#)  
[SOBRE ANNA](#)

# Dedicatoria

Intenta no convertirte en un hombre de éxito,  
Sino más bien en un hombre de valores  
~Albert Einstein

**Para mi padre William Gaskell**

**Un muchacho de Lancashire de pies a cabeza,**

**Honesto, leal y sincero**

# Copyright

Redención de Anna Markland

Libro Tres, El Legado Montbryce, Edición Aniversario © 2011, 2018 Anna Markland

[www.annamarkland.com](http://www.annamarkland.com)

Todos los derechos reservados. Este libro está licenciado solo para su disfrute personal. No puede ser revendido ni entregado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta autora. Este libro o partes de este no pueden ser reproducidos de ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación, ni transmitidos de ninguna forma por ningún medio—electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo—sin el permiso por escrito del editor, excepto según lo estipulado por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Este es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencia..

Portada de Dar Albert

### Elogios para Anna Markland

“Europa a finales del siglo XI es el escenario de este hermoso y bien narrado romance histórico. Lleno de personajes interesantes, una trama sólida y fondos coloridos, esta historia me atrapó y me mantuvo pasando páginas hasta el final. Es una historia muy bien escrita, bien pensada y estructurada. Recomendaría este libro a cualquiera que disfrute de una buena historia.”

~Susan, reseñadora de Goodreads

“Esta sensual y agridulce historia de amor entre Agneta y Sir Caedmon Woolgar está bellamente escrita.”

~Mimi Barbour, autora de His Devious Angel

“Estoy tan intrigada por los personajes de estas historias. Me encantan las mujeres fuertes que luchan por superar sus propios demonios, así como los hombres complicados que también deben descubrir su propio valor. Estoy absolutamente enganchada.”

~English PH, reseñadora de Amazon

“Anna Markland teje una historia fantástica de amor, pasión, emociones crudas y conflicto interno. Los personajes se vuelven personas reales y me transporté de vuelta a la Inglaterra del siglo XI, con todas sus pruebas y tribulaciones. Las experiencias y realizaciones de Caedmon durante la Cruzada son tanto crudas como iluminadoras. ¡El detalle histórico integrado en su historia de amor es simplemente brillante! ¡Una lectura fantástica!”

~Lorrie A., reseñadora de Amazon

## Más sobre Anna Markland

**Anna es una autora bestseller de USA Today que ha escrito más de sesenta romances históricos premiados y muy queridos, ambientados en la época medieval, vikinga, de los highlanders, el Renacimiento y la Regencia. No importa el escenario histórico o geográfico, muchas de sus series narran las aventuras de generaciones sucesivas de una familia, con énfasis en la importancia de la ascendencia y el honor. Una lista detallada con enlaces se puede encontrar en <https://www.annamarkland.com/>**

**Es una autora independiente, por lo que difundir su libro es vital para su éxito. Si disfrutaste de este libro, por favor considera escribir una reseña en la tienda donde lo compraste. Las reseñas ayudan a otros lectores a encontrar libros.**

.

# Sangre Normanda

Edwinesburh, Escocia, 1087

—La casa parece tranquila con Caedmon fuera —comentó Enid mientras ayudaba a su señora a prepararse para dormir.

—See—respondió Ascha con un bostezo. Luego se rió—. Escúchame. He vivido tanto tiempo en Escocia que he olvidado cómo hablar mi propio idioma correctamente.

—Más de veinte años —confirmó la criada con una solemne inclinación de cabeza.

Ascha no necesitaba decirle a Enid cuánto apreciaba su lealtad durante esos largos y a veces difíciles años. Había huido de Inglaterra con su señora, y había guardado el secreto. La única otra persona al tanto de la verdad—su hermano Gareth—había muerto años antes.

—Y ahora el monstruo normando responsable de nuestra huida está muerto. Por fin. No podemos culpar a Caedmon por querer celebrar la muerte del Conquistador con sus amigos. Supongo que se alzarán muchas jarras en las tabernas esta noche.

Enid frunció el ceño y golpeó el almohadón.

—Escuche mis palabras, estamos más seguras quedándonos aquí en Escocia. El hijo del Conquistador será igual de cruel como rey para los ingleses. Está en su sangre normanda.

El color se desvaneció del rostro de la criada tan pronto como se dio cuenta de lo que había dicho.

—Perdón, mi señora. No lo pensé. Quise decir...

Ascha se recostó en la cama.

—Lo entiendo. Tú y yo hemos convencido a nuestros compañeros sajones aquí en Escocia de que Caedmon es hijo de un héroe martirizado de Hastings. Nosotras mismas solemos olvidar que su verdadero padre es un normando.

Quiso decir más, protestar que no todos los normandos eran crueles e insensibles. Caedmon era un joven inteligente, apuesto y considerado, la viva imagen de su verdadero padre. Le agradecía al Señor por ello. El marido muerto en Hastings había sido un bruto abusivo.

—Estoy segura de que, si Caedmon hubiera crecido sabiendo su verdadero linaje, no habría cambiado al hombre que es —dijo.

Enid se encogió de hombros mientras apagaba las velas.

—Nunca lo sabremos. Buenas noches, mi señora.

—Buenas noches.

Ascha se quedó mirando en la oscuridad. Habían pasado veinte años desde que se acostó con Ram de Montbryce, pero todavía recordaba cada detalle del breve pero satisfactorio romance con un hombre que sabía que nunca podría tener. ¿Se encolerizaría si alguna vez se enteraba de que había tenido su hijo y no se lo había contado? Recordaría para siempre el sonido de su voz, la sensación de su toque, el cumplimiento de su virilidad dentro de ella. Había tomado la decisión antes del nacimiento de Caedmon de nunca contarle a su hijo quién era su verdadero padre. Entre sus compañeros refugiados sajones, ser hijo de un mártir de Hastings era algo noble, mientras que ser el bastardo de un normando...

Había jurado dedicar su vida a su precioso hijo, y no le importaba su notable semejanza con el Conde de Ellesmere, encontrando consuelo en ello. Estaba segura de que los dos nunca se

encontrarían.

# El Rey Está Muerto

Caedmon Brice Woolgar amaba la risa.

Disfrutando de las carcajadas de los amigos ya bien entrados en copas, reunió su largo cabello negro en dos mechones y lo tiró hacia atrás con fuerza. Sacando la lengua y poniendo los ojos en blanco, continuó con su burla. —Dicen que William Rufus, el recién coronado Rey de los Ingleses, lleva el cabello rubio partido en el centro, y lo tiene apartado de su cara, que siempre está roja, como si estuviera enfadado. Por eso lo llaman Rufus.

Edgar se atragantó con su hidromiel. —No dejes que la hermosa Aediva te vea haciendo esa mueca —le bromeó—. Ya no te amaré.

Caedmon se encogió de hombros. —Aediva no me ama, aunque crea que lo hace.

—¿Y qué hay de la hermosa Audrey, y la voluptuosa Coventina—y la bien dotada...?

—¡Basta! ¿Puedo evitar que estas mujeres deseen mi hermoso rostro? —respondió Caedmon de buen humor, limpiándose la boca con el dorso de la mano tras tomar un largo trago de hidromiel oscura.

—No es tu bonito rostro lo que desean, mi fuerte amigo —comentó Leofric Deacon con tono sardónico, doblando su largo brazo hacia su cabeza y mirando con los ojos cruzados su propio bicep abultado—. Son esos impresionantes músculos.

—¡Sí! —fue la jovial respuesta, mientras las jarras se chocaban y las risas resonaban.

—Escuché que Rufus es un dandi que se viste con lo último de la moda, por más extravagante que sea —susurró Edgar Siward, caminando de forma afectada mientras la multitud en la taberna se apartaba para dejarle pasar.

Aliviado de que las bromas volvieran a Rufus, Caedmon continuó. —Se dice que los ojos del nuevo rey son amenazantes, su voz estridente, como si tratara de intimidar. Dicen que es un matón que se ofende fácilmente.

Leofric imitó las características que Caedmon describía, lo que provocó más carcajadas.

A pesar de la ligereza, todos se preguntaban si el hijo del odiado Conquistador sería tan cruel como su recientemente fallecido y no lamentado padre.

—Los normandos tienen problemas con todos los hijos ambiciosos de William. Robert Curthose no se conformará con ser Duque de los Normandos. Anhela el trono de Rufus —opinó Edgar—. ¿Sabían que cuando eran niños, Rufus y su hermano Henry una vez se pararon en un balcón alto y vaciaron una cámara llena de orina sobre la cabeza de su hermano Curthose? Debió de haberse aburrido de jugar a los dados.

Se sucedieron expresiones de disgusto.

—Tal vez, mientras están ocupados tratando de robarse entre ellos, podamos ayudar a nuestro Rey Malcolm a recuperar Northumbria —sugirió Leofric.

Caedmon dio una palmada a su amigo en la espalda. —Ojalá tengas razón. A mí también me gustaría reclamar un pedazo de Northumbria como mío.

—Como a cualquiera de nosotros —concordó Siward—. Es irónico que todos hayamos nacido en este país bárbaro al que llaman Escocia, sin embargo, somos marginados, los hijos de los sajones que huyeron de Inglaterra después de la Batalla de Hastings.

—Sí, y la mayoría de nosotros huérfanos, nuestros heroicos padres muertos en Hastings, o Dover, o en cualquiera de los innumerables enfrentamientos despiadados con los brutales normandos —lamentó Leofric.

—Y escúchenos. ‘Sí’, dice Leofric, como si fuera escocés —comentó Caedmon—. Suena

como si fuéramos escoceses, aunque somos sajones. Hemos tenido que aprender la lengua de los gaélicos para sobrevivir en la corte del Rey Malcolm. Sí, suena como si fuéramos escoceses, aunque cualquier escocés sabe que no lo somos.

—Al menos no nos hemos visto obligados a aprender el odiado francés normando —ofreció Edgar.

Eivind Brede se acercó desde un grupo cercano y se unió a la conversación. —Aquí estamos, sin tierras y sin poder, pero mirados por nuestros antepasados exiliados como la esperanza del futuro, el orgullo de nuestra raza. Ardemos por liberar un país en el que muchos de nosotros nunca hemos pisado.

Los pensamientos de Caedmon se fueron hacia su madre sajona. Lady Ascha Woolgar sentía un gran orgullo por él. Siempre había admirado su valentía al arriesgar el viaje a Escocia después de la muerte de su padre en Hastings—una mujer embarazada, sin nadie más que su hermano para sustentarla. Incluso después de la muerte de Gareth, había prosperado en Escocia y se había convertido en un pilar respetado de la comunidad sajona exiliada. Lady Ascha se aseguraba de que todos lo reconocieran como el hijo de un mártir de Hastings.

—Ojalá con todo mi corazón pudiera devolverle a mi madre su propio país, la tierra de su nacimiento —declaró solemnemente.

Sus amigos asintieron en acuerdo silencioso, y no se dijo palabra alguna durante varios minutos.

Todos hervían con el mismo anhelo, una Inglaterra gobernada nuevamente por los anglosajones.

—Nos estamos volviendo demasiado serios —dijo finalmente—. Hemos jurado ayudar al Rey Malcolm a expulsar a los normandos, al menos de Northumbria. Bebamos por eso.

Saltó a su asiento. —¡Por el Rey Malcolm Cenn Mór! Malcolm, el Gran Jefe —gritó, levantando su jarrón.

—¡Northumbria! —vino el eco.

—¡Sí!

# Muerte y Destrucción

Bolton, Northumbria, Marzo 1093

Agneta Kirkthwaite se agachó aterrada en el desván abandonado, temblando, a pesar del calor húmedo de los brazos de su madre, que la abrazaban con fuerza. Su padre, Sir Eidwyn, los había apresurado a esconderse tan pronto como los exploradores dieron la alarma.

—Asegúrate de tener tu daga, Ragna —amonestó Eidwyn a su esposa, con la voz tensa.

Los bárbaros escoceses habían aumentado sus mortales incursiones en los dominios normandos de Northumbria. Los Kirkthwaite no eran normandos, pero su mansión en el pequeño pueblo de Bolton, más próspera que la mayoría, podría tentar a los saqueadores. A lo largo de los años desde la Conquista, su aislamiento, así como sus alianzas con los normandos, les había ahorrado muchas de las devastaciones que otros nortumbrianos habían sufrido. En defensa de su hogar, Eidwyn y sus hijos se habían armado, al igual que los aldeanos, y estaban listos para un ataque.

Los gritos de batalla impíos anunciaron la llegada de los merodeadores, erizando el vello de la nuca de Agneta.

Ragna Kirkthwaite presionó su ojo contra una rendija entre las viejas tablas de su escondite. —El Señor nos salve —susurró, haciendo la señal de su Salvador—. ¡Están desnudos! Miró hacia otro lado y arrastró a su hija a través del áspero suelo de madera, más lejos de la pared.

—¿Quiénes son, mamá? —sollozó Agneta—. ¿Por qué nos atacan?

—Escoceses bárbaros —escupió su madre—. ¿Acaso nunca abandonarán su reclamo sobre Northumbria? Quédate aquí.

Ragna se arrastró hacia la rendija y miró nuevamente. Se sobresaltó y retrocedió rápidamente.

Aterrada, Agneta sujetó la manga de su madre. —¿Qué es?

—Hay sajones con ellos.

—Pero papá es sajón. ¿Por qué los sajones nos atacarían?

Ragna respiró hondo. —No lo sé, pero tu padre y tus hermanos los rechazarán, con la ayuda de los aldeanos.

El caos de abajo continuó durante un largo rato. Agneta se estremeció con los duros sonidos del metal contra el metal, los gritos de dolor y los gritos de triunfo. Luego, de repente, silencio. Se aferró a su madre durante largos minutos ansiosos, hasta que el olor acre del humo ascendió hasta su escondite.

Ragna se acercó a la rendija. Ahogó un sollozo y su frente se desplomó contra la madera.

—¿Qué sucede? ¿Qué es? —susurró Agneta frenéticamente.

Cuando su madre no respondió, Agneta se arrastró hasta la rendija y miró.

La casa está ardiendo.

Estaba a punto de apartar la mirada cuando nuevos gritos llegaron a sus oídos, y vio a su padre. Con la espada desenvainada, luchaba con dos saqueadores desnudos cuyos cuerpos brillaban extrañamente. ¿Estaban cubiertos de grasa?

—Papá parece cansado —susurró. Miró el rostro devastado por el llanto de su madre, luego

rápidamente volvió a mirar.

¡Nadie!

De repente, Aidan, un año mayor que ella, tambaleó hasta aparecer en su vista y cayó al suelo, sujetándose el pecho. Apareció un escocés chillando, saltó sobre su amado hermano de diecisiete años y le clavó una daga en la espalda.

—Aidan —susurró, con la garganta seca como el polvo. Frunció el ceño en angustiado desconcierto y se balanceó hacia adelante y hacia atrás, abrazando sus rodillas—. Han apuñalado a Aidan.

Su madre se arrastró lejos de la pared y se acurrucó, sollozando.

¿Dónde están papá, Branton y los aldeanos?

Agneta no pudo evitarlo. Se sintió atraída a mirar de nuevo la matanza. No pasó mucho tiempo antes de que fuera testigo de los asesinatos de Branton y de su padre. Los cuerpos ensangrentados y rotos yacían apilados en el patio. Los únicos sonidos eran el crujir de las vigas en llamas y la risa triunfante de los bárbaros que habían perpetrado este horror.

El miedo la atrapó mientras las lágrimas nublaban su visión. Su madre se había quedado extrañamente callada. Agneta sollozó, se limpió la nariz con la manga y miró nuevamente a través de la rendija. Su estómago se contrajo y parpadeó rápidamente. Un hombre con cota de mallas se agachó junto a Aidan. Lo arrastró hasta ponerlo en posición de sentado y sostuvo sus hombros con su brazo. Agneta apretó sus manos contra la pared, con las uñas clavándose en las palmas.

Por favor, no lo lastimen.

El guerrero apartó el cabello del rostro de su hermano y luego lo recostó nuevamente. Agneta presionó las palmas de sus manos contra la pared y arañó la madera astillada. Todo parecía haberse inclinado, y temía desmayarse.

Aidan, Aidan...

De manera inesperada, el hombre se balanceó hacia atrás sobre sus talones y se levantó lentamente, sacudiendo la tierra de sus calzas con los guanteletes. Con el dorso de su mano sofocó un grito que amenazaba con brotar de su garganta. Incluso desde su alta posición, él parecía un gigante.

¡Ay! Está mirando hacia arriba.

Su interior se revolió, pero obligó a su cuerpo a mantenerse quieto. El hombre se quitó el casco y, con el dorso de la mano, se limpió el sudor de la frente. Su cabello negro como el cuervo le caía hasta los hombros. No podía apartar la mirada. Pronto, otro hombre se acercó para quedarse junto a él, vestido de manera similar.

Estos son los sajones traidores.

Los dos hombres conversaron en voz baja, aun mirando hacia arriba. Ella no podía moverse, paralizada por el miedo y la fascinación. El hombre de cabello negro negó con la cabeza cuando el otro puso una mano en el hombro de su compañero. Ambos parecían preocupados. Se colocaron nuevamente los cascos, se dieron la vuelta y se alejaron.

Se inclinó contra la pared de madera y vomitó.

Las primeras franjas grises del amanecer iluminaban el cielo cuando despertó y descubrió que estaba sola. Las voces habían cesado, y la casa se había reducido a cenizas. El hedor del humo llenaba sus fosas nasales. Con manos temblorosas, apenas capaz de sostenerse en la destartalada escalera, bajó lentamente del desván, obligando a sus piernas entumecidas a moverse, y salió en busca de su madre. Una profunda esperanza quería creer que su padre y sus hermanos aún podían estar vivos, pero ¿por qué entonces no habían venido por ella? ¿Cómo

enfrentarían ella y su madre el mundo sin la protección de los hombres de la familia?

Deambulando aturdida, frotándose el humo de los ojos, era vagamente consciente de otras figuras tambaleantes. De repente, divisó a su madre, inclinada sobre un cuerpo. Agneta corrió hacia ella y la sacudió por el hombro. —Mamma, Mamma —la llamó, mirando los ojos sin vida de su amado papá.

No hubo respuesta al lamento que no pudo contener. Pensando que su madre se había desmayado, la agarró por los hombros y tiró de ella.

Debió haber gritado al ver la daga ceremonial, reconocida como una reliquia de su abuela danesa. Estaba clavada hasta el mango en el pecho de su madre. —¡No! —chilló con angustia—. ¿Y yo? ¿Qué hay de tu niña pequeña?

Intentó en vano arrancar la daga de la mano de su madre, desesperada por hundirla en su propio corazón, pero el agarre de la muerte era firme. Lanzando maldiciones roncadas al cielo gris, se desplomó, cayendo sobre el duro suelo, tirándose del cabello y vomitando sin control.

Más tarde, ese mismo día, unas monjas la encontraron acurrucada en una bola junto al cuerpo de su hermano y la llevaron al monasterio que estaba siendo construido cerca.

# Tentando al Destino

Edwinesburh, Escocia, octubre 1093

Lady Ascha Woolgar se preocupaba por su hijo. Él y sus amigos se habían aliado con una banda de saqueadores escoceses y habían estado atacando en lo profundo de Northumbria. Ninguna de sus súplicas parecía cambiar su opinión.

—Caedmon, eres demasiado terco. La gente pobre de Northumbria ya sufrió lo suficiente con los brutales saqueos del Conquistador hace tantos años. Por lo que he oído, la tierra y las personas que sobrevivieron apenas están recuperándose. ¿Y tú estás decidido a saquear allí?

—Solo atacamos las posesiones normandas —la tranquilizó él—. El rey Malcolm Cenn Mór no está preparado para atacar ahora, así que por el momento nos contentamos con escaramuzas.

Regresaban de sus incursiones sucios, golpeados y exultantes con el botín normando que traían. Se vestían, al igual que sus compañeros escoceses, con leines y brats, aunque Caedmon le dijo a su madre una vez que algunos de los escoceses se desnudaban al saquear y se untaban el cuerpo con grasa.

—Dicen que eso los hace más aterradores. Y tienen razón. A veces me aterrorizan a mí también.

—Eres un caballero sajón, Caedmon Brice Woolgar, no un bárbaro escocés.

Él le rodeó los hombros con un brazo.

—Madre, esto es buen entrenamiento para cuando el rey Malcolm lance su próxima ofensiva. Usamos principalmente picas y hachas. Ya soy hábil con la espada y esto me da más opciones. No tomamos tantos riesgos como los escoceses. Ellos son los asesinos fanáticos. Nosotros los sajones nos concentramos en despojar a los normandos de sus ganancias mal habidas. Y no te preocupes, no es probable que me despoje de mis ropas cuando vaya a la batalla.

Ascha negó con la cabeza.

—Hablas como si fuera una excursión.

—En su mayoría, eso es lo que es, aunque...

Ascha esperó, sabiendo que hablaría cuando estuviera listo. Él mordió su labio y se rascó la cabeza. Cuando habló, sus palabras la aterraron.

—Hubo un saqueo, hace unos meses, cuando me uní a ellos. No salió como Leofric y yo esperábamos.

Ascha lo miró fijamente a los ojos, temerosa de preguntar.

—¿De qué manera?

—No eran normandos.

Ascha se desplomó en una silla.

—¡Caedmon! ¿Saquearon a sajones? Dime que no lo hiciste.

Él se arrodilló ante ella y le tomó las manos.

—Ojalá pudiera decirte que no. Estábamos cerca de Alnwick, no lejos del castillo del Conde de Northumbria. Supusimos, por los escoceses, que todas las propiedades en esa área estaban en manos de los normandos.

Ella apretó sus manos.

—¿Pero no lo estaban?

Caedmon bajó la cabeza.

—Una no lo estaba.

Ascha esperó nuevamente. Aunque Caedmon era un guerrero, no era un hombre cruel, a diferencia del bruto que creía que era su padre. Ella reconoció su necesidad de confiar en ella. Se habían cuidado y dependido durante muchos años.

Se levantó y caminó hacia la chimenea.

—Cuando quedó claro que no eran normandos, los escoceses no podían disuadirse. Mataron al señor y a su familia. Tal vez eran daneses o sajones. Él y sus dos hijos lucharon valientemente, pero no fueron rivales para los bárbaros. No pudimos hacer nada. Su sed de sangre me enfermó.

La voz de Ascha le falló.

Él se arrodilló de nuevo ante ella, con la mano sobre el corazón.

—Admito que saqué el botín de su mansión, pero no maté a nadie.

Ella tomó sus manos y las apretó con fuerza.

—Caedmon, esto es demasiado peligroso. ¿Qué hacías cerca de un bastión normando como el castillo de Robert de Mowbray? Es una temeridad extrema.

Él frunció el ceño y se levantó.

—Madre, ¿qué otras opciones tengo, sino ser un mercenario? No tengo tierras, ni títulos. Debo hacer mi propio camino en el mundo. Mi habilidad como guerrero quizás me traiga riqueza. De lo contrario, no tengo nada que ofrecer a ninguna mujer si quiero casarme.

—Está la mansión en Ruyton.

Tan pronto como pronunció las palabras, Ascha deseó haberse mordido la lengua, pero temía lo que podría ocurrir si él seguía tentando al destino.

Él se volvió hacia ella.

—¿Ruyton?

Ascha se mordió el labio.

—Shelfhoc Hall era la propiedad de tu padre. Ahora es mía, y ha sido administrada por un mayordomo desde que me fui.

—¿Un mayordomo?

Ella no pudo mirar a Caedmon a los ojos.

—Sí, Ruyton está en los Marches galeses. Después de que tu padre muriera, el Conde de Ellesmere ofreció administrar y proteger Shelfhoc, para salvaguardarlo de los galeses.

—¿El Conde de Ellesmere? ¿Un normando? ¿Un conde normando administra tu propiedad?

Ascha se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, jugando nerviosamente con su velo, dándole la espalda.

—No todos los normandos son monstruos.

—¡Bah! Enséñame a uno que no lo sea. ¿Esta ha sido la fuente de tus ingresos todos estos años? Nunca se me ocurrió. Supuse que el dinero venía de la propiedad de mi tío Gareth.

Ella se giró para enfrentarse a su hijo.

—Parte de él sí. Como sabes, cuando mi hermano Gareth y su hijo Gawain murieron luchando por restaurar a Edgar el Aetheling al trono inglés, esta casa pasó a ser mía. Pero Shelfhoc es tu derecho de nacimiento, Caedmon.

Caedmon se rascó la cabeza.

—¿Qué precio impone este gran conde por su benevolencia normanda?

Ascha sintió que su rostro se sonrojaba durante la conversación, pero se mantuvo decidida a

mantener la voz firme.

—No hay ningún precio. Estaría vulnerable ante los galeses sin su protección.

Él se desplomó en una silla, estiró las piernas y puso los pies sobre un taburete.

—De acuerdo, madre, no me interesa irme a vivir a los Marches galeses. Aquí hay trabajo que hacer para el rey Malcolm. Necesitará guerreros fuertes para su próximo ataque a Northumbria. Los rumores dicen que será pronto.

Ascha no sabía si llorar o alegrarse de que no fuera a Ruyton.

\*\*\*

—Señor, su reina está gravemente enferma, seguramente no tiene intención de dejarla y atacar Northumbria ahora.

Sentado en la Sala de Cartografía de su castillo, el rey Malcolm Cenn Mór suspiró. Sus emociones estaban en caos. Duncan Kincaid era uno de sus consejeros más confiables, pero el destino ya estaba echado.

—La enfermedad de mi amada esposa me rompe el corazón. No se recuperará.

Se levantó y golpeó la mesa del mapa con el puño.

—Debo atacar ahora, Duncan. No basta con que el rey William Rufus nos haya cortado el acceso a partes de Cumbria que habíamos controlado con su maldito castillo en Carlisle. No, me insulta en cada momento, como su padre, el Conquistador.

Duncan cambió de postura, claramente incómodo.

—Pero no estamos preparados. Los sajones en nuestras filas son un grupo indisciplinado, y nuestros propios escoceses no tienen sentido de unidad.

Malcolm miró a Duncan a los ojos.

—Debemos recuperar Northumbria —dijo lentamente, alargando cada palabra, pero podía ver que Duncan seguía sin estar convencido.

—Majestad, el Conde de Northumbria tiene una fuerza altamente entrenada y bien equipada esperándolos allí. Han estado fortaleciendo la frontera durante varios años, especialmente después de las recientes incursiones sangrientas de renegados y sus secuaces sajones. Ustedes marcharán hacia un desastre.

Malcolm resopló con desdén.

—De Mowbray no puede estar en todas partes de Northumbria. Usaremos tácticas de evasión y marcharemos justo delante de él, hacia el corazón del territorio normando. Mi decisión está tomada. Será una victoria gloriosa. Northumbria será finalmente nuestra otra vez.

Duncan negó con la cabeza, y Malcolm se preguntó brevemente si debía continuar.

—Mi hijo Edward me acompañará, para que experimente lo que es aplastar a los normandos hasta el polvo. Podrá regresar a casa como un héroe y aliviar el corazón de su madre enferma.

El color se desvaneció del rostro rubicundo de Duncan.

—Pero, señor, él es el hijo mayor de la reina Margaret. Lo ha nombrado su heredero. Si algo le pasa a él...

Malcolm levantó la mano en un gesto despectivo y se volvió a sentar.

—No quiero escuchar más objeciones. Mi decisión está tomada. Convoca a los jefes de clan. Tenemos planes de batalla que trazar.

## Alnwick

—Estoy frustrado con nuestro lento progreso —se quejó Caedmon a Leofric—. Hemos estado en el camino todo el día y aún no hemos cruzado el Tweed hacia Inglaterra. La última vez que pasamos por aquí...

Se detuvo cuando su amigo apretó la mandíbula. Los puntos de referencia en la ruta habían despertado recuerdos no deseados del viaje de regreso desde Bolton, meses atrás, resucitando la culpa. Estaba contento de que la ruta prevista evitara la casa solariega que habían ayudado a destruir. El castillo de Alnwick era su destino.

—Tomamos Alnwick —había declarado el rey Malcolm en un discurso emocionante—, y Northumbria será nuestra.

—Paciencia —respondió Leofric—. Estamos comprometidos en una campaña más importante que ese desastre. Ten en cuenta que la mayoría de esta chusma escocesa va a pie.

—Y delante de nosotros —dijo Caedmon ásperamente—. Wyvern y yo estamos hartos de tragarles el polvo. El Gran Jefe podría al menos habernos puesto en la vanguardia con las otras tropas montadas.

Él y sus compañeros sajones estaban emocionados con la perspectiva de dar un golpe contra la poderosa fortaleza normanda y participar en la recuperación de Northumbria, pero era evidentemente frustrante que los escoceses no les prestaran atención.

—Aparentemente, el rey sostiene que este es el momento oportuno para atacar Alnwick con el conde fuera, en Bamburgh, en la costa —comentó Eivind.

—No es que lo sepamos —se quejó Edgar—, ya que no estuvimos presentes en las sesiones de estrategia.

—Supongo que solo podemos esperar que los informantes tengan razón y que el conde haya llevado a sus tropas con él —añadió Leofric.

—Escuché que de todos modos no tiene suficientes hombres para oponerse a nuestro ejército en batalla abierta —dijo Eivind.

La conjetura puso nervioso a Caedmon. Parecía que el rey Malcolm había basado sus decisiones en muchas suposiciones.

—Tendremos que completar el sitio rápidamente, antes de que Mowbray tenga tiempo de regresar de Bamburgh —dijo Caedmon—. Los soldados normandos son disciplinados, a diferencia de nuestro ejército.

\*\*\*

Dos semanas después de que el ejército partiera, la corte escocesa, vestida de luto profundo, lamentaba la muerte del Gran Jefe. Malcolm Cenn Mór y su hijo y heredero habían sido asesinados en una sangrienta emboscada en Northumbria, su ejército diezmado. Se susurraba sobre traición. Roger de Mowbray había sorprendido a los escoceses, atrapándolos antes de las murallas cuando se preparaban para sitiar Alnwick.

—La reina Margaret ha enviado a buscar la Santa Cruz Negra —murmuró Lady Ascha Woolgar, entre lágrimas, a Enid, apoyándose pesadamente en la doncella que había sido su confidente durante muchos años—. Es la posesión más preciosa que trajo de Hungría: un fragmento de la Verdadera Cruz, encerrado en una cruz de oro, con una imagen de Cristo de marfil —susurró, como en trance—. No sobrevivirá la noche. Su corazón está roto. La Santa Cruz Negra le dará consuelo mientras enfrenta la muerte.

Enid luchaba por controlar sus lágrimas.

Ascha se preguntaba dónde encontraría consuelo para su propio corazón roto. Caedmon no había regresado con los pocos sajones mutilados y malheridos que apenas habían sobrevivido a la trampa en Alnwick.

# Sangre Y Carnicería

Alnwick, Northumbria, noviembre 1093

Un puñado de monjas y monjes de la comunidad religiosa, acompañados por aldeanos de Alnwick, avanzaban a duras penas entre los montones de cadáveres ya en descomposición, esparcidos como muñecas rotas por el campo. La tierra había sido removida hasta convertirse en barro, luego endurecida por las huellas de las ruedas debido al hielo. Ya casi habían perdido la esperanza de encontrar a alguien más vivo entre la carnicería de la sangrienta masacre perpetrada por el ejército de Mowbray.

A pesar del aire frío, grandes nubes de moscas zumbaban alrededor de ellos incansablemente, atraídas por la sangre y el hedor de la corrupción. Perros desaliñados olfateaban los cadáveres desmembrados. Buitres flotaban ominosamente por encima de ellos. Cuervos más valientes ya picoteaban los ojos y arrancaban las uñas. Humanos escuálidos recogían lo que quedaba de los muertos.

—Rápido, Hermana, por aquí —gritó una voz inesperada—. He encontrado uno vivo. Creo.

Atormentada por el horror de la espantosa realidad por la que avanzaba, aterrada por la idea de caer sobre los caídos, Agneta luchaba por evitar que la bilis ácida subiera por su garganta seca. Tendría que aclararle a Thomas Swineherd que aún no era una hermana, solo una novicia. Los votos finales se realizarían una vez alcanzara la mayoría de edad. Llevaba en el convento—¿cuánto tiempo ya? Ocho meses—desde que había perdido a su familia y su hogar.

Entonces, su cerebro paralizado absorbió el significado de lo que había gritado Thomas. Levantando los bordes de su hábito, ya rígido por el barro, tropezó hacia donde un caballo nervioso resoplaba y se apartaba, con los ojos desorbitados. Un hombre yacía bajo el cadáver mutilado de otro guerrero caído. Los cuerpos estaban enredados, embarrados y manchados de sangre, y era imposible decir en qué bando habían luchado. ¿Era este hombre un normando, un sajón o un escocés? No le importaba. Ninguno de ellos valía la pena ser salvado. Si los cuidaba hasta su recuperación, se irían y volverían a matar, o serían asesinados. Así era la naturaleza de los hombres.

—Está gravemente herido, Hermana —dijo Thomas, ahuyentando un cuervo persistente—. Debemos quitar los demás cuerpos de encima. No parece un escocés—no quiero salvar a un jodido escocés. Bendito sea el Señor, su maldito Rey Malcolm murió aquí. Tal vez ahora se detendrán las incursiones. No lo habría encontrado si no fuera por su caballo que está de pie sobre él, como un perro triste.

Debería decir algo piadoso sobre que al Señor no le importa de qué lado luchan los mortales, pero las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Sí le importaba.

Thomas y otro aldeano lucharon por levantar el cuerpo rígido del guerrero caído, y Agneta cayó de rodillas sobre el suelo duro junto a él. Cerró los puños en su regazo, dudando en tocarlo, y buscó señales de vida. El hedor de su cuerpo la atacó con fuerza. Se enderezó, frunciendo el rostro.

—¿Estás segura de que está vivo?

—Parece que está respirando, creo. Huele mal también —rió Gilbert.

Se preguntó cómo alguien podía mantener el sentido del humor en medio de tanto dolor,

pero notó un casi imperceptible ascenso y descenso del pecho ancho del guerrero. Convencida de que era el frío que se filtraba en sus rodillas lo que la hacía temblar, extendió una mano y la puso cerca de sus labios, sintiendo una leve corriente de aire acariciar sus dedos congelados. Él gimió de repente y ella retiró la mano rápidamente, cayendo hacia atrás.

—No hay nada de qué temer, Hermana. Está en muy mal estado para hacerte daño.

Se sonrojó, sintiéndose tonta. Thomas tenía razón. ¿Qué había que temer? Si el hombre herido no estuviera allí, medio muerto, ella estaría aterrada de él. Era grande y probablemente intimidante de ver. Pero estaba herido, y su vida ahora estaba en sus manos. Ella tenía el control. Era una sensación incómoda y la sangre le subió a la cabeza.

No te desmayes, no te desmayes.

Recobrando la compostura, puso la palma sobre su frente y luego presionó el dorso de sus dedos contra su cuello. El calor de su piel calentó su mano helada.

—Está vivo —dijo en voz baja.

Y necesita jabón y agua.

El nervioso caballo retrocedió.

—Creo que su caballo tiene el olor de carne de caballo muerta en las fosas nasales.

El casco de hierro del guerrero estaba gravemente abollado y sospechaba que un golpe en la cabeza le había afectado la mente. Una herida morada serpenteaba desde su sien derecha hasta su barbilla. Había sangrado, pero no era profunda y la espada había evitado su ojo. El moretón hacía que se viera peor de lo que probablemente era. No podía decir si algún hueso estaba roto debajo de su pesado hauberk manchado de sangre. La peor herida parecía ser una profunda y dolorosa lesión en la parte frontal de su muslo derecho. Aún sangraba a través de las medias rasgadas.

Extendió la mano y Thomas la ayudó a levantarse.

—No puedo hacer mucho en el campo. Obviamente es un caballero. Debemos llevarlo de vuelta a la enfermería. Llévalo hasta el carro de heno. ¿Puedes sacarle la mano de la espada? Puede que necesiten tres de ustedes para levantarlo. No es un hombre pequeño.

Había algo vagamente familiar en él. ¿Un conocido de su padre tal vez? Tal vez este sí valía la pena salvar. Alzó su hábito, se adentró de nuevo en el campo y subió al carro de bueyes.

—Ponlo con la cabeza en mi regazo —instruyó, sacando las pocas tiras limpias de lino que le quedaban del bolsillo.

Sería incómodo, sentada sobre las ásperas tablas del carro de heno con el pesado cuerpo del caballero sobre ella. Los aldeanos, ya exhaustos por la difícil expedición a través del campo, lucharon por levantar al guerrero. Cuando su casco cayó al suelo, Thomas, respirando con dificultad, se agachó para recogerlo, luego ató las riendas del caballo del guerrero a una de las tablas de madera rugosa. El animal, aún más alarmado por la proximidad de los bueyes, tiró hacia atrás, sacudiendo el carro y haciendo que las manos de Agneta volaran a su boca.

El guerrero llenaba el carro de dos ruedas. Aplastada contra el costado por su cuerpo maloliente, Agneta se sintió abrumada por su tamaño. Empujó contra la madera áspera, tratando de cambiar su peso, ya sintiendo el entumecimiento en su trasero. Una astilla le perforó la mano. Tendría que ocuparme de eso después.

—Gilbert, por favor, dile a la Madre Superiora que llevamos a un herido de vuelta a la enfermería. Ve, Thomas. Rápido.

Thomas condujo a las bestias por el camino lleno de baches a lo que parecía un ritmo interminablemente lento. Los bueyes lentos resoplaban aliento helado en el aire frío. Agneta deshizo la capucha del hauberk del caballero. Su largo cabello negro estaba pegado a su cabeza. No había sangre, pero localizó una gran hinchazón en la parte posterior de su cabeza.

—Tiene aspecto de normando, aunque su cabello es demasiado largo —murmuró, apartando un mechón de su rostro. Estaba más tranquila ahora, más controlada. El desapego, mantra de las monjas, se apoderó de ella. Evaluó la palidez del hombre. Con cuidado de mantener su cabeza acunada en su regazo, usó su otra mano para presionar las tiras de lino de la enfermería contra su muslo herido, tratando de detener la hemorragia. Se estremeció al sentir cómo el viento helado de noviembre soplaba a su alrededor, agradecida por el calor de la cabeza del guerrero sobre sus muslos.

—Parece que va a llover —gritó de repente a Thomas, quien miró al cielo, tosió, escupió y gruñó.

Un profundo gemido emanó de la garganta del hombre, reverberando en su interior, destruyendo la incipiente confianza de Agneta y haciéndola sudar a pesar del frío. A los dieciséis años, cuando la llevaron al convento, no tenía conocimiento alguno sobre los hombres, excepto por sus adorados hermanos, brutalmente asesinados por individuos como este guerrero. Miró hacia abajo y notó que sus labios estaban resecos. Ella lamió los suyos. Necesitaba quitarse su peso de encima... pronto.

Cuando llegaron a la comunidad, monjes y seglares salieron rápidamente a ayudar a llevar al hombre a la recientemente construida enfermería. Agneta suspiró de alivio al ver cómo le quitaban el peso, pero extrañó el calor en sus piernas a medida que el frío se filtraba por el sudor del hombre en su hábito.

Agneta encontró algo de paz en su trabajo en la enfermería, y la Madre Superiora le había dicho que tenía un don para sanar. Eso la había salvado de la locura, dándole un propósito. Otros reconocían su talento y la obedecían.

Dentro, lo colocaron sobre una cama elevada.

—Debemos quitarle el hauberk para ver el alcance de sus heridas. Tengan cuidado. Creo que tiene costillas rotas —dijo Agneta, sorprendida por la urgencia en su voz.

Recuerda, una monja debe permanecer desapegada.

La idea del desapego le atraía a Agneta. Si alguna vez lograba alcanzarlo, nunca más los sentimientos la destruirían.

Dos monjes ayudaron a levantar el torso del hombre, y otros dos arrastraron el hauberk manchado de sangre y barro por su cabeza. Agneta y otra novicia cortaron la ropa empapada de sudor que llevaba debajo. Mayda frunció el ceño.

—Sé que no es agradable —dijo Agneta con una sonrisa irónica—. Debemos agradecer que es el olor saludable del sudor masculino y no de putrefacción.

El pecho ancho del caballero y sus brazos bien musculados estaban cubiertos de moretones, pero no tenía heridas. Su piel estaba caliente al tacto cuando Agneta palpó con cuidado para confirmar las costillas rotas. Había tocado otros cuerpos de hombres, pero tocar al guerrero le resultaba demasiado íntimo. Afortunadamente, no encontró otros huesos rotos. Le desataron las botas y las quitaron con cuidado, luego dos monjes le arrancaron las mallas. Agneta desvió la mirada, reprendiendo innecesariamente a los monjes para que tuvieran cuidado de no hacerle más daño a la herida en el muslo.

Los monjes se pusieron a bañarlo. Agneta mantuvo la mirada fija en su rostro y aplicó ungüento en el corte, juzgando que no era lo suficientemente profundo como para coserlo.

—Cúbralo en cuanto puedan —dijo a uno de los seglares—. No debemos dejar que se enfríe. Pero dejen la herida en el muslo descubierta. La coseré una vez hayamos vendado las costillas y puesto las cataplasmas sobre los moretones.

La herida seguía sangrando y requería presión. Sintió la cálida y pegajosa sangre del

hombre en sus manos y las limpió rápidamente, una a una, en su hábito. La vista de la sangre nunca le había molestado, excepto cuando... no, no quería revivir ese recuerdo enterrado. Cuando dejó de sangrar, cosió el corte con los puntos más pequeños que pudo hacer, dado que su mano no dejaba de temblar. Luego vendó la herida con la ayuda de un monje.

—Es afortunado que aún esté en un estado de estupor, Hermano Manton —comentó, intentando sonar calmada.

Para mí tanto como para él.

—Me preocupa su fiebre. Estuvo horas en el barro mojado. Espero que el metal del hauberk lo haya protegido de la humedad.

A pesar de estar desnudo y herido, el guerrero encarnaba la masculinidad y el poder, y Agneta encontró que trabajar sobre él era agotador. Había atendido a otros hombres en la enfermería, campesinos con huesos rotos, ancianos con reumatismo, niños con raspaduras y moretones, siervos con disentería. Lo había hecho todo sin sentir, carente de emoción desde la masacre de su familia y la traición de su madre. ¿Por qué este paciente la inquietaba? Era un hombre de violencia. ¿Quizás esa era la razón? ¿O había sido el horror del campo de batalla, lleno de cadáveres, lo que la agotaba?

Deseaba darle líquidos nutritivos.

El Hermano Manton metió el brazo debajo de la cabeza del hombre y Agneta vertió caldo vegetal frío en su boca. Él tuvo dificultades para tragar y comenzó a toser.

—Hará más daño a sus costillas —comentó el monje en voz baja.

Agneta deseaba dormir, pero se quedó a su lado durante unas horas, intentando de vez en cuando hacerle tragar el caldo. Finalmente, tuvo que dejarlo bajo el cuidado de otra novicia y buscar su cama. La llamarían si empeoraba.

En su pequeño cubículo del dormitorio, se quitó las botas, desató el cordón de su cintura y retiró el rosario y la cruz, besándolos reverentemente antes de guardarlos cuidadosamente en su diminuto tocador. Desprendió el escapulario sucio de su cabeza, apenas logrando levantar los brazos. Luego vino el griñón negro, y por último suspiró de alivio al arrancarse la toca almidonada, liberando la presión en su cuello y mejillas. Estiró el cuello de un lado a otro. El hábito siguió rápidamente, y por último las enaguas negras y rígidas. Las monjas le habían cortado el cabello castaño cuando entró al noviciado. No le importó. Nada importaba. Cada mes, una de las hermanas mayores rapaba el cabello de las novicias.

Cuando liberó su melena de la toca y el griñón, la luz de la vela reflejaba los destellos dorados de lo que quedaba. La Madre Superiora solía sermonear a sus pupilas sobre el pecado del orgullo, pero Agneta no podía negar el placer culpable que sentía al pasar los dedos por su cabello suelto y al acariciar los contornos de su cuerpo en desarrollo. Sus pechos, ocultos cuando llevaba el hábito, habían crecido y ahora eran firmes y redondeados. El aire frío tensaba sus pezones. Estaba delgada de cintura. Su madre solía decirle que tenía hermosos ojos que no eran ni marrones ni verdes, sino una combinación de ambos.

Los recuerdos de su madre trajeron a su mente la visión del lustroso acero de la daga danesa. El arma de herencia reposaba en un lugar de seguridad conocido solo por la Madre Superiora. Agneta había querido arrojarla al fondo del infierno. Se estiró para liberar su cuerpo de la tensión de las últimas horas angustiosas, luego se lavó con un paño y agua del jarrón, ansiosa por deshacerse del olor persistente a muerte. El agua fría hizo que su piel se erizara. Con sus dientes castañeando, se puso la simple camisa de lino. Logró limpiar la mayor parte del barro de su único hábito, pero no estaba segura de cómo quitar las manchas de sangre.

Sangre de guerrero. Siempre tanta sangre.

Subió a su cama, se cubrió con la manta de lana áspera para protegerse del frío aire nocturno. El caballero herido ocupaba sus pensamientos. Se había permitido preocuparse por otro ser humano. Tendría que ser más firme. Si él vivía, probablemente mataría de nuevo, porque no tenía dudas de que este guerrero había matado. Luego se preguntó si tenía familia, tal vez una esposa. ¿Alguien estaría de luto por él como ella lo estuvo?

—Señor, dame el conocimiento que necesito para sanar a este hombre herido y ayúdame a superar mi odio hacia los escoceses. Perdóname si rezo para que no sea escocés.

El agotamiento pronto la reclamó.

\*\*\*

—Agneta, Agneta —susurró la novicia que había quedado con el caballero.

¿Había dormido?

Se sentó lentamente, su cuerpo rígido.

—¿Qué sucede, Beatrix? —susurró, frotándose los ojos, tratando de no despertar a las otras novicias que ya empezarían pronto con la oración de Laudes tras poco sueño.

—El caballero. La fiebre lo tiene en su poder. Necesita enfriarse, pero...

El miedo se revolvió en el estómago de Agneta.

—Voy para allá en unos momentos.

Se vistió rápidamente con el hábito aún húmedo, se calzó las botas y avanzó a tientas en la oscuridad a través de los claustros parcialmente contruidos, intentando en vano no hacer ruido. Caminaba tan rápido como las normas lo permitían, con las manos metidas en las mangas y abrazándose para protegerse del frío. Estaba helada hasta los huesos cuando llegó junto al atribulado caballero, que se agitaba y gemía.

Sopló sobre sus dedos, se frotó las manos y dio instrucciones a Beatrix —Tendremos que atarle las manos al jergón. Trae las tiras de lino.

Sus dedos no lograban entrar en calor, y la tarea de atarlo fue complicada. —Hará más difícil cambiar las sábanas, pero estará más seguro.

Al observar el resultado de su trabajo, un sentimiento de pesar la invadió. Un hombre así no debería estar atado.

\*\*\*

Agneta cuidó del caballero enfermo durante dos largos días y noches mientras la fiebre lo consumía, intentando darle un poco de cerveza o caldo entre los labios, refrescando su cuerpo con paños húmedos y atendiendo la herida del muslo, ahora sin vendajes para aprovechar las propiedades curativas del aire invernal.

No entendía por qué sentía la necesidad de permanecer con él. ¿Era una obligación sagrada lo que la impulsaba? Rechazó educadamente las ofertas de ayuda de los demás. Lo observaba durante minutos incontables, escuchando su respiración e intentando descifrar sus balbuceos. Para su sorpresa, se descubrió deseando con todas sus fuerzas que él sobreviviera.

El calor la abrumaba cada vez que lo limpiaba. Afortunadamente, la mayor parte de su pecho estaba cubierto por las vendas. Temía que las telas que cubrían su torso se deslizaran y vislumbrara la única parte de su cuidado que prefería dejar a los monjes. Había visto desnudos a sus hermanos, pero intuía que esto sería... diferente.

—Estás demasiado apegada a tu paciente —la reprendió la Madre Superiora—. Debes delegar más de su cuidado en los demás. Recuerda, desapego.

—Sí, Reverenda Madre —respondió, con la cabeza inclinada, dolorosamente consciente de que estaba consumida por el bienestar de él, pero incapaz de concebir la idea de confiarlo a otros—. La herida del muslo y el corte en la cara están sanando, lo cual es una buena señal, pero la

fiebre sigue asolándolo, y no entiendo por qué.

En la tercera noche, Agneta dormía inquieta junto al jergón del caballero, su cabeza cayendo de tanto en tanto. Algo la despertó. Un latido resonaba en sus oídos. Él la miraba, con un leve rastro de sonrisa en el rostro. ¿Estaba despierta o soñando? Sus ojos azules, suaves como campanillas, atravesaron su corazón. Su garganta se contrajo. Se levantó de un salto y, nerviosa, posó su mano sobre su frente.

## ¿Quién Eres Tú?

El guerrero abatido pensó que debía estar en el infierno. Alguna criatura de dientes afilados mordisqueaba su muslo, y lo estiraban en un potro de tortura, con las muñecas atadas. Sin embargo, un ángel dormía a su lado. ¿Tal vez purgatorio, entonces? Contempló el rostro angelical enmarcado por el halo de las llamas parpadeantes de unas velas distantes. Debía estar en el cielo, y esta era su hermosa Madonna.

El ángel se movió y abrió los ojos. Tocó su frente, pero se sintió como la caricia de una mujer.

—¿Eres un ángel? —susurró, lanzando una mirada al sombrío entorno que los rodeaba.

—Soy Agneta —respondió ella, con palabras que se le quebraron en la garganta—. ¿Y tú?

Cerró los ojos, confundido y un poco asustado. La visión seguía allí cuando los abrió de nuevo. —¿Por qué tengo las manos atadas, Agneta?

Vio que ella esbozaba una leve sonrisa, pero luego sus ojos se abrieron de par en par y un ceño fruncido surcó su frente. ¿Había dicho algo que la ofendiera?

—Tienes costillas rotas y otras heridas, incluyendo un golpe en la cabeza. Estabas febril, te agitabas mucho, y temíamos que pudieras caerte del jergón.

Ella estaba nerviosa, evidentemente debatiéndose entre dudas, y él quiso pedir que encendieran más velas para poder ver mejor sus ojos.

—Puedo desatarte ahora.

Él asintió y la observó mientras deshacía los nudos con cierta dificultad.

—Mis manos están frías —murmuró ella.

Sintió el impulso de tomar sus delicados dedos y calentarlos con su aliento. Su voz también parecía fría. ¿Qué podía hacer para calentarla? ¿Por qué evitaba mirarlo a los ojos?

Una vez deshechos los nudos, levantó ligeramente las manos y luego la miró de nuevo. Un dolor serpenteó por su pecho con el movimiento, y esperaba que su rostro no lo hubiera delatado.

Ella se sonrojó, y una oleada de calor lo envolvió.

Los gemidos y movimientos en las sombras lo convencieron de que no estaba muerto. Su ángel era una mujer. Su cabello estaba completamente cubierto, su cuerpo oculto bajo lo que ahora veía como un hábito gris, manchado con lo que esperaba no fuera su sangre. ¿Por qué no podía apartar la vista de ella? Sus dedos temblorosos deseaban alcanzarla y quitarle la toca. ¿Era su cabello castaño o rubio? Una monja. Estaba emocionado por una monja. Se sintió avergonzado.

Perdóname, Señor.

Pero ella había dicho que su nombre era Agneta, no Hermana Agneta. De alguna forma, había caído bajo el cuidado de una mujer cuyo rostro, por sí solo, lo atraía como un imán. Pero ella había mencionado un golpe en la cabeza. Tal vez ese era su problema. Se humedeció los labios y ella se apresuró a alejarse, regresando momentos después con un jarro en sus delicadas manos.

Le sostuvo la cabeza y acercó el jarro a sus labios. —Bebe. Tu cuerpo necesita líquidos.

Su mano, en la nuca de él, estaba fría, y él tembló. Bebió, primero con cautela, luego con avidez al saborear la cerveza.

El esfuerzo lo agotó, pero ella era la que temblaba. Miró por encima del borde del jarro para atisbar sus ojos. Estaban bajos, pero definitivamente eran verdes, o tal vez marrones.

—Gracias, Agneta —dijo con voz ronca, pasándose cuidadosamente la mano por la boca—.

Estuvo buena... Hermana.

Ella bajó su cabeza y él cerró los ojos.

\*\*\*

Agneta no estaba segura de haber hecho bien al desatar al guerrero, pero parecía más tranquilo.

Su voz sonaba como el grave tamborileo de un urogallo llamando a su pareja. Pero su atracción se desvaneció rápidamente al detectar el acento de los bárbaros escoceses.

—¿Quién eres? —susurró de nuevo, nerviosa porque él mantenía los ojos cerrados.

Frotó las yemas de los dedos, recordando la sensación sedosa de su cabello; sus dedos fríos lo habían sorprendido.

Miró furtivamente a su alrededor para asegurarse de que ningún trabajador laico permaneciera en la enfermería, insegura de cómo reaccionarían si él resultaba ser escocés. ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Seguiría queriendo curarlo? Consciente y avergonzada de su respuesta, encogió los hombros.

Le había hecho una pregunta simple, ¿por qué no la respondía?

Contuvo la respiración cuando él abrió los ojos y llevó una mano a su frente, como si buscara su nombre allí. Tocó la cicatriz recién formada en su sien.

Ella extendió la mano para detenerlo y explicó en un susurro que tenía una herida. —Está sanando, pero la abrirás si la frotas.

Al tocarlo, una oleada de calor recorrió su cuerpo y retiró la mano de golpe.

La manta se alzaba cerca de su ingle, y ella desvió la mirada rápidamente, no sin antes notar cómo él enrojecía y llevaba las manos hacia el bulto en la manta.

Retrocedió hasta el taburete, que terminó volcando.

Ahora sabe que está desnudo.

—Soy... mi nombre es... eh... no parece que lo recuerde —balbuceó él—. Tal vez sea porque estoy cansado. Cada hueso de mi cuerpo parece estar roto. ¿Dónde estoy?

—Estás en la enfermería de la abadía en construcción cerca de Alnwick. Te trajimos aquí después de encontrarte herido en el campo de batalla.

—¿Estuve en una batalla?

¿Cómo podía no recordar haber estado en una batalla?

Ojalá pudiera olvidar mis terribles recuerdos.

—Sí. Estabas gravemente herido. Además del golpe en la cabeza y el corte en el rostro, tienes un tajo en el muslo, las costillas dañadas y varios hematomas profundos. Cogiste fiebre tras permanecer horas en el barro antes de que te encontráramos.

—¿Y tú me has cuidado? —susurró.

—Sí —murmuró ella, manteniendo la mirada fija en lo que suponía eran sus pies bajo la manta.

Hubo un incómodo silencio. Luego, él le preguntó: —¿Quién ganó la batalla?

—El conde de Northumbria. Derrotó a los malditos escoceses y mató a su rey, Malcolm Canmore, y a su hijo. Quizás por fin nos hayamos librado de sus ataques.

Él se quedó pensativo, y ella pudo ver que intentaba encajar las piezas de la información.

—Esperas que no sea escocés —dijo finalmente.

—Sí —admitió ella, y, contra su mejor juicio, añadió—. Pero sueñas como uno, aunque pareces un noble normando... excepto por tu cabello largo—.

Se detuvo, consciente de que estaba divagando, inquieta por un presentimiento que esperaba no traicionar con la mirada.

Él miró a su alrededor. —Debería quedarme en silencio —murmuró.

Ella asintió levemente. —Bebe un poco más de cerveza.

Tras varios minutos de incómodo silencio, y sin saber qué decir, se aventuró a hablar — Recuperamos tu espada. La sostenías con fuerza. Tal vez nunca te habríamos encontrado si no fuera por tu caballo. Pero tu cota de malla y tu casco no están en buen estado. Tuvimos que cortar la mayor parte de tu ropa.

Se sonrojó. Ahora él sospecharía que ella había ayudado a desnudarlo. ¿Debería aliviar su vergüenza asegurándole que había desviado la mirada? ¿O tratar de encontrar las palabras solo aumentaría la incomodidad de ambos? En un esfuerzo por cambiar de tema, se inclinó bajo el jergón y sacó la espada con ambas manos.

Él rió, aunque el movimiento le provocó un gesto de dolor. —Una delicada monja, empuñando una espada tan grande.

Su risa me calienta.

Tomó la espada con ambas manos poderosas y la sostuvo frente a él, examinándola a la tenue luz de las velas. Un espasmo de dolor lo recorrió al levantar el arma, aunque trató de ocultarlo.

Ella arriesgó una mirada. ¿Había un destello de memoria en sus ojos azules? La espada osciló, y tuvo que quitársela de las manos. Sacó el casco dañado.

Él lo examinó, lo colocó sobre su vientre, cerró los ojos y se quedó dormido con las manos sobre él.

\*\*\*

Soñó con una batalla desesperada, una lucha feroz.

¿Pero quién era su enemigo?

Sintió la desgarradora desesperación de una causa perdida.

Cuerpos destrozados, miembros cercenados, caballos que relinchaban aterrados.

Sangre, un río de sangre.

Hachas, garrotes, dagas.

Metal golpeando metal.

Gritos de terror.

El hedor rancio de la muerte.

Una sospecha de traición.

Una espada levantada contra él. Giró el cuerpo, y el golpe resbaló sobre su casco. Cayó, con el arma de su oponente cortándole la pierna, y el dolor quemándole el pecho.

Despertó sudando y gritando, perturbando a los pocos pacientes que compartían la enfermería.

Quizás mi pequeña monja debería haberme mantenido atado.

¿Cuánto tiempo había dormido? Agneta no estaba. Su mente confusa percibió que algo importante faltaba. Deseaba perderse de nuevo en esos ojos intrigantes.

—Supongo que a las monjas las instruyen para mantener la mirada baja —murmuró. Rogaba no ser escocés. Ella odia a los escoceses.

Se preguntó qué causaría ese profundo odio. ¿Qué le habría pasado para hacer que una mujer tan hermosa sonara fría, distante y desolada? ¿Qué clase de hombre se sentía excitado por una monja? ¿Quién era él?

### Profundo Arrepentimiento

El guerrero la observó acercarse con el habitual cuenco y la navaja de sílex.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, Agneta? —preguntó, rascándose la barba incipiente.

Ella sonrió brevemente. —Diez días, y pareces estar mucho mejor.

—Sí, gracias a ti. Y a la comida.

—Me sorprende que te guste la comida. A los hombres no suelen gustarles las verduras. Mi padre...

Se detuvo de repente, mirándolo, con el labio tembloroso.

—Me encantan el repollo, el ajo, los puerros y las cebollas —interrumpió él, percibiendo su reticencia a continuar.

La tensión pareció abandonarla. —Y de vez en cuando añadimos arenque salado.

Él rió, y ahora el dolor era menor. Le gustaba cómo ella sonreía cuando él reía. No sonreía lo suficiente. —Me siento mejor. Cuando los monjes me ayudaron a ponerme de pie por primera vez, me costó toda mi fuerza atender las necesidades de la naturaleza.

Sonrió, recordando lo discretos que habían sido los monjes piadosos al retirar los recipientes llenos de orina. —Se llevan los orinales como si contuvieran oro —bromeó.

—En cierto modo, sí —explicó ella tímidamente—. Usan el contenido para fabricar vitela.

El silencio se alargó mientras él asimilaba lo que ella había dicho.

—Ahora puedo caminar, aunque lentamente, con algo de ayuda. Quiero recordar quién soy. Es frustrante, como un tapiz con todos los hilos equivocados. Pero basta de mí. Quizá si dejo de intentar recordar, vuelva por sí solo. Cuéntame cómo llegaste aquí mientras me afeitas.

Ella se mostraba nerviosa cuando le afeitaba la barba. Al principio, él temía que pudiera cortarle el cuello, pero su mano era más firme ahora, y evidentemente ella había aceptado que tendría que mirarlo mientras realizaba la tarea. Si la mantenía hablando mientras trabajaba, parecía serle más fácil, aunque eso era arriesgado en sí mismo. Ahora era lo suficientemente fuerte como para afeitarse él mismo, pero no quería renunciar al placer de que ella lo hiciera.

Tomando una profunda respiración, ella humedeció su rostro, comenzó el ritual y le contó en susurros cómo había llegado al convento. —Mis padres y hermanos murieron en un ataque llevado a cabo por escoceses y sus aliados sajones. Vi cómo masacraban a mi padre y a mis hermanos.

Tragó con dificultad, y pasaron unos minutos antes de que pudiera continuar. —Y luego mi madre... ella... también murió.

Ella temblaba, lo que lo puso nervioso.

Él extendió la mano para detener la suya.

Ella se apartó. —No tenía a dónde ir. Los pocos aldeanos que sobrevivieron fueron acogidos por esta comunidad religiosa, donde llevan años trabajando en la construcción de una abadía. Los huérfanos siguen aquí y se convertirán en monjas o monjes. La mayoría son gente sencilla del pueblo. Yo soy la única de nacimiento gentil, y la madre superiora tiene grandes esperanzas y ambiciones para su protegida. —Sonrió con tristeza—. Soy una joven sola en tiempos peligrosos. La Iglesia me protegerá.

Él se preguntó por qué sintió necesario añadir: —Rezo a diario por una verdadera vocación.

—Ahora entiendo tu profundo odio hacia los escoceses —fue todo lo que pudo decir.

Agneta asintió y giró su rostro para afeitarse el otro lado. —Aquí en Northumbria la gente tiene una mezcla de ancestros: algunos daneses descendientes de los vikingos del Danelaw, como mi madre; algunos anglosajones, como la familia de mi padre, los Kirkthwaite; y ahora normandos tras la llegada del Conquistador.

Él se frotó la barbilla recién afeitada, deseando que las manos de ella siguieran sobre él. — Pero dijiste que los aliados sajones mataron a tu familia.

Ella asintió. —Es probable que fueran sajones que huyeron a Escocia después de la Conquista.

Él negó con la cabeza. —¿Northumbria? —murmuró.

—Alnwick está en Northumbria, al noreste de Inglaterra.

—Continúa —dijo, deseando mantenerla a su lado el mayor tiempo posible—. ¿Cuándo llegaron los normandos?

—En el año de nuestro Señor, mil sesenta y seis.

—¿Y qué año es ahora?

Ella dejó de recoger los utensilios de afeitado y pensó por un momento. —Hace veinte y siete años de eso.

—¿Veintisiete?

Agneta le secó el rostro con un paño. —Sí, y ahora los normandos tienen todo el poder. Roger de Mowbray es el conde de Northumbria. Su castillo está cerca, en Alnwick. El Conquistador quería mantener Northumbria contra los escoceses. Los escoceses la consideran suya. El rey Guillermo Rufus, hijo del Conquistador y ahora rey, no ha detenido las incursiones de los escoceses, que a menudo cuentan con la ayuda de los sajones exiliados. Estamos atrapados en medio del conflicto. Pero no somos escoceses.

Él admiró el orgullo con el que hablaba de su gente, de su herencia. Lamentó que hubiera sufrido tanto dolor y pérdida, y deseó poder ofrecerle consuelo.

Agneta Kirkthwaite. Me encanta cómo suena su nombre.

Tenía la impresión de que quería revelar la razón de sus fuertes sentimientos, pero nada de eso resonaba con el guerrero, aunque el nombre de Rufus le picaba en la mente, uno de los hilos enredados de su vida olvidada. ¿Por qué? —Obviamente participé en esta importante batalla, pero ¿de qué lado luché?

—No lo sé —respondió ella con melancolía—. No quiero saberlo. —Se sonrojó y se fue abruptamente.

Su nombre se le escapaba, pero no tenía ninguna duda sobre sus sentimientos hacia la joven novicia que lo atendía. —No recuerdo quién soy, pero soy incapaz de mantener castos mis pensamientos sobre una monja.

Se recriminaba que la vista de ella lo excitara, y su imaginación se desbocaba cuando ella lo tocaba con sus manos frías. Ojalá pudiera llevar esas manos frías a su hombría.

Le encantaba respirar su aroma limpio. El feo hábito ocultaba su cuerpo, y no tenía idea del color de su cabello. Pero esos ojos... ah, sus hermosos ojos... aún no podía decidir si eran verdes o marrones, ¿o ambos? Esos ojos lo hacían imaginar cosas. —Quien sea que sea, parezco un hombre sin honor. Un hombre que desea a las monjas.

Pero ella había admitido no tener una verdadera vocación. Se convertiría en monja porque no tenía elección. Era una gran pérdida y, por alguna razón, personal.

Cuando ella lo consideró lo suficientemente fuerte como para salir, le trajo ropa sencilla del armario de limosnas: una camisa de lino, una túnica y calzas de lana, unas bragas y una chaqueta de piel de oveja para protegerlo del viento de diciembre que soplaba desde el Mar del Norte. — Están algo gastadas —se disculpó.

—Mejor que andar sin ropa —rió él, y entonces vio que ella se sonrojaba.

—Las botas son tuyas. Las limpiamos.

Él se las calzó, sintiendo solo un leve espasmo en las costillas. Intentando aliviar la tensión,

dijo: —Se sienten bien.

Ella sostuvo su brazo para ayudarle a caminar hasta el jardín. Había fuerza en los pequeños dedos que presionaban contra su bíceps. El clima era frío y el jardín estaba desolado, pero él estaba feliz de respirar aire fresco. Ella tembló involuntariamente, y él rodeó su cintura con el brazo para calentarla, atrayéndola hacia él. Ella se apartó de inmediato, mirando nerviosa a su alrededor. —Señor —balbuceó.

—Lo siento, Agneta —se disculpó él, maldiciéndose por ser un necio—. Quería calentarte.

Pero al tocarla, su deseo se había despertado, y no pudo detenerse. La envolvió en sus brazos, acercando su cuerpo al suyo, y apoyó su frente contra la de ella. Sentir sus pechos contra su pecho era tal como lo había imaginado cientos de veces. Deseaba a esa mujer, y le susurró al oído: —Quiero calentarte para siempre.

\*\*\*

Al sentir su cuerpo firme contra el de ella y ver el vaho de su respiración en el aire helado, Agneta se sonrojó y lo apartó, horrorizada ante la posibilidad de que alguien los viera y sorprendida de que su propio cuerpo hubiera respondido a sensaciones que nunca había experimentado. A pesar del frío, sentía que ardía. Debería haberse sentido ultrajada. Fue descarado, pero también tentador. Confundida, se apresuró a alejarse, dejándolo solo en el jardín.

Desde entonces, evitó acompañarlo, y él pasó horas afuera, sentado en un banco de piedra bajo el viento gélido. Ella temía que se resfriara si permanecía demasiado tiempo al aire libre, pero sabía que las horas interminables de inactividad lo alteraban cuando estaba dentro. Pronto adoptó la costumbre de llevar su espada consigo, descansándola sobre su regazo. A medida que recuperaba fuerzas, practicaba movimientos, cortando y arremetiendo contra enemigos imaginarios. Ella se estremecía al verlo flaquear por el dolor residual en sus costillas. Aunque la profunda herida en el muslo dificultaba su paso, era evidente que había sido un guerrero ágil, un hombre formidable.

Un día, después de la Navidad, él entró apresuradamente desde el jardín, visiblemente emocionado. —¡He recordado mi nombre! —gritó—. Soy Caedmon Brice Woolgar.

A ella le sorprendió lo feliz que estaba por su progreso. —No suena muy escocés —rió.

—Es bueno oírte reír, Agneta.

Ella recobró la seriedad, pero él tenía razón. Hacía mucho que no reía. —Me alegro por ti, pero...

—¿Pero aún sueno como un escocés, verdad?

—Sí —susurró, burlándose de él. Aunque aliviada de que hubiera recordado su nombre, seguía sintiéndose inquieta por su identidad. —¿Has recordado de dónde eres?

Él tomó su mano con un gesto gentil, sus ojos llenos de bondad. Ella deseaba desesperadamente creer en su inocencia. —No, pero llegará. Ahora estoy seguro de ello.

Esa noche, en su dormitorio, rezó —Señor, estoy confundida por este hombre. Rezo para que mis sentimientos no se conviertan en odio si resulta ser un escocés. Ayúdame. Kyrie eleison.

\*\*\*

Dos días después, Caedmon estaba sentado en el jardín, lamentando su absurda suerte. Su corazón estaba pesado. Tendría que decirle a una mujer que le atraía algo que la devastaría. Volvió al interior y se sentó al borde del jergón, apoyando los pies en el suelo de piedra, con los muslos tensos. El músculo herido palpitaba.

Agneta levantó la vista del inválido al que ella y el hermano Manton cuidaban.

Él se esforzó por sonar más seguro de lo que realmente se sentía. —Agneta, ¿puedo hablar contigo?

Ella asintió y se acercó. —Suenas serio y tu tono es formal. No me gustará lo que tienes que decir, ¿verdad? —preguntó nerviosa.

Él temía compartir con ella los recuerdos que habían vuelto de golpe. El tapiz se había tejido nuevamente en una imagen que preferiría olvidar. —Agneta, necesito decirte algunas cosas que he recordado. Mi nombre es Caedmon Woolgar. Soy hijo de Lady Ascha Woolgar. Me llamaron así por mi padre, que murió en Hastings, luchando contra el Conquistador.

—¿Eres sajón entonces? —susurró ella con esperanza, inclinándose ligeramente hacia él.

Él deseó que lo mirara. —Sí, pero nací en Escocia. Mi madre vivía en Ruyton, en Inglaterra, cerca de la frontera galesa. Estaba sola, esperando un hijo. Tenía un hermano, Gareth, que decidió huir a Escocia. Ella fue con él. No podían soportar vivir bajo el dominio normando. Luego, el rey Malcolm se casó con la princesa sajona Margaret, hermana de Edgar el Aetheling. Acogieron a los sajones en su corte en Edwinesburh.

Ella se apartó. —Eso explica por qué hablas como un escocés. Naciste allí.

—Sí, pero sigo siendo un sajón orgulloso. Sin embargo, necesito decirte que luché del lado de los escoceses en la batalla aquí. Naturalmente, hemos sido sus aliados contra los normandos.

Contuvo la respiración. Ella permaneció en silencio. Quizá intuía lo que debía decirle a continuación. Tomó su mano entre las suyas. Su corazón latía con tanta fuerza que estaba seguro de que ella podía oírlo. —También necesito decirte, Agneta, con profundo pesar, que participé en el ataque a Bolton.

—No —jadeó ella con un sollozo angustiado, mirándolo directamente a los ojos por primera vez—. ¿Por qué? ¿Por qué harías algo así?

Ella retiró su mano de su firme agarre, pero él no la soltó. Había deseado tanto mirarla a los ojos, pero ahora se sentía avergonzado y tuvo que apartar la vista del odio y la condena que ardían allí.

Forzándose a mantener la voz baja, dijo con amargura —Agneta, soy un caballero sajón sin tierras que vive en Escocia, sin nada que ofrecer a nadie. Esperaba que, si los escoceses lograban arrebatar algunas tierras fronterizas a los ingleses, pudiera obtener una recompensa de tierras para mí, para mis herederos. Es la razón por la que muchos hombres toman las armas. Te juro por mi honor que no maté a nadie ese día. Saqueé, destruí, sembré el caos, pero no maté. La sed de sangre me repugnó. No sabía que era una mansión sajona. Debes creerme.

La ira deformó su hermoso rostro; entre lágrimas balbuceó —¿Tu honor? Que hayas asestado los golpes mortales o no importa poco. Estuviste allí. Fomentaste el crimen.

De repente, en un susurro tan bajo que apenas lo oyó, dijo —Te vi. Fuiste tú. Me miraste, tú y tu compañero. Yo estaba en el granero.

Su corazón se rompió. ¿Debería arrodillarse y pedirle perdón? Ella le negaría eso. Soltó su mano.

Ella se levantó y levantó ligeramente el borde de su hábito, pero se detuvo de repente y dio la vuelta. —Sería mejor que te fueras. Estás lo suficientemente bien para montar. La gente aquí se enfurecerá cuando descubran quién eres. Ve a las cocinas, pide comida para tu viaje. Tu caballo ha sido atendido en los establos.

—Me iré, Agneta, pero... —vaciló, atónito por su actitud helada—. No quiero dejarte. Te has vuelto importante para mí. Te debo la vida.

—¿Qué esperas que haga? ¿Irme contigo? Soy una monja, Caedmon Woolgar, traidor sajón. Soy la única sobreviviente de una familia que tú ayudaste a aniquilar. Vete ahora. No puedo soportar mirarte más. Odio verte.

Ella huyó.

Atónito, Caedmon hizo lo que ella le había ordenado. Recogió lentamente sus pertenencias del jergón, se dirigió a las cocinas a por provisiones, ensilló su caballo y cabalgó hacia Escocia.

## Viejos Amigos

Agneta llenaba los pensamientos de Caedmon mientras cabalgaba tan rápido como su debilitado estado le permitía para reunirse con su madre en Edwinesburh. Ella estaría devastada al creer que él había muerto en la batalla. No tenía otros familiares y había dedicado su vida a su crianza.

Las pocas personas que vio en el desolado paisaje invernal huyeron cuando lo avistaron. Después de varios días agotadores a caballo, llegó a Lothian y cabalgó hacia el patio de la única casa que había conocido, la casa de su madre, la morada que ella había heredado de su hermano. Un grito de sorpresa se levantó entre los sirvientes, uno de los cuales corrió al interior a compartir la noticia.

—¡Caedmon! —gritó su madre al salir de la casa.

Él cojeó hacia ella para abrazarla, su pierna lacerada estaba rígida por el esfuerzo del viaje.

—Caedmon, estás vivo. Sabía que lo estarías. Tenía fe en que regresarías. Nunca perdí la esperanza, incluso cuando escuchamos la devastadora noticia de la muerte del rey Malcolm. Su pobre santa Reina Margaret murió de dolor, solo una semana después. Perder a su hijo al mismo tiempo...

Ella apoyó su cabeza en su pecho y sollozó, y él consoló a la madre que tanto amaba.

—¿De dónde sacaste esas ropas, Caedmon? ¿Estás cojeando? ¿Dónde has estado todo este tiempo? Oh, estoy hablando demasiado. Es un alivio verte. Pensé que te había perdido.

Él le puso un brazo alrededor de los hombros. —Es una larga historia. Me alivia estar en casa. Te lo contaré durante la cena. Estoy deseando comer algo bueno.

Su madre frunció el ceño y sonrió. —Vamos a ponerte en un baño, y podrás cambiarte a ropa decente.

Entraron en la casa, con su brazo enlazado con el de ella. Él acarició su chaqueta de piel de oveja, de repente renuente a quitársela.

Cuando llegó a su habitación, emociones encontradas lo asaltaron. Estaba inmensamente feliz de estar de vuelta en la seguridad y comodidad de la habitación en la que había dormido desde niño. Pero sin Agneta, parecía vacía.

Enid ordenó a los demás sirvientes, apresurándolos para que trajeran el agua para el baño de Caedmon, sonriendo ampliamente, evidentemente encantada de verlo regresar a casa.

Después del baño, Caedmon se unió a su madre para la cena. Le contó sobre la batalla de Alnwick y lo que le ocurrió después. Mencionó a Agneta, pero la llamó hermana Agneta y no dijo nada sobre sus sentimientos por ella. Tampoco mencionó la conexión con la incursión en Bolton.

Ella lo observó, como si percibiera que había algo que él no le estaba contando. Siempre se habían tratado con franqueza y honestidad.

Le levantó el dedo hacia la sien y trazó una línea hacia su barbilla. —La nueva cicatriz te hace parecer un sinvergüenza —bromeó. —Harás que más hermosas chicas sajonas se mueran por ti.

Caedmon frunció el ceño ante su referencia a su reputación con las mujeres. ¿Podía evitar que lo encontraran atractivo? Era irónico que la mujer por la que suspiraba...

Miró su comida durante un rato, luego de repente soltó —Madre, ¿tú... tú amaste a mi padre?

\*\*\*

Ascha se sorprendió. No solo no había amado a su difunto esposo, sino que él no era el hombre que había engendrado a Caedmon. Pero su hijo no sabía esto, no sabía que había sido concebido durante un breve pero atesorado encuentro con un hombre del que se había enamorado a primera vista, pero que nunca podría tener. Un conde normando.

Su bruto de esposo había muerto en Hastings. Caedmon Brice Woolgar era la viva imagen de su verdadero padre, un recordatorio cotidiano de su alegría y su vergüenza, y agradecía al Cielo, que él no hubiera conocido ni a su supuesto progenitor ni a su verdadero padre.

Incapaz de darle un nombre normando, lo había nombrado en honor a su difunto esposo, para fomentar la creencia entre la comunidad sajona exiliada de que él era, en efecto, hijo de un héroe sajón. Pero le había dado el segundo nombre Brice, que en su lengua significaba hijo de un noble, y sonrió por dentro al pensar lo astuta que había sido al reconocer su verdadera ascendencia, la de la familia Montbryce.

Fue cautelosa en su respuesta. ¿Por qué su hijo habría hecho tal pregunta? Se preguntó acerca de la monja de la que él había hablado con tanto entusiasmo, pero decidió no mentirle. — El señor Caedmon cayó en Hastings —dijo. —No estuvimos mucho tiempo juntos. La mayoría de los nobles no se casan por amor. ¿Por qué preguntas? ¿Estás enamorado?

—No sé si estoy enamorado. Solo sé que he conocido a una mujer hermosa sin la que no puedo imaginar vivir.

Ascha se demoró sobre su comida, de repente encontrándola poco apetecible. —¿Es libre, Caedmon? ¿Libre para pasar su vida contigo? Tenía un miedo desesperado por él, sin querer que él viviera la dolorosa existencia que ella había vivido, destinada a nunca estar con el ser que amaba.

Él respiró hondo. —Es una monja.

—¿Agneta?

Él asintió. —Sí. Típico de mí querer algo que no puedo tener. Pero ella es una novicia que aún no ha hecho sus votos finales. Se está convirtiendo en monja porque no tiene otra opción.

Poco a poco, le contó toda la historia de Agneta a su madre, incluyendo que la había visto en Bolton.

Ascha parpadeó, conteniendo las lágrimas. —Caedmon, no puedes pasar tu vida suspirando por algo que está fuera de tu alcance.

Como yo.

—Ella puede no compartir tus sentimientos, y tu papel en la muerte de sus padres la hará resentirte. Cuando me contaste sobre esa incursión desastrosa, temí que tuviera consecuencias graves.

Caedmon también parecía haber perdido el interés en su comida. Empujó su silla hacia atrás de la mesa. —Debe haber una manera.

—Hay muchas hermosas chicas sajonas aquí y, lo siento decirlo, no hay muchos jóvenes sajones después de Alnwick.

Eso pareció sacudir a su hijo de sus pensamientos. Se inclinó hacia adelante. —¿Quién sobrevivió? ¿Quién regresó? ¿Leofric?

Ascha picoteó los bordes de su bandeja de pan. —Sí. Leofric regresó, pero, bueno, lo verás pronto en las celebraciones de Yule, como sean este trágico año.

—¿Dices que la Reina Margaret también murió? ¿Quién gobierna Escocia ahora?

Ascha sacudió la cabeza. —El hermano del rey Malcolm, Donald, inmediatamente sitió Edwinesburh y se apoderó del trono, luego exilió a los hijos de Malcolm y Margaret. Quiere librar a Escocia de lo que él llama los ingleses. Es suficiente para mantenernos a los sajones

despiertos por las noches.

El rostro de Caedmon mostró sorpresa. —¿Donald? Pero debe ser ya un hombre viejo, ¿y soltero, si mal no recuerdo?

—Sí, tiene unos sesenta años, y no tiene herederos. Más problemas por delante. Lo llaman Domnall Bán, Donald el Bello.

\*\*\*

—¿Es absolutamente necesario que asistamos a estas festividades esta noche? —preguntó Caedmon por tercera vez.

Su madre suspiró mientras Enid le ayudaba a ponerse el manto. —Sí, es necesario. Por favor, Caedmon, por mi bien. Estuviste perdido y ahora has regresado. Deja que tus compañeros sajones, yo incluida, nos regocijemos en esa pequeña victoria. Todos hemos perdido mucho. Estos son tiempos inciertos, y una buena noticia alegra el corazón.

Caedmon arrastró los pies. —Lo sé. Es que preferiría...

Ella puso una mano sobre su brazo. —Preferirías quedarte en casa y lamentarte por tu Agneta. Esta noche habrá muchas jóvenes dispuestas a verte. Ellas te harán olvidar a tu monja. Necesitas seguir adelante con tu vida y formar una familia.

Él se encogió de hombros. —Será bueno ver a Leofric. Él estará allí, ¿verdad?

Ascha dudó. —Sí, pero ha cambiado. Prepárate. No regresó entero de Alnwick. No quiero decir mucho. Es tu amigo. Se alegrará de verte.

Caedmon asintió. —Es una pena que las celebraciones no se celebren en la corte.

Enid abrochó el manto de su madre. —Ahora es un lugar hostil para nosotros, desafortunadamente. Todos nos sentiremos más seguros y bienvenidos en la casa de los Beasant. Ellos tienen mucho espacio para los pocos que quedamos.

Los portadores de antorchas esperaban, enviados por los Beasant para acompañarlos, y caminaron la corta distancia hasta su destino.

Caedmon no pudo ocultar su asombro al ver a su viejo amigo. El que antes era un hombre corpulento, jovial y apuesto, Leofric Deacon, se había convertido en una sombra demacrada de su antiguo yo. Le faltaba la oreja derecha, su ojo derecho estaba cubierto por un parche. El lado mutilado de su rostro tenía una gruesa cicatriz que iba desde la línea del cabello, atravesando la ceja hasta la barbilla. Esta había torcido su boca en una mueca permanente.

—Viejo amigo —dijo Caedmon con voz rasposa, extendiendo la mano.

La mano derecha de Leofric, cubierta por un guante, permaneció a su lado, pero ofreció su mano izquierda. —Lo siento, Caedmon, mi mano derecha no funciona bien. Godemite, es bueno verte, aunque solo sea con un ojo bueno.

Los dos hombres se abrazaron. Caedmon apenas podía hablar, imaginando el horror que su amigo había sufrido. —Leofric —logró decir—. ¿Cómo sobreviviste a estas heridas y volviste aquí?

—Tuve suerte. Eivind me ayudó. Sus heridas no fueron tan graves. Más tarde lo verás, seguro. Me buscó sin éxito, y, para ser franco, yo no estaba en estado de hacerlo.

—Yo fui encontrado bajo el cuerpo de otro hombre. Wyvern atrajo su atención hacia mí. ¿Qué pasó con tu mano?

Leofric se encogió de hombros. —Quemaduras. No quieres verlo. No es una vista bonita. Ah, ahí viene tu madre, con Kendra Beasant a su lado. La señora Ascha, sin duda, está ocupada tratando de encontrarle esposa.

Caedmon frunció el ceño y negó con la cabeza. —No estoy interesado en Kendra.

Leofric le dio una palmada en la espalda y soltó una carcajada. —¿Por qué no? Es una

belleza. ¡Mira esos pechos! Lo que no daría por estar alimentándome de eso, envuelto en sus largos cabellos rubios. Siempre te prefirió a ti.

—Leofric, qué bien verte —dijo su madre cuando llegó con su acompañante.

Leofric asintió y besó la mano de la señora Ascha. —Señora Ascha.

—Caedmon, ¿recuerdas a la señora Kendra?

Él no tuvo problemas en reconocer a la chica bien dotada y vacía de cabeza. Forzó una sonrisa. —Sí, claro. Señora Kendra, me alegra verla de nuevo.

Kendra le dio la mano e hizo una reverencia. Él inclinó la cabeza y la ayudó a levantarse. Cuando ella no retiró la mano de la suya, se sintió obligado a darle un beso superficial. Ella se sonrojó. —Estamos todos extasiados de verlo regresar sano y salvo, sir Caedmon. Cuando creímos que había muerto, fue una gran pérdida para todos los sajones. Yo misma lloré todas las noches durante varias semanas.

Ella aún no retiraba la mano y sus exuberantes pechos se empujaban hacia él.

Leofric sofocó una risa.

—Me siento halagado, señora Kendra. Estoy seguro de que hubo muchas lágrimas por todos los valientes caballeros sajones que no regresaron de Northumbria.

Dejó la mano de Kendra y se giró hacia su amigo. —Leofric, ¿quién más regresó?

No quería seguir la conversación con Kendra. Lamentaba decepcionar a su madre, pero preferiría mucho más hablar con Leofric y buscar a viejos compañeros.

Sin embargo, la señora Kendra no era fácil de apartar. —Eivind Brede, por supuesto. Fue heroico, arrastrando al pobre Leofric de vuelta.

Leofric hizo una mueca.

Su madre se sonrojó.

—Bernhard Blakemore tiene una fea cicatriz, aunque no tan mala como la de Leofric, y Dalston Garthside parece haberse vuelto un poco loco. El brazo roto de Thomas Chadwicke no lo pusieron bien y se ve raro, y...

—Sí, señora Kendra —interrumpió Ascha—. Estoy segura de que Leofric se asegurará de que Caedmon vea a sus viejos compañeros de nuevo. Ellos también estarán ansiosos por verlo. Ahí viene Eivind ahora.

—Gracias, madre.

Eivind caminó hacia Caedmon y lo abrazó calurosamente. —Caedmon. Oli Crosse. Qué bueno verte.

Caedmon le dio una palmada en la espalda a su viejo amigo. —Eivind. Nunca pensé volver a ver tu fea cara.

—Sí. Más fea ahora con esta maldita cicatriz. Pero tuve suerte. —Miró a Leofric—. Lo siento, Caedmon, por haberte dejado atrás. Realmente pensábamos que debías estar muerto. No tuvimos mucho tiempo para buscarte. Los normandos se aseguraron de que ningún superviviente saliera de ese campo sangriento. Si no hubiera sido por la niebla espesa, ninguno de nosotros habría regresado.

Caedmon asintió. —Lo entiendo. No habría esperado que arriesgaran sus vidas buscándome.

—¿Cómo lograste sobrevivir?

Caedmon contó la historia de cómo lo encontraron y lo cuidaron hasta recuperarse.

Kendra hizo sus excusas a mitad de la historia, diciendo que tenía que recibir a los invitados como anfitriona de su padre.

Ascha sacudió la cabeza y la siguió.

Caedmon suspiró aliviado y le guiñó un ojo a Leofric. —¿Alguien vio caer a Malcolm?  
Todos miraron al suelo.

—No, pero vi morir a su hijo Edward a manos del conde —murmuró Leofric—. Estaba tan desconsolado que dejé de prestar atención para protegerme, y... bueno... ya ves los resultados. En fin, volvamos a esta monja de la que hablabas tan bien.

Caedmon sintió que el calor subía a su rostro. —Era especial. Si no fuera monja...

—¡Jo,jo! Nuestro amigo Caedmon finalmente se ha enamorado.

## Un Lugar Peligroso

A Caedmon le parecía que su madre nunca se quedaría sin candidatas para que él considerara como esposa. Durante cuatro meses organizó encuentros casuales. Conocía a esas mujeres desde hacía años, había crecido con la mayoría de ellas, y su corazón le decía que no quería pasar su vida con ninguna de ellas.

Su madre solía expresar sus opiniones en la mesa mientras cenaban. —Pero eran chicas entonces, Caedmon. Ahora son mujeres. Algunas de ellas son mujeres hermosas. Kendra no es adecuada, pero a Aediva Newberry le gustas, y...

Caedmon se tensó. —Madre, por favor. Aediva es dulce. Será una maravillosa esposa para alguien, pero ese alguien no soy yo. Por favor, deja de intentar casarme.

Ascha comió un poco de su pastel de paloma.

Él esperaba que lo intentara de nuevo.

—No quiero que estés solo, Caedmon. No estaré aquí para siempre.

—Prefiero estar solo que pasar mi vida con una mujer por la que no siento nada.

—Pero te gusta Aediva.

El pastel de repente había perdido su sabor. —No de esa manera.

—¿Te refieres a la manera en que te importa Agneta, tu pequeña monja?

—Sí —respondió con nostalgia, disculpándose de la mesa.

Un día, se quejó con Leofric mientras compartían una jarra de cerveza.

—Cuéntaselo a alguien que le importe —replicó su amigo jovialmente—. Estás rodeado de mujeres hermosas, todas deseándote, y no quieres a ninguna de ellas. Ninguna de ellas se vuelve a mirar hacia mí. Soy demasiado repulsivo. Ninguna mujer quiere casarse con un monstruo.

Caedmon sintió gran pena por su amigo, que había sido un apuesto caballero, antes de Alnwick.

Quizás estoy siendo demasiado egoísta, deseando demasiado. Pero... Agneta.

—Lo sé, soy egoísta, pero Agneta es especial.

—Pasaste poco tiempo con ella, la mayor parte de ese tiempo no sabías ni tu nombre. Por lo que me has contado, no es probable que quiera casarse contigo después de lo que hicimos en Bolton.

Leofric era la única otra persona aparte de su madre que sabía que Agneta los había visto en Kirkthwaite Hall.

La taberna estaba llena y ruidosa, y Caedmon tuvo que gritar para ser escuchado. —Ayudé a destruir su vida. Le debo eso.

Leofric negó con la cabeza y se cubrió la boca con la mano. —Pero eso no significa que tengas que casarte con ella —gritó.

De repente, el ruido se detuvo. La gente los miraba. Caedmon miró su jarra, sintiendo que el calor le inundaba la cara. —No quiero a nadie más. Es mucho más que eso. Ella persigue mis sueños. Estoy obsesionado con ella.

Tomó un largo trago de su cerveza.

—Yo sueño con una mujer también —dijo Leofric con nostalgia, luego se detuvo y miró con cautela a Caedmon, cuya atención estaba ahora completamente centrada en él.

—¿Quién?

—No tiene importancia. Fue antes de... esto. —Indicó su deformidad con la mano enguantada.

—¿Le gustabas a ella... antes?

—Sí. Pero eso es el pasado. Esta es la realidad. He llegado a aceptar que estaré solo. Pero tú no tienes que estarlo. Cástate con alguna de estas robustas mujeres sajonas y vive feliz para siempre. Yo seré el tío Leofric de tus muchos hijos. —Chocó su jarra contra la de Caedmon.

—Supongo que...

Su conversación fue interrumpida por gritos desde la calle. —¡Asedio! ¡Un ejército en las puertas! ¡Normandos!

Los dos amigos se levantaron de un salto y corrieron fuera de la taberna.

La gente, en pánico, corría por todas partes.

Caedmon agarró a un chico por el brazo mientras pasaba. —¿Qué sucede? ¿Qué está ocurriendo?

El muchacho intentó zafarse, a punto de llorar. —La ciudad está bajo asedio. Déjeme ir, se lo ruego, señor.

Caedmon apretó su agarre. —Tranquilo. Dime quién está sitiando. — Ya tengo una idea de quién podría ser. Los rumores llevaban semanas diciendo que uno de los hijos de Malcolm Cenn Mór intentaría arrebatarse el trono a Donald Bán.

—Dicen que es Duncan, hijo de nuestro buen rey Malcolm y la reina Ingibiorg. Viene con un gran ejército, normandos y nortumbrianos.

—¿Normandos? —exclamó Leofric.

—¿Nortumbrianos? —dijo Caedmon en voz baja.

Soltó el brazo del niño, quien salió corriendo. —Vamos a la casa de mi madre, Leofric. Los sajones debemos decidir qué hacer ante esta nueva amenaza. Nuestras decisiones ahora podrían ser cruciales para nuestro futuro aquí. Edwinesburh se ha convertido de repente en un lugar mucho más peligroso.

Cuando llegaron a casa, Enid les dijo que Lady Ascha ya se había ido a la casa de los Beasant, donde se estaba reuniendo la mayoría de los sajones. Fueron allí.

Edgar Beasant se dirigía a una multitud inquieta. —Parece que Duncan está aliado con su medio hermano, Edmund, hijo de Malcolm Cenn Mór y Margaret. Como saben, Edmund huyó a Inglaterra cuando Donald Bán usurpó el trono. Ahora el rey Guillermo Rufus lo está ayudando en este intento de arrebatarse el trono a Donald.

Caedmon deseó poder llamar la atención de su madre entre la multitud. —Esto es un lío tremendo —exclamó a Leofric—. Malcolm y Rufus fueron enemigos acérrimos, y ahora Rufus está ayudando a los dos hijos de Malcolm.

—¿Dónde nos deja eso? —se preguntó Leofric en voz alta.

Beasant continuó hablando. —En mi opinión, por el momento no debemos hacer nada. El asedio puede no ser exitoso. Si Duncan y Edmund logran tomar el trono de Donald Bán, sugiero que formemos un comité de emisarios para transmitirles que se aseguran nuestro apoyo.

—¡Sí! —gritaron todos.

—Me ofrezco como cabeza del Comité de Emisarios, pero necesitamos hombres jóvenes, jóvenes caballeros.

—¡Caedmon Woolgar! —gritó alguien.

La madre de Caedmon escaneó el salón en busca de él.

—¿Sir Caedmon, está dispuesto? —preguntó Beasant.

Los ojos de Ascha lo encontraron. Ella dudó, luego asintió ligeramente.

Asintió, animado por el orgullo en sus ojos. —Sí. Estoy dispuesto. Propongo a Sir Leofric Deacon, un caballero que sacrificó mucho por el padre de Duncan y Edmund, Malcolm Cenn

Mór.

—¿Sir Leofric, está usted dispuesto?

Leofric no dudó, solo asintió hacia Caedmon. —Sí. Estoy dispuesto.

—¿Algún otro nombre para proponer?

Hubo una pausa. La gente murmuró en voz baja, negando con la cabeza.

—No habiendo más, queda decidido entonces. Sir Caedmon y Sir Leofric. Si les place. A mi biblioteca, de inmediato.

Caedmon prefería el orgullo que brillaba en el rostro desfigurado de Leofric a la desolación que normalmente veía allí.

## Rutina Diaria

Después de la partida de Caedmon, la vida en el convento se convirtió para Agneta en una rutina monótona y embotada. Antes, se deleitaba en secreto al poder usar su trabajo en la enfermería como excusa para no asistir a todas las recitaciones del oficio divino requeridas a las demás novicias. Ahora, a pesar de haber sido nombrada enfermera y recibir pleno control, decidió estar presente en todos los oficios, a menos que fuera una cuestión de vida o muerte para un paciente.

Decidió desterrar los pensamientos de Caedmon de su vida. La primera en levantarse para Laudes a las dos horas después de la medianoche volvía a su estera en el dormitorio después de eso, hasta el primer resplandor del día, cuando se levantaba para un desayuno de pan y cerveza. Si todo estaba en orden en la enfermería, ofrecía su ayuda a la Sacristana con los libros, vestimentas y vasos sagrados.

Después de Prima se reunía con otras monjas en el Capítulo, donde se leían en voz alta capítulos de la Biblia o de los escritos de los santos. Luego venía Tercia, después de la cual trabajaba en el hospital, o ayudaba con el lavado o la cocina. Aprendió a hacer vino, cerveza y miel, y, cuando llegó la primavera, ayudaba a plantar verduras y hierbas.

A menudo luchaba por mantenerse despierta durante el oficio de Sexta al mediodía, pero la comida servida después de eso la revitalizaba un poco, y volvía al trabajo hasta Nona, tres horas después, luego Vísperas dos horas después de eso, y finalmente Completas. Rara vez tenía idea de lo que se servía en la ligera cena entre Nona y Vísperas.

Con el paso de los días, la rutina se convirtió en una rutina diaria: Laudes, desayuno, trabajo, Prima, trabajo, Tercia, trabajo, Nona, Vísperas, trabajo, Completas, trabajo, trabajo, trabajo, dormir, trabajo. Después de Completas se desplomaba, exhausta, sobre su estera. Llegó a comprender por qué las monjas se mantenían distantes. Estaban demasiado embotadas por el cansancio para sentir algo.

Sin embargo, cada noche, Caedmon venía a ella.

—Quiero calentarte para siempre.

Él atraía su cuerpo contra el suyo.

—Tengo que decirte... participé en la incursión de Bolton.

En sus sueños, él acunaba a su hermano muerto, practicaba con su espada, sostenía su casco sobre su vientre, la apretujaba en el carro de bueyes, soplabla su aliento cálido sobre ella, rozaba sus labios contra los de ella, la miraba desde su escondite en el granero.

—Es bueno escucharte reír, Agneta.

El recuerdo de su voz ronca la envolvía.

—Nunca volveré a reír —gimió, despertando una vez más por sus sueños, acurrucándose, abrazando su cuerpo, tratando de volver a dormir.

Se avergonzaba cuando soñaba con Caedmon tocándola, sosteniéndola, acariciándole el cabello. A veces su presencia era tan real que sus propios suspiros la despertaban.

—Que el Señor no me haya oído.

Luchaba por calmar el dolor pulsante que se extendía hacia su centro, y a menudo despertaba ardiente de vergüenza, con la mano entre sus piernas, la almohada mojada por lágrimas de anhelo. Cada vez que afeitaba a un paciente, su mano temblaba y tenía que abandonar la tarea, muchas veces dejándosela al hermano Manton. Anhelaba el regreso de Caedmon, y se odiaba a sí misma y a él por ello.

—Pareces estar mal, hermana Agneta —susurró el hermano Manton un día, manteniendo los ojos en el paciente que estaban atendiendo.

—No dormí mucho anoche —respondió ella.

El monje negó con la cabeza.

—Es más que eso, ¿verdad, hija? No eres feliz aquí.

—No tengo adónde más ir.

—Eso no es razón para tomar los votos definitivos —susurró el anciano suavemente.

Agneta se tensó. Quería gritar, pero murmuró.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo, hermano. Estoy intentando ser una buena monja.

—Deberías hablar con la Madre Superiora. Tal vez pueda ayudarte con lo que sea que te hace infeliz.

Agneta negó con la cabeza, pánico en sus ojos.

—No, ella no puede ayudarme.

—Es el caballero sajón, ¿verdad? —No había acusación en la voz del monje.

—Oh, ¿es tan obvio?

Ella jadeó y sus ojos se encontraron por un breve momento. Él había visto la verdad. Sintió las lágrimas surgiendo.

—Rezará por ti, Agneta.

—Gracias, hermano Manton. Perdona, debo ver al niño con el brazo roto.

## Nuevas Reglas

—Majestad —Edgar Beasant hizo una reverencia profunda al nuevo rey. Hizo una ligera reverencia menos deferente al medio hermano de Duncan, sentado en el trono más pequeño—. Mi Lord Edmund.

Volvió su atención al rey. —¿Puedo presentar a mis compañeros que me han acompañado en esta misión desde la comunidad sajona para traerles nuestros mejores deseos por su ascenso al trono?

—Proceda —respondió Duncan de manera brusca.

Edmund asintió.

Edgar indicó a los dos caballeros que lo acompañaban. —Sir Caedmon Woolgar y Sir Leofric Deacon son ambos sajones nacidos en Escocia después de que sus padres huyeron del Conquistador. Ambos lucharon valientemente por su padre en la Batalla de Alnwick y, como pueden ver, ambos llevan las cicatrices de sus sacrificios por Escocia.

Mientras Edgar hablaba, Caedmon observaba al nuevo rey Duncan. Parecía incómodo y evidentemente consciente de la presencia de su medio hermano a su lado. Aunque compartían el mismo padre, no se parecían. Caedmon se preguntaba si confiaban el uno en el otro. ¿Qué habían hecho con su tío, Donald el Justo, a quien habían derrocado?

Cuando mencionaron su propio nombre, Caedmon hizo una profunda reverencia, consciente de que sus acciones, y las de Leofric y Edgar, tendrían un impacto en la comunidad sajona exiliada. Mientras Edgar seguía elogiando la lealtad de los sajones, Caedmon sintió que Edmund se impacientaba.

De repente, el rey Duncan levantó la mano. —Basta, Sir Edgar. Ya estamos al tanto de sus esfuerzos a lo largo de los años en nombre de mi padre. Sir Caedmon, Sir Leofric, les agradecemos por su valentía y sus sacrificios por Escocia. Sin embargo, también debemos respetar los sentimientos de nuestros nuevos aliados, el rey William Rufus y los Northumbrianos que nos ayudaron a recuperar el trono. Necesitamos garantías de que no habrá más ataques de los sajones contra los intereses y posesiones normandas.

—Yo, al igual que mis compañeros sajones, solo busco proteger los intereses de Escocia, la tierra que nos ha brindado protección desde la Conquista —respondió Caedmon.

—Sí, de acuerdo, todos buscamos proteger los intereses de Escocia —interrumpió de repente Edmund—. Necesitamos su juramento de que no habrá ataques contra los normandos.

Caedmon ardía por dentro, pero no tenía elección, al igual que los dos príncipes reales que estaban sentados ante él. ¿Qué precio había exigido Rufus por su apoyo?

—En nombre de la comunidad sajona, juro que no habrá ataques contra los intereses y posesiones normandas —entonó Edgar solemnemente, con la mano sobre el corazón.

Fueron despedidos. Al salir, Caedmon susurró a Leofric: —Predigo que el reinado de Duncan el Segundo será corto.

\*\*\*

Con el paso de los días, Agneta perdió la cuenta de cuántos años tenía. No tendría que hacer sus votos finales hasta que alcanzara la mayoría de edad, pero exactamente cuándo sería eso no estaba claro en su mente. Como no quería pensar en la finalización de ese evento, no hizo gran esfuerzo por despejar la niebla. Estaba gravemente segura de que la Madre Superiora tenía todo bajo control.

Un día, a comienzos del otoño, un hombre llegó a la enfermería con una profunda herida de

espada en el brazo superior. No era una herida nueva, pero se había tratado mal y mostraba signos de putrefacción. Tenía fiebre. Agneta rápidamente le asignó un catre donde ella y Mayda lo atendieron.

—¿Dónde ocurrió esto? Este golpe estuvo cerca de partirme el brazo en dos. ¿Quién cosió tu herida? —le preguntó.

—Edwinesburh —raspó él—. Uno de mis compañeros hizo la costura, solo para que pudiera regresar a casa.

—¿Eres de Northumbria?

El hombre asintió, haciendo una mueca de dolor.

—¿Qué hacías en Escocia?

El hombre miró a su alrededor nerviosamente, luego pareció tranquilizarse. —Ayudé con el asedio.

Agneta se secó las palmas sudorosas en su hábito. —¿Asedio?

Él asintió. —Fui con el ejército de Rufus para ayudar a derrocar al rey Donald.

Ella tragó con dificultad. —¿Fue exitoso el asedio? — Sus manos temblaban y tuvo que detener sus cuidados, consciente de la mirada preocupada de Mayda.

—¿Estás bien? Pareces que vas a desmayarte —susurró la novicia.

Agneta asintió, y se pasó la manga por la frente.

El hombre herido continuó: —Ahora Duncan es rey, pero más o menos comparte el trono con su medio hermano, Edmund. Son hijos del rey Malcolm, ya sabes, el que mataron cerca de aquí, en Alnwick.

Para sorpresa de Agneta, fue Mayda quien preguntó: —¿Pero dices que los normandos ayudaron a capturar el trono?

El hombre asintió, apretando los dientes por el dolor. Estaba a punto de desmayarse mientras ellas limpiaban la putrefacción de su herida.

—¿Fue un asedio largo? ¿Murió mucha gente? —balbuceó Agneta.

Esperó a que el espasmo de dolor pasara. —No, fue suficiente con amenazar. Donald el Justo no pudo resistir a nuestro ejército y se rindió rápido. Salvó su cuello. Yo tuve mala suerte. Estaba demasiado seguro de nuestro éxito.

Agneta tuvo que irse antes de que realmente cayera al suelo de piedra. Caedmon no se quedaría de brazos cruzados si tuviera una causa por la que luchar y odiaba a los normandos. —Hermana Mayda puede terminar de atenderte. Espero que la herida se cure correctamente ahora. Vigila su fiebre —susurró, sin atreverse a mirar a su amiga a los ojos. Se escapó al santuario de la capilla y se arrodilló.

—Pater Noster —sollozó—. Por favor, protégelo. Mantenlo vivo. No puedo soportar la idea de que pueda estar muerto. Por favor.

## Vuelo

—Muchos sajones ya se han ido, madre. Nosotros debemos hacer lo mismo. Este país ya no es seguro para nosotros. No tenemos futuro aquí. El frágil control de Duncan sobre la corona no durará, ahora que sus aliados extranjeros han tenido que regresar a sus tierras para sofocar una rebelión —dijo Caedmon.

—Tienes razón, pero ya estoy demasiado vieja para empezar de nuevo —respondió su madre con tristeza, desplomada en una silla—. Esta casa es mi hogar.

—Pero tienes otro hogar. En Ruyton. Debemos ir allí.

Ascha negó con la cabeza, aparentemente reacia a pensarlo, pero dijo: —Shelfhoc es tu derecho de nacimiento, Caedmon. Supongo que tienes razón. He estado fuera mucho tiempo, y los recuerdos...

Él tomó la mano de su madre y se agachó a su lado. —No será fácil. Ya sabes que es un viaje largo y arduo. Pero yo estaré allí para ayudarte y Leofric ya ha dicho que nos acompañará. No hay razón para que se quede, ahora que ambos padres se han ido. Creo que muchos más querrán acompañarnos. Buscaremos refugio en monasterios y abadías a lo largo del camino. Podemos empezar una nueva vida en los Marches. Por lo que oí, tu valiente protector normando, el conde de Ellesmere, tiene la zona bajo control, y tú misma has dicho que sus mayordomos han mantenido Shelfhoc.

—Sí —susurró Ascha.

—Es irónico, ¿no? Los normandos nos robaron todo, y, sin embargo, es gracias a un normando que tenemos una mansión a la que regresar en Inglaterra. Me encargaré de organizar nuestra partida.

Ascha miró alrededor, sus ojos recorriendo los muebles, las cortinas, los paneles de madera cálidos. —¿Qué pasa con esta casa? ¿Podemos venderla?

Caedmon apretó la mandíbula. Esta era la única casa que había conocido. —Podemos intentarlo. Hablaré con algunas personas en la corte. Aunque en estos tiempos tan inestables...

Pensó en las posibilidades. —Edgar Beasant podría estar interesado. Ha decidido quedarse aquí y ha mencionado comprar una casa para Kendra y Eivind, ahora que están casados. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué está pensando Eivind? Casarse con Kendra me volvería loco.

—Quizá la ame —dijo su madre.

Caedmon negó con la cabeza. —Eivind no es un hombre que se case por amor.

—¿No como tú, hijo mío? ¿No elegirás a alguna bonita chica sajona para que te acompañe como esposa? Hay muchas que desearían ser tu mujer.

—Solo hay una mujer que consideraré para casarme, y esa es Agneta.

—Pero ella ya puede haber hecho sus votos finales.

Sacudió la cabeza. —Aún no tiene la edad. De todos modos, cuando viajemos por Northumbria, estoy decidido a tratar de cambiar su opinión sobre mí.

—Es posible que no se alegre de verte.

—Tengo que intentarlo, aunque sea para decirle un último adiós.

\*\*\*

Caedmon y Leofric comenzaron a hacer arreglos clandestinos para su partida. Los tres miembros sobrevivientes de la familia Brightmore, Coventina y su madre y tía, habían decidido unirse a los Woolgar en su huida. Las mujeres vinieron a ayudar a Ascha con el empaquetado.

—Mañana se cumplirá un año desde Alnwick —observó Leofric, mientras él y Caedmon

examinaban los últimos mapas que habían conseguido, planeando una ruta—. Es difícil creer que haya pasado un año desde aquel día sangriento cuando nuestras vidas cambiaron por completo.

—Sí —asintió Caedmon—. ¿Y no es irónico que el mismo trece de noviembre sea el día de la fiesta de San Brice? —Se giró hacia su madre—. ¿Por qué elegiste ese nombre para mi segundo nombre?

Ella se sonrojó, murmuró algo sobre tener que terminar de empacar y se fue abruptamente. Las mujeres mayores Brightmore la acompañaron.

—Es un día más que adecuado para que dejemos este país maldito y comencemos de nuevo —dijo Enid—. Mejor voy a ayudar a tu madre.

Caedmon se preguntó qué quiso decir Enid con su inusual exclamación, pero sus pensamientos fueron interrumpidos.

—Debes admirar la lealtad de Enid. No es una joven, pero ha estado dispuesta a seguir a tu madre y servirla durante muchos años.

Caedmon miró a la persona que había hablado. Coventina Brightmore era una chica tímida y callada, no bonita, pero agradable, con una buena figura, y lo que Leofric describía como pechos voluptuosos. Era raro que ella diera una opinión. Caedmon asintió, y luego notó que Leofric también miraba a la chica, apretando y relajando su puño sano.

Me pregunto.

—Repasemos el plan de nuevo, Leofric —sugirió Caedmon.

—¿Qué? Oh... sí... el plan. Todos los que estén reunidos aquí al amanecer harán el viaje. A cada viajero se le ha dicho que debe tener su propio caballo sano y suficientes provisiones para al menos una semana. Solo habrá un carro, que ha sido generosamente proporcionado por Edgar Beasant, y a cada familia se le asignará un espacio en él. Nada de muebles, pertenencias o cosas similares. Ropa de abrigo de invierno y botas. Fondos suficientes para mantener a tu familia... bien ocultos, por supuesto.

—¿Cuántos se han comprometido?

—Quince.

Caedmon estaba a punto de responder cuando Eivind Brede irrumpió en la habitación. Ascha, los Brightmore y Enid lo siguieron inmediatamente. —Han asesinado a Duncan.

La mano de Ascha voló a su boca, sorprendida. —¿Al rey?

—Sí. El traidor Edmund se ha aliado con su tío. Han hecho matar a Duncan, y Donald el Justo ha regresado al trono. El anciano ha nombrado a Edmund su heredero.

—A Rufus no le va a gustar nada de esto —sugirió Leofric.

—¿Seguiremos saliendo mañana? —preguntó Lady Ascha, preocupada.

—Debemos —respondió Caedmon.

Espero que mi pequeña monja esté rezando por mí.

\*\*\*

El paciente de Agneta con la herida putrefacta de espada resultó ser una excelente fuente de información sobre lo que ocurría al norte de la frontera. Se recuperó después de dos semanas en la enfermería y ella lo visitaba a él y su familia con frecuencia en su cabaña cerca de Alnwick, bajo el pretexto de asegurarse de que su herida no se hubiera reabierto. Siempre llevaba a otra novicia con ella. Una fría mañana de noviembre, mientras examinaba cuidadosamente la cicatriz, se enteró del asesinato del rey Duncan, ocurrido una semana antes.

—Es irónico que haya sido en la víspera del aniversario de un año de la batalla aquí, cuando su padre Malcolm y su medio hermano murieron —le dijo.

Agneta se sobresaltó. —¿Doce meses? ¿Desde Alnwick?

¡Ay! ¿Ha pasado tanto tiempo?

—Sí. Día de la Fiesta de San Brice.

De pronto recordó que había estado tan inmersa en el ritual del oficio divino que no había prestado atención a qué santo estaban honrando. Su cabeza dio vueltas.

Mi nombre es Caedmon Brice Woolgar.

Hizo un gran esfuerzo por aparentar que examinaba la cicatriz del hombre. —¿Qué está sucediendo allí ahora? ¿Ha habido derramamiento de sangre?

El hombre la miró extrañado. —Tienes mucho interés en todo esto.

—Tengo un amigo que vive allí, un sajón.

—Dicen que los sajones se están yendo en masa.

—¿Yéndose?

Él asintió. —Espero que muchos vengán a Northumbria. Las personas con las que estoy en contacto ya están de camino aquí. Es probable que pronto veas refugiados en tu abadía.

El corazón de Agneta retumbó en sus oídos. Se levantó tambaleándose y se despidió de su paciente.

—Su herida parece estar bien. Hace tiempo que sanó —sugirió Mayda mientras regresaban a pie a la abadía.

—¿Herida? Oh, sí. Ha sanado bien. Tienes razón.

Agneta miró las nubes amenazantes y se envolvió con su manto.

Fue en un día como este.

Mientras cruzaba el páramo donde vio a Caedmon por primera vez, el recuerdo de las imágenes, sonidos y olores de aquel fatídico día la asaltaron, pero la imagen predominante era la de Caedmon, yaciendo indefenso, atado a la camilla, pero irradiando fuerza y poder.

¿Eres un ángel?

—¿Crees que vendrá?

Agneta se detuvo abruptamente y miró a su compañera novicia. —¿Qué?

—Tu caballero. ¿Vendrá?

Agneta encogió los hombros contra el viento y aferró su manto. —¿Mi caballero? No sé de qué hablas...

—Agneta, todas lo sabemos. Todas sentimos por qué estás tan triste. Ninguna de nosotras entiende por qué no te fuiste con él.

Agneta quedó atónita por el lamento que brotó de su propia garganta. —A veces ni yo misma lo entiendo —sollozó.

Su amiga la abrazó mientras lloraba. —Debemos rezar por él, Agneta.

—Rezo por él, pero no sé qué haré si viene.

Permanecieron allí varios minutos, azotadas por el viento frío, y luego regresaron caminando, del brazo, a la abadía.

Como si las palabras del mercenario fueran proféticas, al llegar había recién llegados buscando refugio en la naciente abadía. Mayda le apretó la mano a Agneta para tranquilizarla mientras entraban en la enfermería. —Confía en el Señor, Agneta.

Había diez refugiados, con frío, hambrientos y sucios. Caedmon no estaba entre ellos. Las monjas ofrecieron comida y refugio por la noche. El grupo planeaba partir al día siguiente, rumbo a Sussex.

—Tienen un largo viaje por delante —dijo a una de las mujeres mayores, decidida a no preguntar por Caedmon.

—¿Tienen noticias de un caballero llamado Caedmon Woolgar? —preguntó Mayda.

Agneta fulminó a su amiga con la mirada.

La mujer asintió. —Sí, conozco a su madre, Lady Ascha. Mi hija conoce a sir Caedmon. De hecho, no deja de hablar de él. Es un diablo apuesto, un héroe vuelto de entre los muertos, por así decirlo. Todas las jóvenes están locas por él. Los Woolgar seguían allí cuando nos fuimos, pero planean huir.

Mayda sonrió a Agneta, pero no logró calmar los sentimientos encontrados que corrían por su interior. Probablemente Caedmon tenía a mil mujeres cayendo a sus pies. ¿Por qué habría de importarle? —Entonces, ¿no está casado, este sir Caedmon? —Quiso patearse a sí misma.

—No, a menos que se haya casado en los últimos días. Muchos de los que huían lo hicieron, por el bien de la decencia. Los enamorados no querían quedarse atrás. Ha sido un tiempo terrible. Me recuerda cuando huimos del Conquistador, hace tantos años.

Agneta podía ver que la mujer había llegado al límite de su resistencia y no envidiaba el largo viaje que le esperaba hasta Sussex.

—Duerma ahora. Necesita descansar.

El grupo partió al día siguiente después de Prima.

Agneta miraba el horizonte, deseando que más refugiados aparecieran, pero no llegó nadie hasta el día siguiente.

\*\*\*

—¿Qué tan lejos estamos de la abadía de Alnwick, Caedmon? —preguntó su madre con cansancio.

—Estaremos allí en unas dos horas —respondió él con brusquedad.

Ascha se mordió el labio.

—¿Cuál es tu plan?

Él frunció el ceño.

—Pediré limosna.

—Tengo un plan mejor.

Caedmon tiró de las riendas y retrocedió hasta donde ella se había detenido. Podía ver que estaba agotada. Había mostrado un momento de euforia entre lágrimas cuando le había dicho que habían cruzado a Inglaterra una hora antes. Todo el grupo se había detenido, desmontado y reunido para un momento de oración. Ahora, el cansancio de las largas horas a caballo se reflejaba en los rostros fatigados y los cuerpos encorvados.

Habían estado en la ruta desde Escocia durante diez días, más de lo planeado, con problemas en la carreta que los retrasaron. Luego, la madre de Coventina enfermó y los Brightmore tuvieron que quedarse en un monasterio hasta que se recuperara. Leofric se ofreció a quedarse con ellos, lo que llevó a Caedmon a preguntarse una vez más sobre la relación de su amigo con la muchacha. El rostro desfigurado de Leofric no reveló nada cuando Caedmon le sonrió y arqueó las cejas.

Ahora, Caedmon se levantó en los estribos, aprovechando la pausa en el viaje para frotarse los músculos doloridos por la silla.

—¿Plan? ¿De qué hablas?

—Tenemos dinero —dijo ella, palmeándose el vientre, donde el cinturón de dinero la hacía parecer más redonda de lo que era. Habían decidido que una mujer mayor era el mejor lugar para ocultar las ganancias de la venta de la casa a Edgar.

Él la miró sin comprender.

—No entiendo.

—¿No me dijiste que la abadía de Alnwick está sin terminar?

—Sí, pero...

Ella agitó un dedo hacia él.

—Apuesto a que no hay abadía, monasterio, convento, priorato o iglesia en toda Inglaterra que tenga dinero suficiente para sus necesidades. Todas esas bocas que alimentar, edificios que mantener, obras de caridad que realizar.

Caedmon comprendió entonces.

Ella sonrió y continuó —Además de todos esos gastos, la abadía cerca de Alnwick debe encontrar fondos para construir un gran edificio.

Él sonrió.

—Tienes razón. Recuerdo que cuando estuve aquí se decía lo difícil que era continuar la construcción. Cuando se acababa el dinero, se detenían los trabajos.

Ella levantó un pie y pareció estudiar la punta de su bota.

—¿Cuánto tiempo calculas que tardará en terminarse si siguen al ritmo actual?

Él se frotó la barbilla.

—Al menos cincuenta años.

—Esta abadía tiene algo que tú deseas, ¿no es así?

—Sí, pero si ella llegara a saberlo...

—¿Quién se lo dirá? Tú mismo dijiste que no quiere ser monja. Puedes ofrecerle una vida mejor, en Ruyton.

Él la miró a los ojos.

—¿Me darías tu dinero para esto?

Ascha sonrió.

—El dinero no significa nada para mí comparado con tu felicidad. Es obvio que estás prendado de esa mujer. Soy egoísta. No puedo ser feliz si tú eres infeliz.

Aunque anhelaba ver a Agneta de nuevo, Caedmon se había sentido pesimista sobre el reencuentro, pero ahora su corazón cantaba con renovada esperanza. Desmontó y se acercó para besar la mano temblorosa de su madre.

—Mi graciosa dama Ascha Woolgar, ¿qué he hecho para merecer una madre como usted? Le agradezco desde el fondo de mi corazón.

Ella se removió nerviosa en la silla de montar.

—Será mejor que hable yo con la Superiora. De mujer a mujer.

—Estoy de acuerdo. Quizá haga un desvío, a una posada cercana, cuando estemos más cerca. Las alcanzaré luego.

\*\*\*

Al entrar a Vísperas, Agneta escuchó al Limosnero dando la bienvenida a nuevos refugiados. Sus pies picaban por correr y ver si Caedmon estaba entre ellos. Durante todo el Oficio Divino, se removió, alternando entre la esperanza y el temor. En lugar del Magníficat, recitó su conocida exhortación por la salud de Caedmon. La Madre Superiora le dirigió más de una mirada severa.

Estate quieta.

Al salir de la capilla, el Limosnero le dio un mensaje a la Madre Superiora. La mujer se dirigió a su oficina y no se unió a ellas para la cena. Agneta lanzó una mirada a los recién llegados, que asentían agradecidos mientras las monjas los servían. Nada de Caedmon. Su corazón se desplomó. Apenas podía pasar la comida por sus labios.

Notó que una de las refugiadas mayores, vestida como sirvienta, examinaba los rostros de las monjas con gran interés, como si buscara a alguien. Cuando sus ojos se encontraron con los

de Agneta, la mujer sonrió. Logró devolverle la sonrisa. Después de todo, aquella pobre mujer había sufrido un largo y difícil viaje. Nadie en el grupo parecía necesitar atención en la enfermería y Agneta no tuvo oportunidad de hablar con ellos antes de entrar en la capilla para Completas. Creyó oír al Limosnero dando la bienvenida a alguien más, pero parecía tarde para eso.

Al salir del tormento de Completas, la Sacristana le susurró un mensaje.

—La Madre quiere verla. En su oficina.

—¿Ahora?

—De inmediato.

## Noche De Bodas

—No entiendo, Madre Reverenda. ¿Por qué se me niegan los votos finales? Usted quería que me convirtiera en monja.

Agneta no lograba comprender por qué la mujer estricta le había dicho de forma tan directa que no podría hacer sus votos finales. En su interior, sentía un alivio inmenso. La idea de pasar su vida en la remota abadía la llenaba de temor, aunque disfrutaba atendiendo a los enfermos y heridos en la enfermería. Pero ¿a dónde iría? ¿Cómo sobreviviría? No tenía familia a la que recurrir.

La boca de la mujer era severa.

—Lo quería, hija mía, lo quería. Pero para ser una buena monja, una mujer necesita estar desprendida de las cosas mundanas. Tú has tenido dificultades con eso. Te implicas demasiado con las personas.

—Pero yo...

La Superiora levantó la mano.

—La decisión ya está tomada, hija mía. Recoge tus cosas, si lo deseas, y haz planes para ti misma. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites refugio. No te echaremos a la calle para que quedes desamparada, pero no te unirás a la comunidad.

Agneta quedó estupefacta. Sintió la misma desolación solitaria que había sentido el día del asalto a su hogar, y esa noche lloró hasta quedarse dormida, tratando desesperadamente de no dejar que las otras novicias escucharan sus sollozos.

Mayda apareció a su lado.

—¿Qué pasa, Agneta?

—Las monjas me han rechazado. No se me permitirá hacer mis votos.

Su amiga la rodeó con el brazo, abrazándola por los hombros temblorosos.

—Oh, Agneta. ¿Por qué?

Ella apoyó la cabeza en el hombro de su amiga.

—No lo sé. He intentado ser una buena monja, ¿no es así?

Mayda la meció, y debió quedarse dormida, exhausta. Despertó antes de las dos de la mañana y comenzó a vestirse para Laudes, luego recordó y volvió a caer sobre su colchón, sollozando. Al amanecer, una monja anciana vino a buscarle el hábito y le entregó un conjunto de ropa de laicos. Le resultó extraño ponerse la sencilla camisa y el vestido. No había cofia, solo un manto de lana con capucha. De repente, echó de menos la odiada cofia y esperó que su fea cabellera creciera rápidamente.

—Tal vez la Madre tiene razón. Me importa demasiado lo mundano. Debí haberse dado cuenta de lo infeliz que he estado desde que Caedmon se fue. No entiendo por qué mis pensamientos siguen volviendo a un hombre al que debería odiar.

Decidió ir al jardín. Su caballero había encontrado respuestas allí, tal vez ella también. Se sentó temblando en el frío banco de piedra, bajo un sauce sin hojas, mirando sus manos entrelazadas sobre su regazo. No sabía cuánto tiempo había pasado allí antes de sentir su presencia a su lado. Supo quién era antes de levantar la vista. Su corazón latía con fuerza en sus oídos. Era aún más grande de lo que recordaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, esforzándose por hacer funcionar sus piernas congeladas mientras se levantaba, inquieta por su ropa y su cabello. Ajustó la capucha.

—He venido por ti, Agneta.

Se acercó a ella, pero ella retrocedió.

—Te dije que no iría contigo. Hay demasiado odio entre nosotros. Nunca podría amarte.

Él se movió rápidamente para colocar sus manos sobre sus hombros y la atrajo hacia su cuerpo.

—No te pido tu amor. Solo que aceptes pasar tu vida conmigo. Te necesito. Por favor, di que llenarás mi necesidad. No quiero a nadie más—solo a ti. Di que te convertirás en mi esposa. Me necesitas.

¿Qué hacer o decir en respuesta? Su cabeza le palpitaba tanto como su corazón. Estaba fría, y su cuerpo irradiaba calor. Solo él había logrado atravesar el frío letargo en el que había estado sumida durante tanto tiempo. Las monjas la habían echado. No tenía a dónde ir, a quién recurrir. De repente, allí estaba un hombre al que no había podido olvidar, proponiéndole matrimonio con la voz ronca que la cautivaba. Había pasado noches despierta tratando de recordar el sonido de su voz. Pero ¿qué quería decir con eso de que sabía que ella lo necesitaba?

¿Cómo podía saber acerca de la abadía?

—¿Cómo sabes cuáles son mis necesidades, Caedmon? —preguntó, desconfiada.

Él le rodeó el rostro con sus cálidas manos.

—Sé que anhelas mi toque, así como yo anhelo el tuyo.

¡Ay!

—Anhelas mis labios, así como yo anhelo los tuyos. —Rozó con los pulgares su tembloroso labio inferior—. Anhelas mi cuerpo, así como yo anhelo el tuyo. —Puso las manos de nuevo sobre sus hombros y se inclinó para besarla, primero suavemente y luego su lengua incitó a sus labios.

Su boca estaba cálida en el aire frío. Ella había intentado no soñar con su beso. No podía besarlo, no quería besarlo, y no sabía cómo besar. Él lamió las comisuras de su boca, mordió su labio inferior y la besó nuevamente. —Ábrete para mí, Agneta —susurró.

Sus palabras la envolvieron como una cálida brisa veraniega y se perdió en ellas. Suspiró, se abrió hacia él y tímidamente puso sus brazos alrededor de su cuello, arqueando su cuerpo hacia el suyo, con las lágrimas cayendo por su rostro. La capucha resbaló de su cabeza.

Él lamió las lágrimas de sus mejillas y nuevamente puso sus manos a cada lado de su rostro, luego pasó sus dedos cariñosamente por su cabello. La sensación resonó en sus pies.

—Lo sabía. Tu cabello es castaño... y corto. Es el cabello más hermoso que he visto. —Suspiró y apoyó su frente contra la de ella—. Agneta, por favor di sí.

Ella se sintió aliviada de que él no hubiera pronunciado palabras de amor. Nunca podría ser un matrimonio de amor. Pero tenía razón. Se sentían atraídos el uno por el otro. Tal vez eso podría reemplazar al amor. —Pero ¿dónde viviremos? No viviré en Escocia.

—Nos dirigimos a mi mansión en Inglaterra. Mi madre me dice que es una hermosa propiedad con cinco yugadas de buen terreno y su propia iglesia. Produce un ingreso confiable. Está en Ruyton, en los Marches galeses. Podemos pedirle al abad que nos case antes de que nos vayamos. Cuando lleguemos allí, me presentaré ante el protector de mi madre, el conde de Ellesmere. Así él podrá estar seguro de que he regresado para ocuparme de la mansión por mí mismo.

Agneta estaba bajo el dominio de una enfermedad misteriosa, una que había adormecido su mente. Estaba abrumada por muchos sentimientos contradictorios. —Recuerdo que me dijiste que un conde normando es el protector de tu madre.

—Sí. Parece extraño, lo sé.

De repente, algo que él había dicho unos momentos antes penetró la niebla. —¿Dijiste

“nosotros”?

—Sí. Mi madre está conmigo, y su sirvienta, Enid. Mi amigo, Leofric, no está lejos, acompañado de otra familia, los Brightmore. Y hemos viajado parte del camino con dos familias más que se dirigen a Kent.

Ella estaba atrapada en el abrazo de un hombre que era la encarnación de la belleza masculina, un hombre que era lo que las mujeres soñaban que un caballero debería ser. Él le estaba suplicando que se casara con él, pero ella comprendía, por lo que su madre le había contado sobre los hombres, que estaban motivados por necesidades diferentes a las de una mujer. Ragna Kirkthwaite había presumido muchas veces que su esposo aún la amaba y era fiel, incluso después de los años y el nacimiento de tres hijos que habían dejado su huella. Pero le había advertido a Agneta que era prudente estar preparada para que el ojo de un hombre vagara, una vez que se cansara de su esposa.

Ella solo había visto el lado amable y gentil de Caedmon, pero él tenía el corazón de un guerrero. Mira lo que hizo en Bolton. Los guerreros eran hombres endurecidos. Caedmon ardía de odio por los normandos, como ella ardía de deseo de venganza contra los escoceses. ¿El odio los uniría? Tenía que tomar una decisión. No confiaba en los hombres, pero...

—Me casaré contigo —susurró, aliviada de ser rescatada, pero resentida de no tener otra opción.

Él la levantó, riendo y gritando, y la giró hasta que ambos se sintieron mareados.

—Caedmon, esto es un convento.

—¡Eso no me importa!

Ella logró sonreír, su corazón se elevó al verlo tan emocionado. Tal vez sí le importaba.

—Me encanta verte sonreír —dijo con una sonrisa—. Vamos, quiero presentarte a mi madre.

—¿Pero mi ropa, mi cabello?

—Eso no importará. Ella está ansiosa por conocerte.

Él se alejó y regresó unos minutos después, acompañado por una mujer mayor. Su mano descansaba sobre su brazo. Su porte denotaba nobleza.

—Madre, permíteme presentar a mi prometida, Lady Agneta Kirkthwaite. Agneta, mi madre, Lady Ascha Woolgar.

Ella escuchó el orgullo en su voz. Su primera impresión de su madre no fue lo que esperaba. La mujer, aún hermosa, la saludó con gran calidez, aunque había algo en sus ojos grises: soledad. Lady Ascha había sido viuda desde antes del nacimiento de su hijo. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensarlo. Vio el amor y respeto que Caedmon compartía con su madre y admiró el coraje de esa mujer que había huido a Escocia y criado a un hijo sola.

Al menos no estaré sola cuando me case con Caedmon.

—Hemos hablado con el abad, Agneta —explicó Lady Ascha—. Ha accedido a casarlos después de que se lean las proclamas tres veces, pero ha sugerido hacerlo en un solo día, en la Misa del Día del Juicio, la Misa Mayor y Vísperas.

Agneta asintió.

—Ahora, Caedmon —sugirió su madre—, ¿por qué no llevas a Agneta y la presentas a los demás miembros de nuestro grupo?

\*\*\*

Todos sus nuevos conocidos asistieron a la ceremonia. Agneta no pudo evitar sonreír al reconocer a Enid como la sirvienta que había estado buscando al grupo.

La Madre Superiora se negó a dar permiso para que las novicias asistieran. Ella actuó como

la madrina de Agneta, y Leofric, que había llegado justo a tiempo con los Brightmore, estuvo junto a Caedmon. Agneta saludó a Leofric de manera fría. Lo reconoció al instante, a pesar de su desfiguración. Este era el hombre que había estado al lado de Caedmon, mirando el granero.

La ceremonia pareció terminar rápidamente y Agneta no recordó mucho de lo que se dijo o hizo. Todo sucedía demasiado rápido. Se sentía sin aliento. La única imagen que recordaría era la cara sonriente de su nuevo esposo y su casto beso después de que el abad diera su consentimiento.

Sus escasas pertenencias habían sido preparadas para la partida, y cuando ella y Caedmon se disponían a salir del convento, Agneta fue llamada por la Madre Superiora.

—Ven conmigo, hija. Tengo algo para ti.

Una vez llegaron a la oficina privada, la mujer le extendió un objeto envuelto en un saco. El corazón de Agneta comenzó a latir más rápido. No necesitaba desenvolverlo. Se apartó. —Prefiero no aceptarlo.

—Debes aceptarlo, Agneta. No puede quedarse aquí. Perteneció a tu abuela, y a tu madre. Representa dolor y tristeza para ti, pero a veces es bueno tener un recordatorio de esas cosas. Es parte de tu herencia. Algo que pasarás a tus hijos.

¿Y qué les diré? Mi madre se quitó la vida con este puñal.

A regañadientes, aceptó el paquete, pero no lo desenrolló. La religiosa sonrió débilmente y le dio a Agneta un beso cortés en cada mejilla. —Ve con el Señor, hija.

Mientras caminaba de regreso por los claustros, Agneta recordó lo complacida que se veía su Superiora. Caedmon nunca había cuestionado por qué ya no llevaba hábito cuando regresó, nunca preguntó por su cabello descubierto, ni por sus votos.

—Él lo sabía —susurró—. Sabía que me habían rechazado. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo pudo la Madre Superiora haber sabido que él vendría?

Cuando llegó al patio, la voz de Caedmon interrumpió sus pensamientos. —Solo tengo un caballo, mi amor. Tendremos que compartir a Wyvern. ¿Montarás delante de mí?

—Pon esto en las alforjas, por favor, Caedmon.

Él tomó el paquete que ella le entregó, lo guardó y se acomodó en la silla de montar para hacer espacio para ella.

—¿Dónde están los demás? —preguntó ella.

Para su sorpresa, él se sonrojó. —Tú y yo iremos a una posada cercana para nuestra noche de bodas.

Ahora era su turno de sonrojarse.

—Regresaremos aquí mañana y todos viajaremos juntos hacia el sur.

Mientras se alejaban de la incipiente abadía que había sido su refugio, Agneta se volvió para mirar atrás.

—Dime tus pensamientos —ordenó suavemente Caedmon.

Ella pasó los dedos por la capa de lana gruesa. Sin emoción, dijo —Las monjas me dieron refugio, ropa y sustento, pero era una vida estricta, espartana, de pobreza, sin amor ni afecto. El enfoque de la vida de una monja es ser la Esposa de Cristo. Pero, trabajando en la enfermería, aprendí mucho sobre curación, y solía traerme privilegios especiales. Me nombraron Infirmaria después de que te fuiste.

—¿Privilegios especiales?

—A menudo me excusaban de la monotonía de las misas diarias, las oraciones y rituales que comenzaban generalmente en las horas cercanas a la medianoche.

Caedmon se rió. Su risa profunda y grave la calentó.

Montaron en silencio un rato. Nuevamente, la voz ronca de Caedmon irrumpió en su ensueño mientras rozaba su cuello. —Es una suerte que hoy vayamos a una posada cercana, Agneta. Es dulce tortura sentir tu cuerpo presionado contra el mío en la silla de montar. Pero, pareces preocupada.

El calor subió a su rostro. Ella había intentado ignorar la evidencia de su excitación, evitando que sus cuerpos se tocaran, pero eso se había vuelto una imposibilidad física que la estaba destrozando. Decidió enfrentarlo con sus preocupaciones. —Tal vez no tengamos amor entre nosotros, esposo, pero espero que tengamos honestidad.

Él permaneció en silencio.

—¿Cómo sabías que me habían echado?

—Tienes razón. Debemos tener honestidad. Les hice una oferta que no pudieron rechazar.

—¿Una oferta? No entiendo.

Caedmon dudó antes de continuar. —Cada abadía, priorato y convento necesita dinero para continuar existiendo. Ninguno de ellos tiene lo suficiente. Tu abadía tenía algo que yo quería desesperadamente. Ellos querían dinero más que quererte a ti, así que pudieron continuar con sus construcciones.

—¿Me compraste? —gritó ella, girando sobre la silla de montar para enfrentarlo.

Él hizo una mueca. —Agneta, ¿querías quedarte allí? ¿Me estás diciendo que preferías quedarte allí en lugar de vivir conmigo?

Ella se volvió hacia él. —¿De dónde sacaste el dinero?

—Mi madre me lo dio.

—¿Sabía ella para qué planeabas usarlo? —preguntó con sarcasmo.

Él detuvo el caballo de golpe. —Mírame, Agneta. No soy un hombre que le mienta a su madre, ni que trate de estafarla. Ella ha hecho muchos sacrificios por mí y, solo el Cielo sabe por qué, pero me quiere mucho. Fue idea suya. Ella me dio el dinero con gusto. Fue ella quien habló con tu Superiora.

Agneta se sintió de inmediato culpable. —Lo siento. Tu madre es una persona amorosa. No quise...

—Agneta —dijo él, instando al caballo a seguir adelante—, sé feliz. Yo soy feliz de que estemos casados.

—Yo también —admitió ella, con algo de pesar.

\*\*\*

Caedmon maldijo por dentro, temeroso de que lo que le había contado a Agneta pudiera interferir con sus planes para su noche de bodas. Tan pronto como las palabras sobre la abadía salieron de su boca, las lamentó. Viajaron los pocos kilómetros hasta la gran posada donde él había hecho arreglos previos para una habitación privada.

—Hay otros establecimientos más cerca de la abadía —explicó, después de que subieron las escaleras hasta su habitación alquilada—, pero quería asegurarme de que la habitación fuera espaciosa, la cama cómoda y libre de alimañas, la comida buena y la ropa de cama limpia.

Agneta se quitó la capa. —Gracias —murmuró—. Es una bonita habitación.

Mientras él se despojaba de su cálido abrigo, notó que ella no miraba la cama. —Mi acento escocés al principio hizo que la posadera fuera cautelosa, pero cuando le expliqué que era para mi esposa, no pudo hacer lo suficiente para acomodarnos.

Una sirvienta robusta entró unos minutos después, llevando una bandeja con algo que olía delicioso. Ella miró a Caedmon con aprecio, pero observó el cabello de Agneta con desdén evidente.

Agneta, desplomada en una silla, intentó sin éxito trenzarse el cabello en la nuca. —Espero que mi cabello crezca rápido. Es feo, y solo tengo este vestido y chemise, además de la capa.

Caedmon se puso detrás de ella, le tomó las manos para apartarlas de su trenza, peinó suavemente sus dedos a través de su cabello e inhaló su aroma. —Tu cabello es del color de las castañas.

Afortunadamente ella no podía ver la respuesta de su cuerpo al tocarla. —Te compraremos más ropa cuando lleguemos a Ruyton, si puedes aguantar hasta entonces. Aunque, espero que no pases mucho tiempo vestida.

Ella se sonrojó ante su comentario sugerente. ¿Cómo pasar la cena sin arrancarle la ropa y tomarla en ese momento? El sobrepelliz que las monjas le habían dado no era una prenda favorecedora, pero dejaba entrever las curvas que el hábito había ocultado. Él intuyó que su Agneta tenía un cuerpo que cumpliría más que bien sus necesidades, y deseaba unirlo al suyo. Solo esperaba poder satisfacer la pasión que estaba seguro formaba parte de su naturaleza. Lo había visto en esos ojos increíbles.

Comieron la deliciosa comida preparada por el cocinero. El pollo asado estaba tierno y jugoso, y tuvieron que lamerse los dedos para disfrutar de la grasa sabrosa. Él desvió la mirada cuando ella le dirigió la vista, seguro de que sus ojos traicionarían su ardiente necesidad de probarla. Sirvió una copa de vino a ambos, esperando relajarla. Ella lo probó, mirándolo a través del borde de la copa, con sus largas pestañas revoloteando mientras probaba el sabor poco habitual. Su corazón latió rápidamente y su excitación se endureció. Ella era una inocente. Tendría que ser suave. Nunca había estado con una virgen y rezaba para hacer bien el acto que tanto había soñado.

Se levantó de la mesa y tomó sus manos, levantándola hacia su cuerpo. La besó con cariño, y ella gradualmente respondió lamiéndolo tentativamente con su lengua. Él la succionó hacia su boca. Lentamente, rodeó con sus manos su pequeño trasero y la apretó contra su cuerpo.

Ella gimió su nombre nerviosamente.

Ve con calma.

Sus manos recorrieron su cuerpo, tocando la curva de su pecho, el contorno de sus caderas. La besó en el cuello, luego en la garganta. Le levantó el vestido de su cuerpo y ella quedó ante él solo con la fina camisa de lino que las monjas le habían dado.

Ella temblaba, sus ojos fijos en las tablas de madera a sus pies. —No es una camisa adecuada para nuestra noche de bodas.

—No podría pedir una novia más hermosa —susurró él.

Deslizó la camisola de sus hombros y desnudó sus pechos. Ella jadeó cuando la prenda se amontonó en su cintura, pero no levantó los ojos. Él luchó contra el deseo de lamer los pezones oscuros mientras deslizaba la camisola sobre sus caderas. Se acumuló en el suelo. Se alejó para mirarla. Ella se envolvió los brazos alrededor de sus pechos. Su respiración se detuvo.

Ella tiene miedo.

Tomó sus muñecas y movió sus manos lentamente para persuadir a sus brazos de que se alejaran de su cuerpo. Besó el interior de cada muñeca, mirando su rostro. Ella había levantado la cabeza, pero ahora sus ojos estaban cerrados. El aroma tentador de la excitación femenina invadió sus sentidos.

Ella me desea.

Tenía un impulso de poner sus dedos entre sus piernas, seguro de que estaría húmeda para él. Tragó con dificultad al ver sus pechos perfectos, los pezones oscuros tensos con sus grandes

aureolas, el vientre plano y las caderas curvas. Ella temblaba, con sus ojos ahora abiertos, pero todavía bajos. —Oh, Agneta —murmuró.

Ella empujó su cabeza hacia atrás. Sus ojos se encontraron por un instante, luego ella miró hacia otro lado con timidez y miró sus pies. —No sé....

Estuvo a punto de perder el control.

Mi pequeña monja tiembla porque no está segura, no porque tenga miedo de mí.

—No te preocupes. Te mostraré.

Ella asintió y lo miró con ojos muy abiertos mientras se quitaba la ropa y pronto se quedó desnudo, su necesidad obvia.

Ella susurró con timidez: —He vislumbrado partes masculinas antes, Caedmon, en la enfermería. Pero la tuya es...

Aunque lo había cuidado, nunca había visto su hombría. Quería pavonearse como un gallo. —Agneta, me derramaré pronto, como algún joven inexperto —gimió, pero podía decir que ella no sabía qué quería decir. La levantó y la llevó a la cama.

Empujando sus piernas para que se abrieran, se arrodilló entre ellas, le cubrió la cara con las manos, se inclinó y la besó profundamente. Ella arqueó su cuerpo hacia él. Su mano encontró su pecho y acarició suavemente un pezón entre su pulgar y su índice, provocando. Un sonido emergió de lo profundo de su garganta, y ella se arqueó de nuevo.

Chupó un pezón y ella gritó un fuerte sonido gutural cuando su primer orgasmo se apoderó de ella. No había tocado todavía su carne femenina más íntima y ya se había corrido. Había tenido razón en su evaluación de su naturaleza apasionada.

—Mi hermosa Agneta —jadeó, su corazón estallando con el conocimiento de que había sido él quien le había dado el primer sabor del éxtasis.

Cuando acarició su brote femenino con sus dedos, sus ojos se abrieron de par en par. Ella emitió gritos de placer. —Estás caliente y húmeda —jadeó—. No quiero causar dolor, pero no puedo esperar. Abre más las piernas para mí.

Ella abrió las piernas y él deslizó su falo hinchado en ella y empujó más allá de la barrera. Se sintió bien.

Esta mujer fue hecha para mí.

Hubo un dolor fugaz, pero la necesidad floreciente de Agneta lo superó y ella enroscó sus piernas alrededor de su cuerpo para empujarlo más profundamente. Él encontró su ritmo y ella lo igualó golpe a golpe. Estaba tan asombrada por la fuerza de su pasión como él parecía estarlo. Sintió la sensación de su esencia bombeando en ella y supo, en su delirio, que era lo más gratificante que había experimentado. Tensó los músculos de su vaina para aferrarse a él y pulsó involuntariamente contra él mucho después de que ambos habían encontrado la liberación.

Él también debe sentirlo.

Enroscó sus dedos en su cabello mientras él yacía sobre ella, respirando pesadamente.

—Me sorprende que nadie viniera a ver qué era el grito. La dueña de la casa debe haber advertido a todos que había recién casados arriba —se rió—. Nunca quiero dejar esta cama.

Después de un rato, se levantó y fue a buscar agua y un paño. Limpió su propio cuerpo y luego se acercó a la cama. —¿Quieres que te limpie, mi señora esposa? —dijo con un tono burlón.

—No tienes que hacer eso.

—Pero quiero hacerlo —respondió, limpiando suavemente la sangre de sus muslos—. Tú cuidaste de mis necesidades corporales. Quiero hacer lo mismo por ti.

Ella tiró de las sábanas alrededor de sus hombros para protegerse del frío. —No sabía que

un hombre y una mujer podían...compartir...algo tan...

Apartó los ojos, incapaz de expresar sus sentimientos.

Él puso su brazo alrededor de sus hombros y alisó su cabello despeinado de su rostro. — Somos afortunados, Agneta. No todos los hombres y sus esposas experimentan lo que hemos encontrado. Tú y yo encajamos perfectamente. Fuiste hecha para mí. Siempre he tenido la sensación de que mi propia madre no compartió con mi padre las pasiones placenteras que hemos compartido esta noche.

Los pensamientos de Agneta se dirigieron a sus padres muertos y al amor que su madre alardeaba ferozmente. ¿Había experimentado Ragna Kirkthwaite con su esposo sajón el mismo éxtasis que había disfrutado?

No es de extrañar que no pudiera soportar la idea de vivir sin él.

Esto era peligroso. Agneta nunca quiso ser lastimada de nuevo por la pérdida de alguien a quien amaba. Mejor estar desapegada.

## Una Última Vez

—Quiero ir a Bolton una última vez antes de que nos vayamos de Northumbria.

Caedmon dudó y luego ajustó la cincha alrededor de la barriga de Wyvern. Estaban preparándose para dejar la casa de huéspedes. —¿Estás segura de que es una buena idea?

—Tengo que ir. Sabes que tengo que hacerlo.

—Muy bien.

Ella podía decir que él no estaba muy contento mientras se ponían en marcha. Temía la idea de regresar a la mansión donde su mundo había terminado. Estaba confiando su futuro a Caedmon en otra región fronteriza donde la vida podría ser tan impredecible como lo había sido en Northumbria. Pero Northumbria era su tierra natal y por alguna razón que no entendía, tenía que ver Bolton una vez más. No era probable que regresara al norte. ¿Querría hacerlo?

La tensión de Caedmon aumentó a medida que se acercaban al pueblo un poco más tarde.

—No te preocupes. No te traicionaré —murmuró a la parte posterior de su cabeza.

Sus hombros se tensaron.

Notó con sorpresa que varias cabañas en las afueras habían sido restauradas y recubiertas con paja fresca. Parecían recién blanqueadas. Las miradas de algunos aldeanos los siguieron mientras se dirigían hacia la casa solariega.

—¿Lady Agneta?

Caedmon detuvo el caballo de repente y ella estuvo a punto de caerse.

Agarrando la chaqueta de su esposo, se dio la vuelta para ver quién había pronunciado su nombre. —Desmond —gritó en reconocimiento, tomando la mano que el joven le ofreció—. Me alegra verte. Me alivia que hayas sobrevivido al ataque. ¿Tus padres?

—Los brutos mataron a mi padre, pero mi madre todavía vive. Pensamos que estaba en el convento, en Alnwick.

—Estaba... pero ahora estoy casada. Este es Sir Caedmon, mi esposo, con quien cabalgo.

El muchacho miró al caballero y asintió, luego miró de nuevo a Agneta. Ahora se había reunido una multitud. —Le deseamos lo mejor, entonces, Lady Agneta —dijo la madre de Desmond—. Estamos contentos de que todavía esté viva, después de...

Miró a Caedmon con curiosidad. —¿Su esposo es un sajón?

—Sí, soy un sajón —respondió Caedmon.

—Humm. Suenas como un escocés —murmuró alguien en la multitud.

Caedmon estaba a punto de responder, pero Agneta lo interrumpió. —Nos dirigimos a la mansión de mi esposo, en las Marches Galesas. Quería ver Kirkthwaite Hall una última vez.

—No queda mucho —dijo Desmond con desánimo—. El conde de Northumbria vino a verlo, pero los normandos no parecen interesados en la ruina. Nos dejan en paz, más o menos, siempre y cuando paguemos sus impuestos.

—Vamos a acabar con esto —susurró Caedmon, urgiendo a su caballo a avanzar para coronar la colina. Los aldeanos los vieron ir.

Agneta se preparó, segura de que él debía sentir sus uñas clavándose en su cintura. Sin embargo, jadeó al ver lo que quedaba de su hogar de la infancia.

Caedmon se tensó.

—Quédate aquí —le dijo, deslizándose de la espalda de Wyvern.

\*\*\*

No eran las vigas carbonizadas lo que molestaba a Caedmon. Una multitud de malos

recuerdos lo invadió mientras se sentaba sobre su caballo, viendo a Agneta elegir su camino roto de los alrededores de la mansión en ruinas. Increíblemente, el débil olor a humo todavía se aferraba, llevado, pensó, por las nubes de polvo negro que se arremolinaban azotadas por el viento. Su esposa cayó de rodillas junto al montículo desordenado donde su familia había sido enterrada, el marcador tosco ahora estaba cubierto de maleza. Recordaría las caras de los defensores galantes enterrados allí hasta el día de su muerte.

La vista más dura de todas era el granero derrumbado que él y Leofric habían mirado, llenos de arrepentimiento y odio hacia sí mismos por lo que habían presenciado, de lo que habían sido parte sin saberlo. Todavía estaba en pie, un memorial demacrado de su pecado. —Qué tonto ingenuo e idealista era —dijo en voz alta.

Agneta se había escondido allí, viéndolo, después de ver asesinar a su padre y hermanos. ¿Cómo podía no juzgarlo como uno de esos merodeadores escoceses maníacos? ¿Cómo podía llegar a amarlo? Era una esperanza vana. ¿Qué estaba recordando mientras caminaba lentamente alrededor de la ruina? ¿Juegos de la infancia con sus hermanos? ¿Amor y risas con sus padres? ¿Fiestas en el Gran Salón?

—Gracias al Cielo que no quemamos el granero —murmuró con un estremecimiento.

Agneta nunca lo amaría, aunque él la amaba, ardía por ella con una pasión que nunca había conocido. Había ayudado a destruir su vida. Se sentía obligado a asegurarse de que su futuro fuera seguro, de que no careciera de nada. Su futuro estaba en Ruyton. Ella nunca lo perdonaría, pero él intentaría borrar los terribles recuerdos.

Lo juro, Agneta.

\*\*\*

Mientras Caedmon le ofrecía su mano firme para ayudarla a montar de nuevo, Agneta no podía mirarlo a los ojos. Los suyos se llenaron de lágrimas y ardían con el polvo arrastrado por el viento. Temía que sentiría odio cuando lo mirara de nuevo, pero no fue así. Era algo más lo que sentía cuando sus dedos fuertes se cerraron alrededor de los suyos y la levantaron. Era esperanza y anhelo, dolor y miedo, arrepentimiento y expectativa, todo mezclado. Pero no era odio. Descubrió que no podía odiar a este guerrero con el que había casado, por mucho que lo intentara.

Se sentó detrás de él, rígida como un poste, con las manos descansando ligeramente en sus caderas.

No hizo ningún movimiento para poner el caballo en marcha. —No nos iremos hasta que estés lista —dijo con voz ronca.

Sintió la tensión en su cuerpo, escuchó la aspereza más profunda en su voz.

—Estoy lista —murmuró, inclinándose hacia adelante para apoyar la cabeza en su espalda, rodeando su cintura con los brazos, presionando sus pechos contra su calor reconfortante.

—A Ruyton, entonces.

Escuchó el suspiro profundo que exhaló, como si hubiera estado conteniendo la respiración, y sintió que su cuerpo se relajaba mientras se alejaban hacia la abadía donde los demás esperaban. No miró hacia atrás mientras las lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas.

## Un Largo Viaje

El viaje a Ruyton fue largo. Con los dos montados en el caballo, no querían cansar demasiado a la bestia. Montaron despacio, y cada milla fue una tortura placentera para Caedmon. Su virilidad se rebelaba contra su trasero cuando ella se sentaba frente a él.

Ocasionalmente, ella montaba detrás.

—Me encanta la sensación de tus brazos alrededor de mi cintura y tu cuerpo presionado contra mi espalda —le dijo él. No le dijo que tenía suficiente dinero para comprar otro caballo, esperando que la cercanía forzada pudiera ayudar a aliviar la grieta que se había abierto entre ellos. Tampoco quería llamar la atención de algún malhechor que pudiera considerarlos una presa rica.

Su ruta los llevó hacia el sur, al río Tyne.

—He oído que los normandos han construido un puente de madera en el punto más fácil para cruzar el río —explicó—. Tienen un fuerte allí, pero con suerte no llamaremos su atención. No llevamos nada que puedan gravar. Mi madre y Enid cruzarán con nosotros, Leofric con los Brightmore. Los demás no van hacia el oeste, sino que continúan hacia el sur desde aquí. Ellos tomarán el carro, entonces deberíamos hacer mejor tiempo.

De repente, Agneta se tensó.

—Pásame el paquete que te di en la abadía.

—¿El paquete?

—Rápido, pásamelo. Quiero ocultarlo, bajo mis faldas.

—¿Qué?

—Solo pásamelo.

Él estaba perplejo por su urgencia. Le pasó el paquete y ella lo escondió, un momento antes de que un centinela normando bloqueara su camino.

Él levantó la mano.

—¡Arrêtez! ¿A dónde van, sajones?

Caedmon luchó por controlar su ira ante el desprecio con que el hombre les habló.

—Mi esposa y yo viajamos a Ruyton, a los Marches de Gales.

—Un largo viaje... en un solo caballo. ¿Quiénes son las viejas?

Su madre se tensó y desvió la mirada del centinela, con la nariz en alto.

—Mi madre y su sirvienta.

Los ojos del centinela recorrieron los caballos, escanearon a Caedmon, luego se detuvieron en Agneta. Apenas echó un vistazo a los demás.

—¿Por qué van allí?

—Vamos camino a Shelfhoc Hall, es mi... es una casa señorial, bajo la protección del conde de Ellesmere. Seré el nuevo administrador.

—¿Un conde, eh? ¿Y un administrador que suena a escocés? —Los ojos del centinela volvieron a recorrer a Agneta—. Allez. Buen viaje, entonces.

Los labios de su madre esbozaron una sonrisa casi imperceptible.

Espoleó al caballo para cruzar el puente y sintió cómo la tensión abandonaba el cuerpo de Agneta mientras ella respiraba hondo. Se preguntó qué llevaba escondido bajo la falda que la tenía tan inquieta.

—La tan alabada paz de los normandos, mi trasero —murmuró—. Los sajones solo están a salvo si pueden reclamar la protección de un normando. Quise arrancarle los malditos ojos por la

manera en que te miraba.

Agneta se acurrucó más contra él, y él apretó sus brazos sobre los de ella.

—Una vez cruzado, seguiremos el río y el muro romano hacia el oeste, hasta Carlisle.

Ella tembló.

—No me atrevo a mirar abajo. Odio el agua. Me sentiré más segura cuando hayamos cruzado y pueda devolver esta carga. La tela de arpillera me está rozando la piel.

Pero Caedmon percibía que había mucho más detrás de esa incomodidad menor. ¿Alguna vez le permitiría compartir sus cargas?

\*\*\*

La posada en el pequeño pueblo de Wylam no tenía espacio suficiente para todos. Caedmon, Leofric y Agneta durmieron en los establos. Un arroyo corría detrás del edificio. La corriente era demasiado rápida para que entraran al agua, especialmente porque Agneta no sabía nadar, pero Caedmon pudo recoger agua para beber y lavarse. Agneta no se acercaba al agua.

—Esto no es muy lujoso, me temo —lamentó él.

—Está bien. No tenemos otra alternativa —respondió ella fríamente.

—Te mantendré caliente —ofreció él.

—No me preocupa el calor. Solo que no me gustan las cosas que corretean y se arrastran. Los establos están llenos de ellas.

Él le hizo cosquillas caminando los dedos por su brazo.

—No te preocupes, no dejaré que los bichitos te muerdan.

Ella apartó su mano con un gesto de disgusto.

—¡Deja eso!

Vio que no estaba de buen humor. Para animarla, sugirió —Vamos adentro al menos a probar la cerveza.

—¿Seremos bienvenidos?

—Creo que sí. Es un viejo pueblo sajón. No he visto normandos.

—Sí, el maldito señor de Balliol entregó nuestro pueblo al Priorato de Tynemouth —se quejó uno de los aldeanos, una vez que los viajeros fueron considerados aceptables y la conversación inevitablemente derivó hacia los invasores—. Hace casi ocho años.

—¿Y los monjes vienen alguna vez? —preguntó Leofric, que se les había unido.

—No, pero se llevan lo que les corresponde. Malditos normandos.

—Sí. Brindo por esa maldición —respondió Caedmon, levantando su jarra.

—Pero ustedes son escoceses. ¿Qué les importa?

—No. No somos escoceses. Somos sajones. Soy hijo de un héroe de Hastings, un húsar de la guardia del rey Haroldo —replicó Caedmon con orgullo—. Mi compañero caballero aquí, Leofric, es un héroe de Alnwick. Y mi esposa es una chica de Northumbria, nacida y criada allí.

—¿Northumbria? ¿Entonces una de las nuestras? ¿De dónde?

—De Bolton, cerca de Alnwick —murmuró Agneta, incómoda.

El corazón de Caedmon dio un vuelco. ¿Por qué había mencionado que Agneta era de Northumbria?

—Ah, el territorio de Mowbray —comentó uno de los aldeanos.

—Sí —respondió Caedmon, sin atreverse a mirar a Agneta.

—Que el Señor los acompañe entonces, jóvenes sajones.

\*\*\*

—Mi padre me habló de este muro de Adriano, pero su altura y longitud son impresionantes —comentó Agneta mientras continuaban su viaje—. Debió tomar años construirlo.

—Sí, calculo que tiene unos tres metros de ancho, y hemos pasado por muchas fortalezas en ruinas integradas en él. Los romanos querían que todos reconocieran su poder. Igual que los normandos. Después de cientos de años, todavía se ve el enlucido blanco en algunos lugares. Con el sol, debía ser visible a kilómetros. Malditos arrogantes.

—Caedmon —lo reprendió Lady Ascha.

—Lo siento, madre. Estoy acostumbrado a la compañía de hombres. Se me soltó la lengua. Parecería que soy escocés.

Se arrepintió de la broma cuando Agneta se tensó detrás de él.

Ella mantenía las manos en sus caderas, pero retiró el cuerpo y se sentó rígidamente.

—Sujétate bien —intentó—. El terreno aquí es traicionero en estos páramos. Dicen que mejorará una vez que lleguemos a la vieja calzada romana en Corbridge. La Stanegate nos llevará hasta Carlisle.

Cabalgaban en silencio, hasta que Agneta poco a poco se relajó.

—Me encanta este paisaje —murmuró.

—Pero estos Peninos son desolados y áridos —respondió Caedmon.

—Es cierto, pero hay una fuerza salvaje, una conexión con la tierra en las colinas y páramos. Mira todo ese helecho y brezo. Supongo que soy una hija de los páramos.

Señaló un grupo de ovejas en la distancia, agrupadas cerca de un árbol retorcido.

—Parece que a ellas les gusta, pero tienen suerte de tener gruesos abrigos de lana. Demasiado frío, ventoso y húmedo para mí. Aunque debo admitir que las liebres que he atrapado son sabrosas, tienen bastante carne.

—Tienes razón. Las he disfrutado. Tus trampas son efectivas. Eres un buen proveedor y un buen cocinero.

Caedmon se sonrojó ante esas raras palabras de elogio, disfrutando del agradable deseo que le causaba verla morder la carne jugosa con deleite, lamiéndose los labios y los dedos, y mostrando una de sus escasas sonrisas.

—Vamos, Agneta. Leofric nos dará privacidad. Ven conmigo, te protegeré. Se siente bien.

Ella siempre sacudía la cabeza.

La casa de huéspedes en Corbridge sí tenía baños disponibles, y Agneta preguntó —¿Tenemos suficiente dinero? Estoy congelada y necesito un baño urgentemente.

—Sí, tenemos, y los dos nos beneficiaríamos de un buen baño.

—Yo también lo pediré —les informó su madre.

—Yo igual —rió Leofric.

—A mí también me gustaría —murmuró Coventina Brightmore.

Su madre se irguió, molesta —No es apropiado decir tales cosas frente a Sir Caedmon y Sir Leofric.

Coventina se sonrojó y le lanzó a Leofric una mirada extraña mientras su madre se la llevaba rápidamente.

Ahora, en la calidez de la acogedora habitación sobre la casa de huéspedes, descalzo y en ropa interior, Caedmon observaba a Agneta enjabonarse el cuerpo en el agua jabonosa. De repente, se quitó la última prenda y se unió a ella. Ella soltó un chillido de sorpresa. El agua salpicó el suelo cuando él se sentó frente a ella. El tamaño de la tina lo obligaba a doblar sus largas piernas, con las rodillas sobresaliendo del agua.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy bañándome con mi esposa —dijo él, sumergiendo su rostro y saliendo cubierto de espuma.

Ella rió y le limpió la cara. Aquello le alegró el corazón. Abrió las piernas y extendió las manos para acariciar con sus pulgares sus pezones, que se endurecieron aún más bajo su toque.

—Caedmon —susurró ella, entrecerrando los ojos.

Él tomó su mano y la llevó hasta su erección. —Tócame, Agneta. Tócame en tu mano. —Curvó su mano sobre la de ella y la movió sobre su excitación.

—Es suave —murmuró ella.

—Mueve tu mano sobre mí —jadeó él—. Eso es, oh, eso se siente bien. Sigue así.

Él apretó su pezón entre el pulgar y el índice.

—Me gusta eso, Caedmon —susurró ella—. Me hace sentir... oh... —Separó los labios y echó la cabeza hacia atrás.

Caedmon no resistió la tentación de inclinarse hacia adelante para besarla, succionando su labio inferior. —Ya estamos lo suficientemente limpios —murmuró él, levantándola y saliendo de la tina.

—Vamos a mojar todo —protestó ella cuando él la acostó en la cama.

—No me importa. La humedad me agrada, y tú estás mojada... y cálida.

\*\*\*

Como era de esperar, la antigua y serpenteante calzada romana Stanegate ofreció un viaje más suave al seguir las pendientes más fáciles, y finalmente llegaron a Carlisle. La ciudad estaba llena de normandos, todos aparentemente ocupados en la expansión de una mota y un patio de armas.

Caedmon apretó la mandíbula. —Esto fue lo que enfureció al rey Malcolm, lo que lo llevó a la incursión imprudente en Northumbria que terminó con su muerte. Lo enloqueció que Rufus estuviera decidido a cortar a los escoceses de su influencia tradicional en Cumbria. Me alegra no haberlo visto caer en Alnwick. Era un buen hombre.

Agneta no dijo nada.

—En cierta forma, si el rey normando no hubiera emprendido esta fortificación, tú y yo quizá nunca nos habríamos conocido.

Agneta permaneció en silencio.

—No nos quedaremos en Carlisle. Hay demasiados normandos.

Agneta se tensó. —A veces me cansa tu constante queja sobre los normandos.

Esta vez Caedmon guardó silencio, viendo inútil mencionar el resentimiento de ella hacia él y sus aliados escoceses. Era un hombre optimista por naturaleza, pero temía que ella nunca lo perdonara. ¿Le importaba en lo más mínimo?

\*\*\*

—¿Estamos lejos del mar? —preguntó Agneta—. Nunca he visto el mar.

Caedmon olfateó el aire. —Puedo olerlo.

Lady Ascha sonrió. —Me recuerda al olor del fiordo, en casa.

Su boca se abrió y una mirada de resignación pasó entre Caedmon y su madre.

—Quizás sería aconsejable dirigirnos en esa dirección y evitar Lancaster —sugirió él.

Después de pedir indicaciones a un aldeano, giraron hacia el oeste y, tras unas dos horas, llegaron a las arenas de Heysham. Permanecieron un buen rato sentados en sus caballos en lo alto de los acantilados, mirando el mar.

A Agneta le resultaba relajante observar las olas rizarse y romper en la playa. Apretó sus brazos alrededor de la cintura de Caedmon, usándolo como escudo contra el viento. —¿Podemos bajar allí?

—Nos quedaremos con los caballos —dijo Lady Ascha—. No quiero llenarme las botas de

arena.

Caedmon, Agneta y Leofric se dirigieron a buscar un camino, pero Leofric se detuvo y regresó al grupo. —¿Puedo invitar a Lady Coventina a unirse a nosotros? —preguntó a su madre.

Los ojos de Coventina se iluminaron. —Por favor, madre —suplicó.

—Está bien, ya que Sir Caedmon y Lady Agneta los acompañan.

Leofric ayudó torpemente a Coventina a desmontar, y los cuatro se apresuraron a encontrar un camino hacia abajo. Una vez en la playa, se quitaron las botas y se prepararon para caminar por la arena marrón mojada, ondulada en crestas por la marea. Coventina se ofreció a ayudar a Leofric con sus botas.

—No se preocupe, yo lo haré —ofreció Caedmon, y Agneta admiró a su esposo por intentar proteger los sentimientos de Leofric.

—Puedo hacerlo solo —objetó Leofric, pero ella notó que agradecía el gesto de Caedmon.

—La arena se siente extraña —murmuró Agneta—. Se pega a mis pies.

Caedmon tomó su mano, y los cuatro caminaron a paso rápido. El viento arrancaba los tocados de las cabezas de las mujeres. Coventina jadeó y miró preocupada a Agneta, luchando por ajustarse el tocado que aleteaba sobre su cabello. De repente, Leofric tomó su mano. La joven miró hacia los acantilados, luego sonrió a Leofric, y los dos continuaron caminando.

—Tendrá que casarse con ella ahora —susurró Caedmon al oído de su esposa con una sonrisa—. No solo ha visto su cabello, está sosteniendo su mano.

Agneta detuvo a Caedmon en seco. —¿Ella lo sabe? ¿Lo de Bolton?

Caedmon bajó la mirada hacia la arena. —No estoy seguro. Si no lo sabe, por favor déjale a él la tarea de decírselo.

Agneta asintió. —Quiero meterme en el agua.

Ella temblaba con la brisa invernal, y Caedmon la envolvió con su brazo alrededor de la cintura, llevando la mano que sostenía hasta sus labios. —Tienes un sabor salado. El agua estará fría en esta época del año —le advirtió.

Ella hizo un puchero. —Quiero al menos mojarme los dedos de los pies. Tal vez nunca volvamos a ver el mar en Ruyton.

Él la llevó hasta el agua. Ella chilló cuando las olas frías lamieron sus pies y salió corriendo de la marea entrante. De inmediato extrañó la calidez de la mano de Caedmon y la comodidad de su brazo alrededor de ella.

—Eres una cobarde, esposa —la provocó él, inclinándose y salpicándola juguetonamente con agua.

Ella volvió de puntillas para unirse a él, levantando el borde de sus faldas fuera del agua, y volvió a tomar su mano. Se quedaron allí, observando cómo el agua succionaba la arena bajo sus pies mientras las olas iban y venían.

—Caminemos por la playa. Me estoy congelando y caminar podría calentarnos.

—Yo ya estoy caliente —susurró Caedmon en su oído, moviendo su mano hacia su entrepierna y presionándola contra su excitación—. Te ves hermosa con el viento en el cabello.

Ella deslizó su mano libre por sus mechones. —Al menos está creciendo un poco más.

Sus miradas se encontraron, y ella presionó su mano contra la dureza de él.

Él la atrajo hacia su cuerpo y la besó profundamente. —Mmm. Salado. Quiero hacerte el amor, pero aquí hace demasiado frío... y hay demasiada arena. —Gritó—¡Leofric! Vamos a buscar un lugar donde quedarnos cerca.

Volviendo hacia ella, le murmuró al oído —Podremos hacer el amor con el sonido del mar.

## Una Tumba En El Agua

Días después, seguían el río Dee, al sur de Chester, otra ciudad que habían evitado debido a la probabilidad de encontrar una gran presencia de soldados normandos. Los miembros más viejos de la compañía comenzaban a sentir el ritmo agotador. Lady Ascha había insinuado a los demás que les dieran algo de tiempo a Caedmon y Agneta a solas, y los recién casados estaban a una buena distancia adelante. Leofric había aceptado quedarse con las mujeres. Caedmon y Agneta estaban cansados y hambrientos tras una salida temprana, y decidieron detenerse para comer al mediodía.

—Será una oportunidad para que los demás nos alcancen. Intentaré pescar algo en el río — le dijo Caedmon.

Agneta miró hacia el río.

—Tenemos comida suficiente. Parece peligroso.

Caedmon se encogió de hombros.

—Estaré bien. Me iré a ese roble caído de allí. Ni siquiera me mojaré las botas.

Agneta estaba nerviosa. El agua fluía rápidamente, y el árbol sobre el cual Caedmon se subió no le parecía seguro. Se puso a preparar un fuego, incapaz de mirarlo mientras él se dirigía hacia las grandes ramas que se extendían sobre el río como la mano retorcida de un gigante. Lo escuchó silbar y echó un vistazo por encima de su hombro para verlo desenrollar su cuerda y dejarla caer al agua.

—Hay un buen pozo profundo aquí. Debería sacar truchas marrones, o tal vez una perca — gritó él.

Ella le saludó con la mano y luego apartó la mirada.

Un fuerte crujido, seguido de un chapoteo, llamó su atención. Gritó aterrada cuando vio a Caedmon aferrándose desesperadamente al resto de la rama del árbol que se había roto, catapultándolo al agua. La corriente lo arrastró rápidamente. Desapareció bajo el agua. Ella corrió por la orilla, tratando desesperadamente de mantenerse al ritmo, gritando su nombre.

—¡Caedmon, Caedmon, oh, no! ¡Caedmon!

Volvió a salir a la superficie, pero Agneta vio que tenía dificultades para aferrarse a la rama. Volvió a hundirse, y luego la corriente lo acercó a la orilla. Para su alivio, él agarró un enredo de raíces de árbol medio sumergidas. El agua lo golpeó, luego una rama le pegó en la cabeza, pero él se aferró a ellas con todas sus fuerzas, luchando por recuperar el aliento. Sangre brotaba de su frente.

—Agneta —escupió, tosiendo agua—. Mis piernas...

Ella gritó cuando volvió a desaparecer, solo sus brazos eran visibles, con las manos blancas aferradas a las raíces.

—Mis piernas...atrapadas...bajo el agua —gritó cuando volvió a salir.

—¡Caedmon! Yo... —se ahogó, mirando las aguas negras que giraban.

—No puedo aguantar...mucho más —gruñó él.

Un recuerdo del primer momento en que lo vio en el campo de batalla en Alnwick pasó ante sus ojos.

—No salvé tu miserable vida para que te ahogues aquí —gritó.

Luchó por avanzar por la orilla embarrada, levantando sus faldas, hasta que estuvo cerca de donde él se aferraba. Ya hasta las rodillas en el agua helada, extendió su mano. Él apartó una mano de la raíz y la alcanzó. Mientras sus fríos y resbaladizos dedos se entrelazaban, sus ojos se encontraron. Había miedo en esos ojos azules. La determinación la fortaleció.

No dejaré que se ahogue. ¿Dónde está Leofric?

Tomó su mano adormecida con ambas suyas y tiró con todas sus fuerzas. El golpe del árbol y el constante sumergimiento parecían haberlo debilitado.

—Tienes que ayudarme. No soy lo suficientemente fuerte para sacarte. Me estás arrastrando más adentro.

Entonces ella se lanzó hacia él y enganchó una mano en la parte trasera de su chaquetón empapado.

—¡Empuja! —gritó—. ¡Empuja!

Caedmon luchaba por liberarse, pero no podía.

—Déjame, Agneta. Si voy a...ahogarme, no quiero arrastrarte conmigo.

Sus ojos se encontraron de nuevo. Esta vez, Agneta vio resignación.

No dejes que muera sin saber que lo amas.

—¡No! ¡Caedmon, yo...!

—Mantente ahí —dijo una voz fuertemente acentuada desde el viento. Agneta giró la cabeza, esperando finalmente ver a Leofric, pero a través de sus lágrimas vio una imagen borrosa de varios extraños corriendo hacia ellos.

—¡Ayuda! —sollozó, al borde del agotamiento, con alivio inundándola—. Las piernas de mi esposo están atrapadas—bajo el agua.

—Lo sacaremos de ahí —gritó uno de ellos.

Manos fuertes la arrastraron lejos del agua. Tuvieron que despejarle los dedos congelados de la mano de Caedmon.

—Está bien. Ya puedes soltarlo. Lo tenemos —dijo uno de ellos con voz suave.

Alguien tomó sus manos y las frotó. Ella miró hacia arriba, a los ojos de un joven sonriente de unos catorce años, arrodillado a su lado.

—Pronto tendré tus manos calientes de nuevo —dijo con un fuerte acento.

Uno de los tres hombres sostenía firmemente a Caedmon por el pecho, mientras los otros se sumergían para liberar sus piernas. Poco a poco, pudieron sacarlo de la orilla. En manos y rodillas, él tosió el agua y luego colapsó junto a Agneta, temblando y jadeando por aire.

—Buenos caballeros—les agradezco—era un hombre muerto.

Los rescatadores asintieron.

—Me salvaste la vida, Agneta. No llores. Fuiste valiente.

Los dientes de Agneta castañeaban.

—No, fueron estos buenos hombres quienes te salvaron. Gracias al Cielo que vinieron, señores.

Caedmon la miró a los ojos.

—Pero tú me mantuviste a flote.

Sollozando, ella los siguió mientras los hombres alejaban a Caedmon del agua. Se apresuró a desvestirlo, pero sus dedos estaban demasiado fríos y temblaba.

—Nunca te había visto con tanta prisa por desvestirme —bromeó él.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Necesitas salir de estas ropas mojadas, Caedmon. Debes secarte y envolverte en mantas.

—Tiene razón —dijo uno de los hombres, un gigante de cabello negro, que parecía ser el líder—. Debes mantenerte caliente.

Los tres habían sacado montones de ropa seca de sus alforjas y se despojaban de la ropa mojada mientras se dirigían a los árboles. Agneta se apartó y miró a Caedmon, su rostro serio.

—Me asustaste mortalmente, tonto, tomando semejante riesgo por un pez. —Susurró para que el joven no pudiera escuchar. Estaba ocupado haciendo un fuego.

Caedmon hizo una mueca.

—Debo admitir que me asusté yo mismo.

Cuando los extraños regresaron, Caedmon extendió su mano hacia el líder y dijo con voz ronca:

—Estamos en deuda con ustedes, señores. Soy Caedmon Woolgar. Agneta es mi esposa.

El gigante le estrechó la mano. —Afortunadamente que llegamos cuando lo hicimos. Soy Rhodri ap Owain, príncipe de Powydd. Estos buenos hombres conmigo son Aneurin y Andras. Y este brillante muchacho es mi hijo, Rhys. Somos parte de un grupo que ha hecho una pausa en aquel arbusto. Oímos el alboroto.

—Entonces, ¿son galeses? —preguntó Caedmon.

Rhodri asintió. —Lo somos. ¿Y ustedes son escoceses?

—No, somos sajones.

El galés levantó las cejas mientras se agachaba junto al fuego. —¿Hacia dónde se dirigen?

—Mi difunto padre era el thane de Shelfhoc Manor en Ruyton. Regreso allí para establecerme. Me criaron en Escocia.

Rhodri se mostró sorprendido. —¿No es Ruyton un protectorado del conde de Ellesmere?

—Sí. ¿Lo conoce?

El galés sonrió. —Sí, nos hemos conocido. Mi esposa, Rhonwen, es amiga de la condesa, Mabelle de Montbryce. De hecho, nombramos a nuestra hija Myfanwy Mabelle. Rhys ha estado en el castillo de Ellesmere varias veces.

El galés guiñó un ojo a su hijo. Rhys asintió y devolvió la sonrisa enigmática de su padre. Ella no les prestó atención, tan ocupada como estaba tratando de quitarle a Caedmon la ropa mojada y atender la herida en su sien, que ya había dejado de sangrar.

—No debería dejar cicatriz —dijo—. No es profunda.

Las ramas del árbol en las que se había enredado le dejaron rasguños morados a lo largo de sus pantorrillas y muslos. Ella lo envolvió en una manta y frotó sus brazos para calentarlo.

Los galeses se dieron la vuelta y se alejaron mientras Caedmon mantenía una manta alrededor de Agneta, quien se quitaba la ropa. Se envolvieron en sus mantas y se acurrucaron junto al fuego que Rhys había hecho. Agneta no podía dejar de temblar, pero se sintió más tranquila después de comer algo del delicioso pescado frito que los hombres de Rhodri habían pescado y compartido con ellos.

—¿No tienes ropa seca? —preguntó Aneurin.

Caedmon negó con la cabeza. —Los demás están trayendo algunas de nuestras pertenencias. Deberían llegar pronto. Ninguno de nosotros lleva mucho.

—Buena idea. Cuanto menos tengas, menos te robarán en esta tierra que los normandos presumen haber hecho segura —comentó Andras con sarcasmo.

—Sí, eso es lo que hay —estuvo de acuerdo Caedmon.

El príncipe de Powydd hizo una señal imperceptible a los demás, y todos se levantaron como uno solo y comenzaron a montar.

Caedmon preguntó —¿No se quedarán un momento más para conocer al resto de nuestro grupo? Mi madre seguramente querría agradecerles por salvarme la vida.

—No, mis amigos sajones. Les agradecemos, pero nunca nos demoramos mucho en Inglaterra. Demasiados normandos. Seguiríamos este río Afon Dyfrdwy de vuelta a Gales hoy mismo —respondió Rhodri con una sonrisa. —Les digo adiós y buena suerte en Ruyton. ¿Tu madre, dices? ¿Woolgar? Sí, ahora recuerdo el nombre. Curiosamente, Ruyton es donde conocí al buen conde de Ellesmere. Me recuerdas un poco a él. Dale mis recuerdos si lo ves.

Caedmon se levantó. —Lo haré. Adiós, y gracias de nuevo, príncipe de Powydd. Habrá una bienvenida para ustedes en Shelfhoc Manor.

Rhodri sonrió y los galeses desaparecieron en el bosque tan rápido como habían surgido.

—Esa fue una mirada extraña la que te dio cuando se fueron —comentó Agneta.

—Sí. ¿Quién sabe con los galeses?

Se abrazaron en silencio junto al fuego, esperando que llegaran los demás.

—Lo siento, Agneta. Tienes razón. Fue una temeridad.

No hablaron durante un rato, luego él bromeó: —Y ahora no tenemos hilo para pescar.

Estaba tratando de animarla, pero su corazón se rompió cuando él murmuró —Gracias al Cielo tengo una esposa valiente. Intentaste salvarme a pesar de tu miedo al agua.

—Eres todo lo que tengo. ¿Qué sería de mí si te perdiera? —sollozó. Sería atormentada por el miedo que había visto en sus ojos. Fue un raro vistazo de vulnerabilidad en él, y él sabía que ella lo había visto. La profundidad de su amor por él la golpeó con fuerza, dejándola confundida hasta el agotamiento total, y se quedó dormida antes de que el resto de su grupo llegara para escuchar la historia.

\*\*\*

Caedmon maldijo una y otra vez mientras Leofric le ayudaba a desempacar su ropa seca. —Soy un tonto. El gran guerrero, Caedmon Brice Woolgar, casi se ahoga y tiene que ser rescatado por su esposa y un montón de galeses errantes, que no tengo dudas son bandidos.

Por dentro, estaba asombrado de que ella hubiera arriesgado su propia vida para salvar la suya. —¿Cómo pude ser tan estúpido para poner en peligro su seguridad de esa manera? Debo ser más cauteloso. Ya no es aceptable comportarme como un joven despreocupado que solo tiene en cuenta a sí mismo. Ahora soy un hombre casado, con responsabilidades. ¿De qué te ríes?

—No me estoy riendo, amigo mío —sonrió Leofric—. Esa es la forma que tiene mi cara ahora.

Caedmon nunca olvidaría el terror en los ojos de Agneta mientras luchaba por mantener su resbaladiza mano.

Pero su miedo no era al agua. Era por mí.

Tal vez sí le importaba. Él ya casi había resignado su destino a una tumba en el agua y estuvo a punto de declarar su amor por ella cuando los galeses llegaron a rescatarlo.

Después de su casi ahogamiento, su manera de hacer el amor adquirió una nueva intensidad. Estaba feliz de que hacerlo con él la excitara, y parecía estar siempre ansiosa por él. Se unían siempre que tenían privacidad, solo cayendo dormidos cuando el deseo de sus cuerpos quedaba completamente satisfecho.

En la última noche del viaje, mientras ella yacía en sus brazos, él susurró —Mañana, llevaré a mi esposa a mi finca y ella se convertirá en la señora de Shelfhoc Hall, Lady Agneta Woolgar.

—Me gusta cómo suena eso, Sir Caedmon Woolgar —respondió ella somnolienta—. Es difícil asimilar que, hace poco, estaba completamente sola en el mundo, sin perspectivas de futuro fuera del convento. Ahora, tengo a un hombre magnífico con quien compartir mi cama. ¿Quién sabía que una mujer tan desinhibida estaba tan profundamente enterrada en mí? Buenas noches, Sir Caedmon.

—Buenas noches, Lady Agneta —susurró él, sintiéndose satisfecho con su magnificencia.

## Shelfhoc

A primera hora de la tarde, un grupo variopinto entró ruidosamente en el patio de Shelfhoc Hall, después de aparentemente pasar la inspección visual de un puñado de hombres de armas al atravesar la puerta de la fortaleza en la muralla.

El recibimiento del mayordomo del conde fue indiferente. Era el tercer mayordomo asignado allí desde que Ellesmere asumió la protección de las tierras y no tenía idea de quiénes podían ser esos inusuales viajeros. El hombre al frente del grupo compartía su caballo con una mujer cuyo alarmantemente corto cabello iba descubierto. El grupo parecía haber viajado durante días con la misma ropa desgastada. Había algo vagamente familiar en el hombre, pero no lograba identificar qué era.

—Soy Sir Caedmon Woolgar. ¿Quién es usted?

Había pasado tanto tiempo desde que algún Woolgar había vivido en Shelfhoc que el nombre no resonó de inmediato en la mente del mayordomo, pero entonces algo en su memoria se agitó.

—¿Woolgar? —preguntó.

—Sí, Sir Caedmon Woolgar, hijo del difunto lord de esta propiedad —declaró el caballero mientras desmontaba y ayudaba a la mujer—. Y esta es mi esposa, Lady Agneta Woolgar, y mi madre, Lady Ascha Woolgar. Hemos venido a instalarnos.

La mente de Tybaut quedó en blanco.

—Pero, mi señor, si tan solo hubiera sabido que venía. Podríamos haber preparado habitaciones, comida, un baño caliente. Perdóneme, soy Tybaut, su mayordomo.

El caballero rió.

—No se preocupe. Un baño suena bien si puede organizarlo. Unas sábanas limpias bastarán por esta noche y una comida ligera; mañana podrá encargarse del resto.

—Oui, mi señor. Tenemos poco personal aquí, solo mi esposa, yo y el mozo de cuadra, pero podemos atender sus necesidades si tienen un poco de paciencia. Mañana puedo ir al pueblo a buscar más sirvientes.

—Tenemos toda la paciencia del mundo, Tybaut —dijo Sir Caedmon con una sonrisa mientras tomaba de la mano a su esposa y a su madre y las guiaba hacia la casa—. Quizá podría darnos un pequeño recorrido después de que haya acomodado a nuestros acompañantes en sus habitaciones. Sir Leofric Deacon necesitará una habitación, y quizá Lady Coventina Brightmore podría compartir una con su madre y su tía.

—Oui, mi señor —respondió Tybaut, sin lograr descifrar por qué este hombre le resultaba tan familiar. ¿Sería el acento escocés lo que lo confundía?

\*\*\*

La madre de Caedmon se alejó, con Enid a su lado. Supuso que no era sorprendente que estuviera emocionada por regresar después de tantos años, pero él prefería ver Shelfhoc con sus propios ojos por primera vez. No sabía nada de la casa y disfrutaba cada panel enlucido, cada escalera, cada habitación. Era una casa imponente, de dos pisos, construida con robustas vigas partidas y cepilladas, sujetas con clavos de hierro. El interior estaba decorado elaboradamente con adornos de madera torneada, y el suelo de madera estaba suavizado con esteras de mimbre. El techo tenía un buen techado de paja. Los sólidos edificios anexos estaban enmarcados con grandes postes de madera, rellenos con entramado y barro, y calafateados con musgo para mantener fuera el frío invernal. La cocina de piedra estaba separada de la casa de madera.

—Este solía ser el taller de tejido —explicó Tybaut al entrar en un edificio largo y estrecho—. Quizá las damas podrían reanudar su uso. He mantenido los viejos telares bien cubiertos.

—Quizá —coincidió Agneta—. Me gusta tejer.

—No sabía que mi madre tejía —dijo Caedmon—. Qué difícil debió de ser para ella dejar todo esto.

Agneta no respondió, probablemente perdida en recuerdos de su hogar, destruido con su ayuda. Se maldijo en silencio por su insensibilidad.

Había un modesto Gran Salón donde Caedmon imaginó que su padre había llevado a cabo asuntos, administrado justicia y dictado sentencias. ¿Se habría sentado su padre en la enorme silla del lord en la plataforma, con Ascha a su lado, firmando contratos, elogiando buenas acciones, comiendo con sus hombres? El salón era largo y estrecho, con dos puertas, una en cada extremo. Las cuatro ventanas tenían contraventanas de madera para defensa y para mantener el frío fuera. Se sintió orgulloso de su padre, quien había muerto en Hastings, orgulloso de ser sajón. Se sintió aliviado de no haber traído a Agneta a una ruina.

—Imagina a mis padres aquí, Agneta, en los días previos a la Conquista, observando el humo subir perezosamente desde el hogar aquí en el centro, saliendo por el agujero en el techo.

—Teníamos un salón similar en Bolton —respondió ella fríamente—. Tenía alcobas a los lados, como este. Claro, tú solo viste el exterior.

El mayordomo miró a Agneta con curiosidad, y Caedmon se sintió aliviado de que no dijera más sobre Bolton.

—Ha hecho un excelente trabajo manteniendo la mansión, Tybaut, y ha sido meticuloso al enviar a mi madre sus ingresos de los arrendatarios y de la iglesia. ¿Por qué el conde nunca toma una comisión o porcentaje de esos ingresos?

Tybaut se rascó la cabeza.

—Así ha sido desde el principio. No estaba aquí entonces, por supuesto.

—La generosidad del conde me asombra, debo confesar —dijo Caedmon sarcásticamente—. Nunca ha habido ningún cargo por los servicios de los mayordomos ni por los hombres de armas de Ellesmere que protegen la mansión. Tal vez los normandos no son tan codiciosos como pensaba, o tal vez hay algo que me estoy perdiendo. Tiene que haber alguna razón para tanta generosidad hacia una familia sajona.

Tybaut cambió el peso de un pie a otro, visiblemente incómodo.

—He encontrado al conde razonable y honorable, señor. Como digo, no estaba aquí al principio.

Caedmon y Agneta continuaron su recorrido y finalmente llegaron a la habitación más grande.

—Esta debió de ser tu habitación —le dijo a su madre cuando ella apareció—. Es justo que la tengas ahora. Agneta y yo podemos...

—De ninguna manera —exclamó ella—. Esta es la habitación para el señor y la señora de la mansión. Ustedes son Caedmon y Agneta Woolgar. Hay otra habitación en la que estaré perfectamente feliz.

—Gracias, madre —dijo Agneta, tomando la mano de Ascha. Caedmon se preguntó si su esposa se daba cuenta de que había usado la palabra “madre”. Intuía que había algo sobre la madre de Agneta que ella nunca le había contado.

La esposa de Tybaut pronto puso agua a hervir. El mozo de cuadra subió los baldes de agua caliente y los vertió en la bañera de madera ornamentada que habían llevado a la habitación del señor.

—Mis padres debieron usar esta habitación, pero no tengo recuerdos de ellos juntos. Por supuesto, nunca conocí a mi padre.

Agneta se sentó al borde de la cama, probando el colchón.

—Tu madre parece nerviosa por estar de vuelta aquí.

Él asintió.

—Demasiados recuerdos, supongo.

\*\*\*

Caedmon disfrutó hacer el amor con su esposa por primera vez en su propio hogar. Yacían juntos desnudos, su espalda acurrucada contra su pecho, con su cuerpo envuelto alrededor del de ella, sus manos cubriendo sus pechos, su rostro enredado en su cabello. Satisfecho, reflexionaba sobre el futuro.

—Me familiarizaré con los arrendatarios, y nuestro administrador me ayudará con eso. Tú necesitarás una doncella, y podremos encargarnos de contratarla junto con otros sirvientes cuando Tybaut vaya al pueblo. También contrataremos un cocinero —uno bueno— y compraremos ropa para ti.

—Hay tiempo de sobra, Caedmon. No tenemos que hacerlo todo en la primera semana. Ambos estamos cansados del viaje tan agitado. Pudiste haberte ahogado. Y además tenemos que planear la celebración de Yule en los próximos días. Me sorprende que hayamos llegado a tiempo.

—Tienes razón. Será bueno celebrar Yule aquí por primera vez. Sin embargo, no puedo tardar mucho antes de tener que viajar a Ellesmere para confirmar mi lealtad al conde. Aunque me desagrada servir a un normando, después de todo lo que Montbryce ha hecho por la familia Woolgar, estoy seguro de que esperará algún tipo de servicio ahora que he regresado para reclamar mi derecho de nacimiento. Tal vez tenga que patrullar la frontera contra los galeses. Reclutaré y entrenaré a mis propios hombres de armas —hombres leales a mí. Dicen que el conde es un hombre justo, duro pero justo.

—Hablando de hombres duros —rió ella, tocándolo con picardía.

El tono sensual de su voz lo inflamó, y su virilidad respondió. Parecía tener vida propia cuando ella lo tocaba.

Ella deslizó su larga pierna sobre la de él, abriéndose.

—Estás cálido... y firme. Me haces estremecer.

Caedmon se estiró a su lado y besó su nuca.

—Date la vuelta —susurró.

Ella giró su cuerpo hacia él, y la besó suavemente. Ella lo incitó con la lengua, pero él no cedió. Recorrió su cuello con la lengua hasta llegar a la garganta, y ella rió, tapándose la boca con la mano.

—No debemos hacer mucho ruido con tanta gente en la casa.

—No me importa si gritas hasta derrumbar la casa, y probablemente lo harás —bromeó él.

Ella lo fulminó con la mirada.

Acariciándole el vientre y los muslos, deslizó sus dedos hasta su brote palpitante. Ella jadeó y gimió.

—Se siente tan bien.

Él succionó su pezón y lo mordisqueó. Los suaves gemidos le indicaron que eso la excitaba.

—Te gusta. Lo puedo notar. Bajó la boca hasta su ombligo, rodeándolo con la lengua. Ella agitaba la cabeza de un lado a otro, los ojos cerrados con fuerza, la respiración entrecortada mientras sus dedos seguían jugando con su botón hinchado. Se tapó la boca con la mano.

—Eres hermosa. Me haces desearte demasiado —susurró él, su voz ronca de necesidad.

Ella abrió los ojos.

—Mi cuerpo te anhela. Nunca había sentido esto hasta que te conocí. Te necesito dentro de mí.

Gritó cuando él introdujo sus largos dedos en ella. Sabía que eso la satisfacía solo en parte, pero necesitaba más. Al sentir que estaba lista, se arrodilló y guió la cabeza de su miembro a su entrada. Tembló y jadeó al sentir la calidez húmeda que lo envolvía, enterrándose más profundamente mientras ella envolvía sus piernas alrededor de su cuerpo.

Entrar en ella confirmó que había vuelto a casa. Encontró de nuevo su brote y movió su virilidad hacia adelante y hacia atrás sobre ella. Ella gimió de placer y elevó sus caderas hacia él. Se retiró, volvió a penetrarla y encontró su ritmo. A medida que su necesidad se intensificaba, apenas podía seguirle el paso. Los espasmos temblorosos del clímax lo tomaron por sorpresa, y escuchó su propio grito gutural mientras su semilla se derramaba en su interior.

—Bienvenida a casa, esposa —susurró varios minutos después, mientras ella yacía en sus brazos.

Pero ella ya se había quedado dormida.

.

## Instalándose

Su primera celebración de Yule en Shelfhoc fue una ocasión modesta, dado el poco tiempo que tuvieron para prepararla. No obstante, la casa se llenó de un ambiente de alivio y cordialidad, y Tybaut se aseguró de que la despensa estuviera bien abastecida.

Conforme pasaban los días de invierno y se acercaba la primavera, Lady Pamela Brightmore y su hermana, Lady Edythe Walwin, fueron perdiendo algo de la rigidez que habían mostrado durante el viaje.

—Su miedo se está disipando poco a poco —le comentó su madre a Caedmon cuando él mencionó el cambio de actitud. Estaban disfrutando de un paseo por el jardín con Agneta en un cálido día primaveral.

Él estuvo de acuerdo.

—Eso será bueno para Coventina. Son demasiado estrictas con ella. La pobre chica no puede hacer nada sin que alguna de ellas la critique.

—Sí, y también será bueno para Leofric.

Caedmon se volvió hacia su madre.

—¿Tú también lo has notado?

Su madre sonrió.

—Creo que Leofric está enamorado de Coventina, pero duda por sus heridas.

Caedmon frunció el ceño.

—Debemos saber cómo se siente Coventina respecto a él. No quiero que lo lastimen.

—Hmm. Agneta, ¿te ha confiado algo?

Su esposa negó con la cabeza.

—No. Pero probablemente podría averiguarlo... de manera sutil.

Caedmon le guiñó un ojo a Agneta. Su madre parecía feliz de estar de regreso en Inglaterra, algo que él había deseado toda su vida. Sin embargo, percibía cierta inquietud. Siempre que mencionaba ir a rendirle homenaje al conde, ella se volvía taciturna y enojada. Decidió retomar el tema anterior.

—¿Qué planean hacer las mujeres Brightmore? ¿Buscarán a sus parientes en Wessex o eso es una causa perdida?

Ascha negó con la cabeza.

—Lady Pamela ya ha enviado mensajes, pero no ha recibido respuesta. Estarán aquí por un buen tiempo. ¿Y qué hay de Leofric? ¿Se quedará con nosotros?

—Me gustaría que lo hiciera, y se lo he dicho. Necesito hombres a mi alrededor en quienes pueda confiar. Supongo que dependerá de lo que suceda con Coventina.

Encontraron un banco de piedra y se sentaron durante un rato en silencio, cómodos en su compañía, antes de que Caedmon hablara.

—Estoy satisfecho con el progreso que hemos hecho. Tybaut me ha presentado a todos los arrendatarios.

—¿Qué opinas de ellos? —preguntó su madre.

—Principalmente son sajones trabajadores. No preveo problemas. Tybaut y yo hemos discutido la posibilidad de aumentar el suministro para la casa solariega.

—Definitivamente no hay problema allí —intervino Agneta—. Es un buen mayordomo. Muy meticoloso.

Su madre se volvió hacia Caedmon.

—¿Has visto la iglesia?

—Sí, Agneta y yo fuimos juntos. Necesita algunas reparaciones menores, pero nada serio. Es una pequeña iglesia de madera.

—Sí, me gustó —asintió su esposa.

—Los Woolgar estaban muy orgullosos de ella. Varios de sus antepasados están enterrados en el cementerio de la iglesia —dijo su madre con nostalgia, luego, de repente, miró a Caedmon con cautela.

Era la primera vez que lo oía decir algo positivo sobre la familia de su esposo. Decidió no seguir con el tema.

—Tybaut se ha encargado de la mayoría de las reparaciones de la puerta de la fortaleza, y estamos en proceso de mejorar el foso y la muralla.

—Es difícil creer que todo este trabajo lo proporcione gratis un conde normando —comentó Agneta.

Lady Ascha se levantó.

—Perdónenme, necesito hablar con Enid.

Caedmon y Agneta la vieron alejarse del jardín, preguntándose qué había causado su repentina partida. Caedmon tomó la mano de su esposa.

—Sí, cada vez tengo más curiosidad por este conde.

Agneta vaciló y luego comentó:

—Tu madre parece nerviosa cuando mencionas su nombre.

Caedmon lo había notado, pero optó por no decir nada. Apretó más la mano de su esposa.

—Tybaut y yo hemos revisado las cuentas y tengo una buena comprensión de los ingresos y gastos de la finca. Aunque él y los mayordomos que estuvieron antes que él han hecho un trabajo sorprendentemente bueno, tengo muchas ideas sobre cómo se pueden expandir y mejorar las cosas.

Agneta sonrió.

—Yo también he estado ocupada, enseñando a los sirvientes que Tybaut consiguió. Estoy contenta con las mejoras en la cocina, y hemos aireado las sábanas y las cortinas. Tendremos que reemplazar algunas que no han resistido la prueba del tiempo.

Caedmon se alegró al escuchar el tono optimista de su voz. Puso su brazo alrededor de sus hombros.

—Definitivamente tendré que reclutar y entrenar a mis propios hombres, que me serán leales solo a mí. —Sonrió—. Tybaut me presentó a los hombres de armas proporcionados por el conde. Me miraban como si tuviera dos cabezas. Típica arrogancia normanda.

\*\*\*

Caedmon, Leofric y Tybaut fueron a Ruyton a comprar caballos. Eligieron un magnífico potro alazán para Caedmon y un dulce caballo blanco para Agneta.

—La amo —exclamó Agneta cuando vio el paso pausado del caballo—. La llamaré Abbey.

Caedmon se alegró de haberle dado algo que le gustara a su esposa.

—Wyvern me salvó la vida en Alnwick, pero nunca se ha recuperado completamente de esa experiencia y del largo viaje desde Escocia hasta Ruyton. Lo dejaré retirarse y disfrutar de su avena. Con la guía experta de Tybaut, me compré este excelente potro alazán.

—Es una belleza —concordó ella, mirando al espléndido caballo alazán mordiendo el freno. Caedmon sonrió.

—Lo he llamado Abbot. —Se sintió decepcionado cuando Agneta no pareció impresionada. Sastres y modistas llegaron de Ruyton, tomaron medidas y regresaron con ropa nueva hecha

de los tejidos que Caedmon y Agneta habían elegido de las opciones que trajeron. Su cabello había crecido rápidamente y ahora le llegaba a los hombros. Lucía como la señora de la mansión. Caedmon sintió un impulso de orgullo al verla. Estaba claro que había nacido en una buena familia.

Aprendieron lo que complacía al otro cuando hacían el amor. Sin embargo, aunque Agneta lo recibía en su cama con pasión desenfrenada, él percibía una barrera invisible entre ellos la mayoría del tiempo, y se preguntaba si alguna vez lo perdonaría por su papel en la incursión en Bolton. A veces sentía que ella le daba más amor y atención a su palfrey que a él. Leofric parecía merecer un trato más amigable.

—Mi plan era montar a Ellesmere pronto —anunció Caedmon un día durante la comida del mediodía, en presencia de las damas de la casa y Leofric—. Ya estamos en mayo y necesito expresar mi agradecimiento al conde y llegar a algún acuerdo sobre Tybaut y los hombres de armas. Es mi obligación ofrecerme para servirle en alguna capacidad, aunque odio la idea de servir a un normando.

—Ya lo has dicho muchas veces —replicó Agneta, golpeando su copa contra la mesa—. Quieres que perdone a los escoceses y sajones que los ayudaron, incluidos ustedes dos, por el asesinato de mi familia y la destrucción de mi hogar, pero no puedes perdonar ni construir puentes con los normandos.

—No quiero discutir contigo —respondió él, tratando de mantener controlados sus sentimientos. Leofric se movió nervioso en su asiento, y se preguntó si su amigo y su esposa alguna vez habían hablado sobre Bolton. Evidentemente, Agneta sabía que había sido Leofric quien estuvo a su lado mientras miraba el granero—. Estoy dispuesto a tragarme mi orgullo y servir al conde, pero nunca tendré amor en mi corazón por los normandos. Leofric y yo sabemos lo que es perder a un padre a manos de un invasor. De todos modos, no iré.

La cabeza de su madre se alzó de repente, con el rostro sonrojado y los hombros tensos.

Caedmon la observó mientras explicaba.

—Tybaut me ha dicho que los Montbryce se han ido a Normandía por el verano. Aparentemente, van allí cada año. No regresarán hasta septiembre, como muy pronto.

—De acuerdo, supongo que eventualmente conocerás al famoso conde —dijo Agneta con cierto sarcasmo, con el rostro aún mostrando rastros de enojo.

—Sí, supongo —susurró su madre.

## Enfermedad

El tiempo parecía pasar rápidamente y pronto el otoño pintó el campo con rojos, dorados y marrones. Celebraron el equinoccio, pero al día siguiente Agneta de repente cayó enferma.

—Debemos bajar su fiebre —susurró la madre de Caedmon mientras exprimía el paño frío y lo colocaba en la frente de Agneta—. Y por el amor a la bondad, deja de caminar de un lado a otro.

—No sé qué más hacer —respondió su hijo, pasando la mano por su cabello—. Se acercó a la cama donde Agneta yacía en un estado de sopor y tomó su mano—. ¿Qué le pasa? Estaba bien ayer en el Festival de la Cosecha, pero durante la noche deliró. Y está demasiado caliente.

Su madre masticaba el labio inferior.

—Podría ser cualquier cosa. Tal vez comió algo.

—Me duele todo el cuerpo —gimió Agneta.

Hablar parecía irritarle la garganta. Se sentó y comenzó a toser incontrolablemente.

Caedmon temía tocar a su esposa.

—Haz algo —suplicó, sintiéndose inútil—. Se va a ahogar.

Si algo le pasa a ella...

Su madre lo miró con irritación.

—No se va a ahogar. Tranquilo. Angustiarle no va a ayudar. Debemos tener paciencia y centrarnos en controlar la fiebre. Le pediré a Enid que haga té de menta para la tos. Ve al jardín y trae un ramito de romero para colgarlo alrededor de su cuello.

Lady Edythe asomó la cabeza por la puerta, sosteniendo un paño sobre su nariz y boca.

—Sugiero quemar bayas de enebro. Aliviará la tos y alejará los espíritus malignos.

Probaron todos estos remedios, pero durante tres días Agneta tosió y su nariz no dejaba de moquear. Su fiebre empeoró.

—Me estoy muriendo, Caedmon —gimió.

Él permaneció a su lado durante toda la agonía, con la cabeza descansando en la cama junto a ella, y su mano en la suya. A pesar de sus protestas, estaba convencido de que la muerte de su amada esposa era inminente y nunca se había sentido tan impotente.

—Debes descansar —le dijo su madre con suavidad, poniendo la mano sobre su hombro.

—Descansaré cuando se recupere. No puedo dejarla. Pensaba montar a Ellesmere esta semana. Tybaut me dijo que el conde y su familia han regresado de Normandía, pero ahora no puedo ir.

—No, estoy de acuerdo. Es mejor esperar —respondió Ascha—. Le he dicho a la cocinera que añada tomillo y cebollín al caldo que estamos dándole a Agneta, y también probaremos con té de manzanilla.

—Me duelen los ojos —se quejó Agneta.

Caedmon apretó los puños, furioso por no poder aliviar el dolor de sus ojos rojos y llorosos.

Al tercer día, cuando despertó, notó manchas rojas dentro de la boca de Agneta cuando tosió. Salió corriendo de la habitación, gritando urgentemente por su madre.

—Eso es un alivio —suspiró Ascha cuando vio las manchas.

Caedmon quería estrangularla.

—¿Un alivio?

Ascha sonrió.

—Sí, es rubeola. Tú la tuviste cuando eras niño. Agneta no debe haberla tenido de pequeña.

Está enferma, pero con cuidados, sobrevivirá.

Caedmon exhaló lentamente y cubrió su rostro con las manos. Se arrodilló en señal de agradecimiento al Todopoderoso.

—¿Estás segura?

Ascha asintió.

—Si mañana está cubierta por una erupción roja, entonces estaré segura.

A la mañana siguiente, la cara de Agneta estaba, efectivamente, cubierta por una erupción roja y picante que gradualmente se extendió por la mayor parte de su cuerpo. Pero su fiebre bajó y la tos disminuyó.

Las damas Brightmore no estaban contentas. Coventina tenía fiebre y tos.

—Me pica todo —se quejó Agneta.

Ascha pensó por un momento.

—Caedmon, necesitamos atrapar ratones. Pídele ayuda a Tybaut.

—¿Ratones?

—Sí, los asaremos.

—¿Asarlos? —repitió Agneta débilmente.

Ascha dudó.

—El ratón asado quita la picazón.

Agneta luchó por levantarse sobre sus codos.

—¿Tengo que comerlos?

Ascha asintió.

—No, me niego. Prefiero que me pique —exclamó Agneta, lo que provocó otro ataque de tos. Se recostó de nuevo en la almohada, obviamente agotada. Le dolió a Caedmon ver su rostro tan destruido.

—Me siento terrible, y estoy segura de que me veo horrible —se quejó.

—Sigues siendo la mujer más hermosa que he conocido —susurró él, sosteniendo su rostro entre sus manos.

Ascha tocó su barbilla.

—El único otro remedio que conozco es frotar una piel de lobo sobre la erupción, pero ¿de dónde vamos a sacar una piel de lobo? Podríamos intentar hervir algo de sauce blanco y aplicarlo. Hablaré con la cocinera.

Pasó una semana más para que Agneta se recuperara por completo. Mientras tanto, las hermanas Brightmore y la madre de Caedmon se ocupaban de Coventina. A menudo se encontraba con Leofric caminando nervioso en el pasillo frente a su habitación.

—No te preocupes, Leofric, se recuperará, como Agneta.

—No me dejan verla —se quejó su amigo.

—Sobre Coventina —comenzó Caedmon, no estando seguro de qué debía decir—. Me gustaría no ver...

—La amo. No puedo evitarlo. Seguro que lo entiendes.

—Sí, lo entiendo —respondió Caedmon tristemente, poniendo la mano sobre el hombro de su amigo—. Pero a veces queremos lo que no podemos tener. Ella puede no...

—Eres el último que puede decirme esto —replicó Leofric, apartándose con un encogimiento de hombros—. Tú no podías tener a Agneta, pero ahora es tu esposa. Encontraré una manera. No tengo mucho que ofrecer, pero la amo.

—Lo sé. Lo he sabido desde hace un tiempo. Tienes mucho que ofrecer. Estaré a tu lado, pase lo que pase.

Una vez que Agneta se recuperó, Caedmon encontró cada vez más difícil tomar una decisión sobre Ellesmere. Su esposa enferma lo había sacudido y no quería pasar ni un solo día separado de ella. Comenzó a poner excusas para no ir y de repente el tiempo pasó y ya se acercaba la Navidad. Como no habían podido celebrar la Navidad adecuadamente el año anterior, planeaban una gran celebración.

Decoraron su hogar con hiedra, acebo y ramas de árboles perennes. Tybaut consiguió cintas en Shrewsbury y Agneta las usó para adornar las guirnaldas, coronas y el Árbol de Navidad. Danzantes de Morris, actores y danzantes con espadas llegaron de las comunidades cercanas para actuar para ellos. Agneta se aferraba nerviosamente a Caedmon, con la mano sobre la boca mientras veía a los danzantes saltar sobre las afiladas espadas y girar intrincados patrones en el aire con ellas. La danza inevitablemente terminaba con una muerte simulada, pero la víctima era resucitada por el médico que hacía lo mismo por el héroe muerto en las obras de los mimos.

Agneta recordó el amor de Caedmon por las verduras y pidió a la cocina que preparara mucha acelga y cebollas de invierno para acompañar la carne. Para el postre disfrutaron de mazapán y natillas.

Lady Pamela hizo una gran corona de Navidad con ramas de cedro. Todos pidieron un deseo al rodearla mientras celebraban la Epifanía alrededor de una hoguera fuera de la casa. Sus rostros reflejaban el resplandor de las llamas y su aliento se disipaba rápidamente en el aire frío por el calor del fuego. Como señor de la mansión, Caedmon fue el primero en pedir un deseo. Frotó sus manos y puso la mano derecha sobre los fragantes brotes de las ramas.

—Deseo salud y prosperidad para todos nosotros —proclamó.

Deseo el amor de Agneta.

Agneta puso su mano sobre la corona.

—Deseo un bebé —susurró, sonrojándose, con los ojos bajos. Caedmon apretó su fría mano. Había esperado que Agneta estuviera embarazada hace un tiempo.

—Deseo una esposa —dijo Leofric en voz alta, cuando fue su turno.

Coventina se sonrojó y le echó una mirada furtiva.

—Deseo un esposo —murmuró la tímida muchacha, mirando hacia sus pies.

Las mujeres de los Brightmore intercambiaron miradas indignadas que preocupaban a Caedmon.

—Mi turno —dijo Lady Pamela. —Deseo que los normandos nunca hubieran llegado.

—Se supone que debes pedir algo para el futuro, no para el pasado. No podemos cambiar el pasado —dijo la madre de Caedmon. Un aire melancólico se apoderó de su rostro mientras lo miraba.

Deseo estar seguro de que ella es feliz. ¿Qué es lo que la preocupa?

Su madre respiró hondo.

—Deseo el fin de la enemistad que divide este país.

—Yo también deseo eso, Lady Ascha —dijo Lady Edythe.

Se acercaron más al fuego para ver a Caedmon colocar la corona en la hoguera.

—Tengo un deseo más, antes de que este anillo de juramento se queme por completo —rió mientras las chispas volaban. —Quiero dejar de retrasar mi visita a Ellesmere y terminar con eso. Enviaré a Tybaut para decirle al conde que estaré allí dentro de dos días.

A pesar del calor de las llamas que enrojeció las mejillas de los demás, el color desapareció del rostro de su madre.

—¿Estás bien, madre? Te ves pálida.

Se acercó a su brazo para sostenerla y sintió que temblaba.

—Estaba demasiado cerca de las llamas —balbuceó. —O tal vez he comido demasiado en los últimos días. Por favor, discúlpame. Es hora de que me retire a mi cama. Buenas noches. Gracias a todos por un maravilloso Yule.

—¿Debo ir con ella? —preguntó Agneta. —Parece que no tiene ningún cariño por el conde. Cuando mencionas su nombre...

Caedmon apretó los puños.

—Lo he notado. Si descubro que hizo algo para perjudicarla hace todos esos años, lo mataré.

# Confesión

Castillo de Ellesmere, Salop, Inglaterra, Yuletide 1095

Relajándose con su esposa en su cómodo salón, Ram de Montbryce exclamó de repente:

—No puedo creer que hayan pasado ya ocho años desde que nuestro amado Conquistador murió. Es increíble cuánto ha cambiado desde aquel día de su coronación.

Miró fijamente el fuego crepitante.

—Estoy volviéndome demasiado viejo para salir de patrullas a defender las Marches Galesas.

Sus pensamientos se dirigieron hacia su caballo favorito, el corcel que lo había ayudado a sobrevivir en Hastings; Fortis había muerto varios años atrás.

—Brindis es un buen caballo, pero no tiene el mismo corazón que Fortis.

Mabelle sonrió.

—Pero has seguido visitando los mercados locales, promoviendo el comercio y la inmigración desde Normandía. Mantienes un control cercano de las cuentas de nuestras diversas propiedades en las Marches y en Sussex.

—Y paso horas en reuniones a veces tediosas con varios mayordomos —se quejó él—. Seamos realistas, veintinueve años son mucho tiempo persiguiendo rebeldes galeses. ¿Alguna vez cesará el odio y el conflicto entre nuestros pueblos?

Mabelle levantó la vista de su costura.

—No te desespere. Robert y Baudoin han desarrollado una apreciación por la lengua y la cultura galesas, a pesar de que pasaron por su experiencia de secuestro a manos de galeses cuando eran niños. Hylda Rhonwen tiene un gran cariño por la tierra de su nacimiento. A menudo presume de haber nacido en la fortaleza de Cadair Berwyn en Gales.

Ram sonrió.

—C'est vrai. Ella prefiere el nombre Rhoni porque suena más galés.

—Recuerda también que Rhodri ap Owain ha hecho un punto de no atacar tus tierras desde su matrimonio con Rhonwen, y ella nos ha visitado con frecuencia, junto a sus hijos. Son pequeños pasos. El cambio toma tiempo.

—Oui, me sorprendió que Rhodri aceptara sus visitas.

—Él ama profundamente a Rhonwen y está agradecido de que ella haya accedido a casarse con él y compartir su vida como guerrero, aunque ella es una mujer de paz.

Ram negó con la cabeza.

—Es difícil creer que hayan pasado dieciocho años desde el secuestro. Eres una mujer extraordinaria, Mabelle. Fue tu fuerza lo que ayudó a todos a sobrevivir a esa prueba. Aún guardo tu carta de amor cerca de mi corazón.

Acarició su jubón, sonriendo al recordar la carta que Mabelle había escrito el último día de su cautiverio, en la que confesaba su amor por él. Últimamente, recordaba mucho esos momentos.

—Me estoy haciendo viejo.

Se frotó las rodillas.

—Mi cuerpo ya no es tan capaz de actuar como antes. Y que se pudra este maldito

reumatismo.

Mabelle abandonó su costura y cruzó la habitación hasta donde su esposo estaba sentado. Se paró detrás de él y puso sus manos sobre sus hombros, besando la parte superior de su cabeza.

—Sé feliz. Tú y yo compartimos una pasión embriagadora y erótica, y nuestro amor sigue siendo un gozo emocionante para los dos, después de todos estos años.

Él levantó las manos y las puso alrededor de su cuello, inclinando la cabeza hacia atrás contra ella, inhalando el aroma que era exclusivamente de Mabelle. Lo había embriagado durante casi treinta años. Desde que la conoció, se habían sentido atraídos el uno por el otro; solo verla le bastaba para excitarse.

—Hace años, temía que mi profundo amor por mi esposa y mi familia interfiriera con mis ambiciones y habilidades, cuando, en realidad, las había mejorado y me había completado. Amaba y era amado a cambio, y me había convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra, con la ayuda de mi esposa.

—Me haces sentir como un joven.

—Sigues siendo mi semental.

Se abrazaron durante varios minutos hasta que la atrajo sobre su regazo, necesitando sentir la ligera fricción de su cuerpo sobre su creciente excitación. Ella se apoyó en él, acunada en sus brazos.

Besó la parte superior de su cabeza.

—Mi mayor arrepentimiento es que nunca hemos podido regresar a Normandía para vivir. Es allí donde pertenecemos.

—Vamos al menos una vez al año a ver a Robert, ahora que se ha mudado allí permanentemente. Sé que es un hombre adulto de veintitrés años, pero lo extraño y me preocupa.

—Él tiene que vivir en Normandía —respondió Ram—. Como futuro Comte de Montbryce, debe aprender a administrar el castillo de Saint Germain. Esas propiedades son de valor primordial. Baudoin heredará las tierras en Inglaterra, así como el título de Conde de Ellesmere. No olvides que mis hermanos y sus familias están cerca. Son fuertes aliados para Robert.

Mabelle se rió.

—Es difícil creer que Hugh y Antoine ahora tengan hijos adultos.

—Más difícil aún creer que Rhoni tenga dieciocho. Es una mujer.

—Pronto tendrás que buscarle un marido. Ya lo hemos pospuesto demasiado.

Ram no esperaba con entusiasmo esa perspectiva. Rhoni podía ser terca—como su madre.

Él y Mabelle se quedaron en silencio un rato. Giró distraídamente sus dedos en su cabello y acarició su pierna, sosteniéndola con fuerza, con los labios presionados sobre su sien.

—Nosotros, los normandos, nos hemos convertido en la nobleza inglesa, la nueva clase gobernante. Hemos vivido en Inglaterra casi treinta años. ¡Treinta años! Los castillos se están construyendo por todas partes. La iglesia que encargué para Ellesmere es un edificio grandioso. Cuando miro hacia arriba, a las intrincadas bóvedas de ojiva, mi corazón se hincha de orgullo.

—Sin embargo —advirtió Mabelle—, el Conquistador comenzó su reinado con palabras de reconciliación, pero, en menos de diez años, había aniquilado a muchas de las clases más altas de la nobleza inglesa.

Ram estuvo de acuerdo.

—Algunos de nuestros compañeros normandos se creen invencibles, y eso conlleva un peligro inherente. Después de todos estos años, sigue existiendo tensión entre los conquistadores y los conquistados.

—Pero —intervino ella nuevamente—, tu amigo Guillermo mantuvo el orden. Par exemple,

si un hombre yacía con una mujer en contra de su voluntad, el rey decretó que se le debían quitar esas partes de su anatomía con las que se había comportado así.

Ram la miró, un extraño escalofrío recorriéndole la espalda. Luego vio la expresión en su rostro. Ella había hablado en broma. Su erección se endureció y ella levantó las cejas y sonrió, frotándose contra él.

—Te ves preocupado, Ram. Solo estoy jugueteando contigo, y me encanta hacerlo.

Ella se puso de pie y tomó sus manos, levantándolo de la silla. Lo acarició, presionando su mano contra la tela tensa de sus medias y sus pechos contra su pecho.

Ella no era consciente de que su actitud sería provocada por el repentino y desagradable recuerdo de lo que realmente era su mayor arrepentimiento en la vida: había yacido con otra mujer cuando creyó que ella lo había perdido. Ella había roto el compromiso, pero él aún consideraba que había sido una infidelidad que lo había atormentado desde las consecuencias de Hastings, cuando había sido llevado, herido, a la casa de una viuda sajona en Ruyton.

Lo que más le molestaba de aquel episodio era que nunca había reunido el valor para contárselo a Mabelle. Nunca parecía haber un buen momento para mencionarlo. Estaba profundamente enamorado de su esposa y no quería hierirla. Sin embargo, sentía una compulsión por contárselo. Era una tontería. Él y Mabelle no estaban casados, ni siquiera comprometidos en ese momento, pero aún así sentía que la había traicionado. Solo esperaba que ella lo amara lo suficiente como para perdonarlo. Era el deseo de su perdón lo que lo impulsaba a contárselo. Era como un penitente que ansiaba el Sacramento del Perdón.

—Por mucho que me encantaría quedarme aquí contigo, tengo que hablar con Bonhomme —dijo de repente Mabelle.

Él sostuvo su mano.

—¿Cuánto tiempo demorarás?

Ella besó sus yemas de los dedos.

—No mucho.

No podía sacar el tema en su cámara privada. No sería apropiado en un lugar donde habían compartido una intimidad plena durante muchos años.

—Encuétrame en la galería. Te esperaré allí.

Tan pronto como ella entró en la galería un poco más tarde, su cuerpo respondió de la manera habitual. Podía decir por la sonrisa sugerente y el fuego en sus ojos que ella también estaba complacida de verlo. La abrazó y besó cada mejilla mientras tomaba cuidadosamente sus manos. Ella amplió su sonrisa y se movió para arquear su cuerpo hacia él, pero él la sostuvo apartada, tocando sus dedos en las vetas plateadas de su hermoso cabello.

—¿Qué sucede?

—Tengo algo que necesito contarte, Mabelle —respondió él lo más calmadamente posible —. Algo sobre un suceso en Ruyton, hace muchos años.

Hubo un golpe en la puerta y entró el mayordomo.

—Perdón, milady, se me olvidó...

—No ahora, Bonhomme —dijo Ram bruscamente, arrepintiéndose de su grosería hacia el hombre cuya familia había servido a la suya por generaciones.

\*\*\*

El estómago de Mabelle se retorció. Había sospechado sobre Ruyton, sospechando que su esposo había estado con otra mujer allí en el período posterior a Hastings y antes de la coronación del Conquistador. Sabía que lo habían llevado a la casa solariega de una noble sajona después de haber sido herido.

Al principio, una ira irracional la consumió; después de todo, ella fue quien había cancelado el compromiso. Pero cuanto más pensaba en lo angustiado que debía haber estado él y lo poco que ella lo había apoyado, más inclinada estaba a no juzgarlo. Él nunca lo mencionó y ella intuía que, si hubiera sucedido, él lo lamentaba profundamente.

No estábamos casados. Yo lo había liberado de nuestro compromiso. ¿Por qué lo atormenta?

Intuía lo que iba a decir.

—Puedes decirme, Ram —dijo, esperando que enfrentaría ese desafío con gracia.

Ram tomó sus manos, pero su cabeza estaba inclinada mientras admitía:

—Fue después de Hastings. Yo estaba... había sido herido, como sabes, en la escaramuza con Rhodri. —Levantó la cabeza y la miró a la cara—. Mabelle, te traicioné. Me acosté con otra mujer.

\*\*\*

Ram esperaba que su esposa se apartara, pero ella no lo hizo.

El silencio llenó la galería.

—Cuéntame, mi esposo —susurró finalmente ella.

Él miró sus ojos llenos de lágrimas, pero no vio condena. Suspira y la lleva hacia una silla, invitándola a sentarse. Él se sentó en la otra silla, e inclinándose hacia adelante, con los antebrazos sobre los muslos, le contó la historia, deteniéndose de vez en cuando para pasarse las manos por el cabello canoso.

Ella permaneció en silencio durante mucho tiempo y luego preguntó:

—¿Sigue ella en Escocia?

—Supongo. Hasta donde sé, nunca ha vuelto a la mansión en Ruyton, solo porque yo he administrado la finca, a través de un senescal que mantiene contacto con ella, y he proporcionado hombres de armas como seguridad. Lo hice en parte por un sentido de querer proteger a una mujer sola, y también para salvaguardar una propiedad vulnerable en los Marches de los galeses. Pero dejé claro, sin lugar a dudas, que no quería que me molestaran con nada de eso.

—¿Nunca la has visto desde aquel día?

—No. Nunca he querido verla. No sentía amor por ella, solo compasión. No la obligué, Mabelle, debes creerlo. Pero ella tampoco me obligó.

Ella se levantó de su silla, tomó sus manos en las suyas y lo invitó a levantarse.

—Sentí que algo pasó en Ruyton, hace mucho, que lamentabas. Pensé que involucraba a una mujer, pero te amo con todo mi corazón. Si amas a alguien, puedes perdonarlo. Te perdóné hace mucho por esto.

Él le rodeó la cintura con los brazos.

—Mabelle —susurró con voz áspera—, ¿qué hice para merecerte? Eres mi vida, te adoro. Todo lo que soy, todo lo que tengo es tuyo. Lamento haberte herido.

Ella lo rodeó con los brazos y acercó su cuerpo al suyo.

—Eres un hombre maravilloso. Un orgulloso normando, un crédito para tu país, un valiente héroe, fuerte, educado, amoroso, un buen padre, esposo y hermano, un amante apuesto y apasionado. Un verdadero Montbryce. Pero nadie es perfecto. Tú has soportado el horror de Hastings. Yo estaba sumida en mi propio dolor y confusión y no te proporcioné el amor que necesitabas, para ayudarte a lidiar con el peaje que la batalla te pasó. No estábamos casados entonces, ni siquiera comprometidos.

Él negó con la cabeza.

—Pero mi corazón me decía que tú eras mi destino, Mabelle. Sabía que era una traición.

La atrajo hacia él y se aferraron el uno al otro. Ella lo abrazó fuertemente mientras sentía los largos remordimientos que lo sacudían. Era un lamento por los amigos y compañeros perdidos en medio de la horrenda carnicería casi treinta años antes, por la angustia de su separación durante su secuestro, por su Conquistador muerto, por su nostalgia por Normandía, y por la traición a la mujer que amaba. Pero sus lágrimas también eran de alivio, porque ella lo había perdonado.

—Debes pensar que soy un cobarde —sollozó, aunque tuvo que admitir que la experiencia había sido purificadora.

Mabelle puso su palma contra su mejilla.

—Un hombre que no puede llorar, que no puede sentir las cosas profundamente, no es un hombre. Una cosa por la que nunca podrías ser acusado es de cobardía. Vamos a nuestra cámara. Ya estás tardando.

—Hmm. ¿Dijiste amante apuesto y apasionado hace un rato? ¿Eso es lo que soy? —dijo él, sonriéndole, sintiéndose de repente como un joven semental.

—Oh, oui, y más —sonrió ella de vuelta—. Debí haber añadido insaciable.

—Non, Mabelle, eso significaría que no puedo quedarme satisfecho, y tú satisfaces más que mis necesidades. Vamos, déjame mostrarte.

Dos horas después, mientras yacía con el cálido cuerpo de su esposa anidado contra él, recordó que su hijo pronto llegaría desde Normandía para las celebraciones de Yule.

—¿Cuándo llega Robert? —preguntó perezosamente.

—En dos días.

—Será bueno verlo, pero me preocupa la cantidad de tiempo que pasa fuera de Normandía. Su vida está allí. Él será el Comte. Necesita establecerse.

—Lo sabe. Está feliz de vivir en Normandía. Solo viene porque nos extraña a nosotros y a su hermano y hermana, especialmente en esta época del año.

## Robert Vuelve A Casa

El corazón de Ram se elevó al ver a su hijo mayor entrar en el Gran Salón con la confianza que era su derecho de nacimiento. Él y Mabelle estaban inmensamente orgullosos de Robert. De niño había soportado ser secuestrado y amenazado con ser decapitado por un maníaco obsesionado con una venganza equivocada, sin embargo, lo había enfrentado todo con valentía y resiliencia.

Había crecido convirtiéndose en un hombre apuesto, el reflejo exacto de su padre. Era ágil, fuerte y estaba en buena forma, con los mismos penetrantes ojos azules de su padre. Era un guerrero entrenado que había acompañado a Ram en escaramuzas contra los galeses y se había comportado con destreza. Consciente de su herencia, asumió sin dudar el manto del castillo en Normandía y las tierras allí. Se incorporó con facilidad al rol de conde en espera. Amaba Normandía.

—¡Robert! Mon fils —exclamó Mabelle, extendiendo los brazos cuando vio entrar a su hijo.

—Maman —respondió él con una sonrisa, abrazándola.

—Es bueno verte, hijo mío —dijo su padre, avanzando para abrazarlo.

—Papá, también es bueno verte a ti.

—¡Robert! —Hylde Rhonwen lo abrazó con fuerza por el cuello.

—Rhoni, me complace quedarme en el cálido abrazo de mi amorosa hermana. Estás creciendo, pequeña galesa —la tradición familiar exigía que todos se burlaran de Hylde Rhonwen por haber nacido en Gales.

Hablaron durante un largo rato, disfrutando de la calidez fácil que solo los miembros de una familia amorosa pueden compartir entre sí. Ram se sentía bien. Había tenido una relación amorosa, aunque estricta, con sus padres. Después del secuestro, se había asegurado de que sus hijos supieran lo mucho que los amaba. Se confiaban mutuamente, sabían que una gran familia solo podía prosperar si sus miembros compartían amor y confianza. La traición familiar había dividido muchas casas nobles, como lo evidenciaba la propia familia de Mabelle, los Valtesses.

Robert los puso al día con las noticias de Normandía, y Ram compartió sus opiniones sobre el rey Guillermo Rufus.

—Guillermo no ha tenido éxito expandiendo nuestra influencia en Gales —le confió. —Es un soldado efectivo, pero un gobernante despiadado que es odiado por los que gobierna. Es detestado por su pueblo, vilipendiado por presidir una corte disoluta y se han levantado preguntas sobre sus preferencias sexuales.

Notó la mirada de desaprobación de su esposa.

—Perdón, querida. Es un personaje extravagante con un temperamento beligerante que no se ha casado ni ha tenido bastardos, y mucho menos herederos legítimos.

Si Ram expresaba estos pensamientos en algunos círculos, podría ser acusado de traición, pero estaba a salvo aquí en casa con su esposa e hijos.

—Soy el normando más orgulloso y firme que existe, pero tenemos que abrazar la cultura inglesa hasta cierto punto, si queremos gobernar aquí con éxito y por largo tiempo. Después de todos estos años, la gente aún se rebela contra nosotros. ¿No hemos aprendido nada? Guillermo Rufus desprecia a los ingleses y su cultura. Es cruel, codicioso, arrogante y carece de tacto y discreción. Como sabes, frecuentemente está en conflicto con su hermano mayor Curthose, Duque de los Normandos.

Una sirvienta entró con refrescos.

Todos se callaron.

Robert le indicó a la sirvienta que él serviría el vino para sus padres.

Ella asintió y se fue.

Robert le entregó a su padre un cáliz de vino.

—Merci, mon fils.

—Adelante, papá —dijo Robert, sirviendo a los demás. —Solo siéntate. Tu caminar de un lado a otro nos pone nerviosos a todos.

Ram rió y se hundió en su silla favorita, frotándose las rodillas.

—Con gusto. Rufus tiene disputas con sus obispos y confisca los ingresos de la iglesia para sus propios gastos extravagantes.

Sintiendo su irritación, echó un vistazo a Mabelle.

—Sé que no hablamos de otra cosa.

Mabelle se encogió de hombros.

—Es importante que discutas estos temas. No te preocupes.

Ram asintió en señal de agradecimiento y continuó. Discutieron la situación en Escocia y coincidieron en que era confusa y volátil.

—Ya he oído mucho sobre esto —dijo Robert—, pero me interesan tus opiniones. Lo que sucede en Inglaterra afecta mi posición en Normandía. La política de ambos países se ha entrelazado de manera inevitable.

—El problema subyacente sigue siendo que tenemos un gobernante de los normandos, el Duque Robert Curthose, y un gobernante de los ingleses, el rey Guillermo Rufus, lo que resulta en nosotros, los normandos, sirviendo a dos amos. Hermanos que se odian.

—¡Exactamente! Así es como algunos de nosotros hemos intentado lograrlo, un solo gobernante para ambos. De lo contrario, hay demasiada inestabilidad. Si servimos al Duque Robert Curthose de Normandía, ofenderemos a nuestro rey Guillermo Rufus, quien puede despojarnos de nuestros ingresos en Inglaterra. Sin embargo, si servimos a Rufus, Curthose puede confiscar nuestras tierras en Normandía.

Ram sacudió la cabeza, exasperado con los juegos políticos que parecían rodearlos constantemente. A veces deseaba poder retirarse a Saint Germain y disfrutar de sus huertos de manzanas.

—Veo que tu mamá ha terminado su vino, y ella y Rhoni se están aburriendo con todo este tema de la política.

Sospechaba que Mabelle quería llevar la conversación a otros temas, especialmente sobre cuándo Robert pensaba casarse y tener herederos.

—Baudoin estará pronto en casa para unirse a nosotros en la comida —le informó a Robert—. Está reuniéndose con algunos de los arrendatarios.

Mabelle sugirió que tomaran sus lugares en el salón, ya que los sirvientes estaban a punto de servir.

—Trésor ha preparado tus platillos favoritos, Robert, vamos a disfrutar de ellos. Sabes cómo es ella si no aparecemos cuando tiene todo listo. Ella manda aquí, no tu padre.

Todos rieron, sabiendo que ella decía la verdad sobre la cocinera que había sido entrenada en Normandía para servirles en Inglaterra muchos años atrás. Trésor le había dado una bofetada en la cabeza a Robert más de una vez.

## Visita Inminente

–¿Quieres que te acompañe a Ellesmere? –preguntó Agneta en la víspera de la partida de Caedmon.

–No, prefiero que te quedes aquí. Será difícil estar separados, pero no sé qué me espera allí. Me han dicho que el conde es un hombre justo, pero quizá estés más segura aquí. He enviado a Tybaut por delante para informarles de mi intención de visitarles.

–Te extrañaré en mi cama –murmuró ella con coquetería.

Él deseaba que agregara y en mi corazón, pero sabía que era un anhelo vano. Tomándola de la mano, la condujo a su cámara.

Había un matiz de melancolía en su intimidad aquella noche. Sería su primera separación desde que se casaron. Caedmon besó lentamente su boca, saboreando sus labios, para luego trazar un sendero de besos por su cuello. Con la lengua dibujó espirales alrededor de la plenitud de sus senos en círculos tentadores, hasta alcanzar sus pezones, repitiendo el ritual con el otro.

Agneta se agitaba con anticipación placentera. Su lengua encontró el ombligo de ella, lo rodeó una y otra vez hasta presionar justo debajo. Los gemidos de deleite de Agneta eran música para sus oídos.

Caedmon chupó cada uno de sus dedos de los pies y lamió las plantas.

Ella se estiró, arqueando la espalda y abriendo las piernas en señal de invitación.

Él besó sus muslos, comenzando detrás de las rodillas y terminando en el lugar donde sabía que ella lo deseaba. Levantó sus caderas y deslizó la lengua entre sus piernas, succionando con delicadeza.

Ella aceptó el desafío y se movió contra él.

Él la saboreó, deleitándose con su esencia. Sintió cómo ella alcanzaba un crescendo, gritando su nombre en rendición. Por un momento, consideró postergar nuevamente el viaje a Ellesmere.

Cuando su respiración se estabilizó, ella le indicó que se recostara. Agneta se montó sobre él, acunando su erección entre sus pechos y balanceándose suavemente.

–Qué bien se siente –murmuró él.

Entonces, ella lo envolvió con su cálida boca, moviéndose sobre él.

–No puedo esperar más –jadeó Caedmon después de un par de minutos.

–Ven dentro de mí –susurró ella.

Él la volteó con cuidado, colocándola de espaldas, y la penetró en su cálido y húmedo centro, moviéndose con intensidad, con sus caderas en llamas. Alcanzó el éxtasis y la llenó por completo.

Se preguntó cómo sobreviviría tres o cuatro días de separación.

\*\*\*

Mientras Agneta se quedaba dormida, reconoció que echaría terriblemente de menos a Caedmon, y no solo en su cama.

Tuvo que admitir, aunque con reluctancia, que estaba enamorada de él. Le desconcertaba poder confiarle su cuerpo y compartir los toques y caricias más íntimos con un hombre en quien no confiaba plenamente.

Él había sido parcialmente responsable de la muerte de su familia, pero su corazón sabía que no era un hombre malvado. De hecho, era gentil y bondadoso, fuerte y valiente.

Él lamentaba profundamente su papel en el ataque a Bolton.

Nunca olvidaría cómo lo había visto aquel día, mientras espiaba aterrorizada por un resquicio en las tablas del granero. Su corazón no estaba en aquel acto.

Decidió decirle que lo perdonaba cuando regresara de Ellesmere.

\*\*\*

Tybaut ya había partido para informar al conde sobre la llegada inminente de Caedmon. Al llegar a Ellesmere, descubrió que el conde estaba fuera y no volvería hasta más tarde esa noche, por lo que no estaría disponible hasta el día siguiente, cuando Caedmon planeaba reunirse con él. Tybaut no podía esperar tanto. Tenía un compromiso esa misma noche en Shrewsbury, camino de regreso a Ruyton, para conseguir más cintas para Lady Agneta.

Buscó a su amigo y colega, Martin Bonhomme, y lo encontró en las cocinas.

—Amigo mío, necesito tu ayuda para transmitir un mensaje —dijo mientras bebía de un trago el ale que Bonhomme le ofrecía.

Su amigo levantó su jarra.

—Me encargaré. Dime.

—He estado asignado a la finca de Shelfhoc desde hace tiempo.

—Sí, perro afortunado. Aislado del mundo, sin mucho trabajo —bromeó su amigo, de carácter afable, cuyo padre Mathieu había conseguido el puesto para Tybaut.

Tybaut tomó otro gran sorbo, chasqueó los labios y continuó.

—Es cierto que no ha habido mucho que hacer allí, pero he cumplido lo mejor que he podido con los deseos del conde. De pronto, hace quizá un año, aparece el lord, Sir Caedmon Woolgar, con su esposa, para tomar residencia.

—¿Hace un año? —fue todo lo que Bonhomme pudo decir.

—Supongo que debí haber informado al conde, pero mis instrucciones estrictas eran no molestarlo con asuntos de Shelfhoc mientras todo estuviera en orden.

—Hmmm.

—En fin, sea como sea, es un buen hombre, aunque sajón. Quiere ver al conde mañana. Viene a jurarle lealtad, sin duda, y a darle las gracias. Se suponía que debía informarle de su llegada.

Bonhomme le dio una palmada en la espalda.

—Déjame a mí, Tybaut. Pienso reunirme con él temprano por la mañana. Regresa tarde esta noche y le informaré sobre su visitante. Dudo que el asunto le tome mucho tiempo.

—Probablemente no —respondió Tybaut, apurando el último trago del oscuro ale y limpiándose la boca con la manga. —Te lo agradezco, amigo. Me marchó ya. Quiero llegar a Shrewsbury antes de que anochezca. Hay algo en este Sir Caedmon que me inquieta. Me recuerda a alguien, pero ¿a quién?

—Nunca lo he visto, así que no puedo ayudarte con esa duda. Sir Caedmon Woolgar. ¡Qué nombres tan extraños tienen los sajones! Lo recordaré. Buen viaje, mon ami.

Mientras Tybaut salía de las cocinas, se topó con Robert de Montbryce.

—Disculpe, milord Robert. Es bueno verlo de regreso de Normandía. Espero que todo esté bien en el castillo allá —dijo, inclinándose con deferencia.

—¿Tybaut, verdad? Las cosas están relativamente bien en Normandía —respondió Robert con una sonrisa, alejándose rápidamente—. Estoy buscando a Trésor y no puedo distraerme de mi misión. Siempre tiene algo bueno para comer guardado para mí.

En ese instante, Tybaut encontró la respuesta a la pregunta que le había estado atormentando desde que conoció a Sir Caedmon.

—Lo tengo —murmuró con satisfacción—. Sir Caedmon podría ser el hermano gemelo de

milord Robert, salvo que Sir Caedmon es mayor. Se parecen mucho.

\* \* \*

Ram estaba discutiendo asuntos mundanos relacionados con el castillo con Bonhomme cuando el administrador se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡De repente he recordado un mensaje que Tybaut me pidió transmitir! Quería informarle que el lord de Shelfhoc, Sir Caedmon Woolgar, y su esposa, han regresado a la mansión.

No seguro de haber escuchado correctamente, Ram se levantó apresuradamente de su silla, sobresaltando a Bonhomme.

—¿Sir Caedmon Woolgar? Él está muerto. Murió en Hastings. No puede ser él. ¿Su esposa? ¿Mencionó su nombre? ¿Era Lady Ascha?

Bonhomme se rascó la cabeza.

—No, milord, no mencionó el nombre de la dama. De todos modos, Tybaut dijo que Sir Caedmon vendrá hoy a verle... para agradecerle... por la mansión y demás.

El corazón de Ram se aceleró.

—¿Hoy? ¿Va a venir aquí hoy? ¿Se espera que la señora de Shelfhoc lo acompañe?

Bonhomme se quedó boquiabierto.

Ram se dio cuenta de que su reacción debía parecer peculiar.

—No que Tybaut haya mencionado, milord.

Ram comenzó a pasear por la habitación, hasta que el administrador interrumpió sus pensamientos.

—¿Hay algo más que necesite?

—Non, Bonhomme, merci. Necesito hablar con mi condesa. ¿Sabe dónde está?

—Creo que está en la cocina con Trésor, milord.

Ram se apresuró a las cocinas para encontrar a Mabelle, dejando a un Bonhomme desconcertado atrás. Le pidió rápidamente que lo encontrara en su cámara lo antes posible. Cuando Mabelle llegó, Ram paseaba nervioso por la habitación.

—¿Qué ocurre, Ram? ¿Qué pasa?

Él le tomó las manos.

—No estoy seguro. He recibido un mensaje de que Sir Caedmon Woolgar ha regresado a la Mansión Shelfhoc y viene aquí hoy a verme.

—Pero tú dijiste...

—Oui, Mabelle, Lady Ascha creía que su esposo había muerto en Hastings. Quizá no fue así. Pero, ¿dónde ha estado todos estos años? Y las noticias empeoran. Aparentemente, no ha regresado solo. Su esposa está con él. Lo siento, Mabelle, no sé si ella lo acompañará aquí.

—Ram —respondió ella con calma—. Los recibiremos juntos. Tú eres el conde y yo soy la condesa. Son vasallos para quienes has hecho mucho. Solo pueden estar agradecidos. Si Lady Ascha viene aquí, probablemente esté más preocupada que tú por ello. Su esposo puede no saber nada de tu interludio con ella.

—Eso es lo que me preocupa —confesó.

## Enfrentando La Verdad

Impacientemente enfriando sus talones en el jardín del patio del Castillo Ellesmere, Caedmon repasaba una y otra vez lo que diría al conde.

Ansioso por regresar con su amada Agneta, se preguntaba cuánto más tendría que esperar.

Un joven noble normando pasó por allí, evidentemente buscando a alguien.

—Robert de Montbryce —se presentó el joven, inclinando ligeramente la cabeza—. Soy el hijo del conde.

—Sir Caedmon Woolgar —respondió Caedmon—. Estoy esperando para hablar con el conde. — Hay algo familiar en este noble. —¿Nos hemos conocido antes, Lord Robert?

—No lo creo —dijo Robert—, aunque... hay algo... Mi padre está en la Sala de los Mapas con mi madre. Me envió a buscarle. Me hice la idea equivocada de que usted era un hombre mayor. Y tiene acento escocés. Si me sigue, le mostraré el camino.

\*\*\*

Caedmon Woolgar entró en la sala y Ram lo vio.

Robert comenzó a presentar al visitante, pero se detuvo al ver la expresión de shock en el rostro pálido de su padre.

La mano de su madre fue hacia su boca, y dejó escapar un grito de sorpresa involuntario, aferrándose al brazo de una silla.

—¿Qué sucede, papá? ¿Estás enfermo? —preguntó Robert, preocupado.

Ram tuvo que sentarse, al igual que Mabelle. Ninguno de los dos apartó los ojos de Caedmon.

—¿Qué sucede, papá, mamá? Lo siento, Sir Caedmon, no sé qué sucede. Me siento avergonzado.

—Admito que esta no es la recepción que había imaginado —murmuró Caedmon.

Ram fue el primero en controlar sus emociones. No veía el sentido de negar o evitar la verdad que le había golpeado en la cara. Se levantó. Aterrorizado por el daño que estaba a punto de causar, le dijo a Robert:

—No puedes verlo, ¿verdad?

—¿Ver qué, papá? —Robert siguió la mirada de su padre hacia Caedmon y se giró por completo para mirar al hombre que había acompañado a la sala. Respiró profundamente y se le cayó la mandíbula. —Te pareces a mi padre —exclamó—. ¿Quién eres? ¿Eres un Montbryce?

Caedmon miró a Ram. Su mano fue al puño de su espada. Sus ojos se dirigieron hacia Mabelle. No se podía confundir su reacción de ira ante la expresión compasiva y sorprendida de ella.

Ram no pudo soportar la mirada hostil de Caedmon, y se giró hacia su esposa para decirle:

—No sabía que había un hijo, Mabelle. Te juro que no lo sabía.

Ella asintió.

¿Había escuchado Caedmon? Ram reconoció el momento en que la verdad se hundió en la mente confundida del recién llegado.

El joven sacó su espada y caminó hacia él con furia.

—¿Cómo puede ser, maldito normando, que tu cara sea la mía? Debes ser un violador, un profanador de mujeres. ¿Violaste a mi madre? Ahora entiendo por qué no quería que viniera aquí. Violaste a una viuda indefensa. ¿No fue suficiente que los perros normandos mataran a su esposo?

Ram permaneció inmóvil, negando con la cabeza.

Robert recuperó el aliento y corrió a detener a Caedmon.

Mabelle se movió calmadamente para colocarse entre el joven caballero enfurecido y su esposo.

—Sir Caedmon —dijo en voz baja—, si mata a mi esposo, probablemente estaría matando a su propio padre. Estoy segura de que podemos coincidir en que eso no sería lo mejor. Lo lamentaría por el resto de su vida, si logra escapar de la horca. Mi esposo no es un violador.

Caedmon bajó su espada, pero no la guardó.

—Puedes esconderte tras la falda de una mujer, alto y poderoso Conde de Ellesmere, pero eso no cambia el hecho de que avergonzaste a mi madre. —Escupió esas palabras—. Vine aquí hoy para agradecerte por encargarte de mi hacienda. Ja, a menudo me pregunté por qué eras tan generoso. Ahora sé que era culpa lo que te movía. Avergonzaste a mi madre y me avergonzaste a mí. Entré en esta sala como un orgulloso caballero sajón, hijo de un héroe de guerra que dio su vida en defensa de su país. Me voy como el bastardo de un cerdo normando.

Salió rápidamente de la sala, aún con la espada en la mano.

Robert intentó seguirle, pero su madre lo detuvo.

—Déjalo ir, Robert. Necesitas quedarte aquí. Debemos hablar. Ve a buscar a tu hermano y a tu hermana.

Robert miró con enojo a sus padres.

—Siento que lo que sea que vayamos a hablar no será bueno.

Se fue a buscar a sus hermanos.

Cuando quedaron a solas, Mabelle se giró hacia Ram, que se había desplomado en la silla, presionándose las yemas de los dedos contra la frente.

—Es un buen chico, Ram. En verdad, no es un chico. Es un hombre. Es tu hijo y no debes avergonzarte de él ni hacerle sentir vergüenza. Obviamente, ha sido tan impactante para él como para nosotros.

—¿Por qué no me lo dijo? No tenía idea. Hubiera reconocido al chico. Los habría apoyado. —Sacudió la cabeza—. No querrá verme otra vez, lo dejó claro.

—Está enojado y confundido. Robert también lo está. Baudoin y Rhoni lo estarán también. Pero te quieren. Llegarán a comprenderlo. Debes acercarte a Caedmon. Ambos debemos acercarnos.

Lentamente, se puso de pie para abrazarla y apoyó su mentón en la parte superior de su cabeza.

—Hace tantos años, cuando vi atónito cómo arrojabas mi espada al lago, pensaba que eras más fuerte de lo que parecías. Lo que no sabía es que has demostrado ser la parte más fuerte de nuestra unión. Te agradezco por tu fortaleza.

\*\*\*

Caedmon no estaba seguro de cuánto o en qué dirección había cabalgado, pero, a medida que avanzaba, su furia crecía, abarcando no solo al normando que lo había engendrado, sino también a la mujer que lo había parido. Repasó una y otra vez los eventos del fatídico encuentro en su mente, recordando que la condesa había dicho que su esposo no era un violador. Para su cerebro confundido, eso debía significar que su madre había consentido. Ella era una ramera, una prostituta, que se acostaba con un normando antes de que el cadáver de su esposo se hubiera enfriado.

Con la cabeza palpitando, ralentizó a Abbot hasta un paso tranquilo y luego detuvo al caballo por completo. Deslizándose con desgana de la silla, apenas notó que estaba en un claro

dentro de un bosquecillo. Ató las riendas a un árbol, se dejó caer de rodillas sobre el crujiente manto de hojas y ramas secas, y sollozó hasta que las arcadas lo vencieron.

Todo en lo que había creído resultaba ser falso de repente. Hubiera sido mejor no haberse recuperado después de Alnwick o, mejor aún, ¿por qué no había muerto en aquel campo?

—No soy nada —gritó a los árboles indiferentes—. Menos que nada. Como bastardo, no tengo derecho a la mansión que reclamé como propia. No puedo ofrecerle nada a Agneta.

El nombre de su esposa en sus labios intensificó su dolor, y lloró hasta que quedó exhausto en el suelo del bosque, lleno de odio hacia sí mismo y hacia el hombre y la mujer que lo habían engendrado. Cuando no pudo llorar más, se esforzó por ponerse de pie, buscó una manta en las alforjas y se envolvió en ella. Permaneció despierto, observando cómo la oscuridad caía y las estrellas aparecían en el cielo.

—¿Qué me auguran las estrellas ahora? —se preguntó en voz alta—. No puedo vivir de los ingresos de una casa que no me pertenece. No puedo seguir tomando dinero de mi madre, que no es más que una ramera. Tendré que ganarme la vida como mercenario. Esa no es vida para una mujer. Perderé a Agneta.

Era más de lo que podía soportar.

—Pero ¿a dónde irá? Yo soy todo lo que tiene, y no soy nada. ¿Cómo puedo decirle que soy un bastardo? Ya me odia. Despreciará aún más mi ilegitimidad.

El cansancio lo venció y durmió inquieto bajo el dosel invernal.

\*\*\*

Cuando Robert regresó a la Sala de Mapas con Baudoin y Rhoni, ya les había contado los acontecimientos ocurridos allí y sus sospechas de que el caballero desconocido era el bastardo de su padre.

—Parecen bastante tranquilos —dijo Robert a sus padres con cierta irritación.

Ram aferró los brazos de madera de su silla y cuadró los hombros.

—*Mes enfants*, lamento sinceramente que hayan tenido que enterarse de esta manera. Asumo toda la responsabilidad por lo sucedido. No sabía de la existencia de este joven. Ignoraba que mi indiscreción de hace tantos años había producido un hijo.

—*Mon père* —respondió Robert—, necesitas contarnos lo que pasó.

Ram suspiró, notando que su hijo lo había tratado con más formalidad de lo habitual. Contó la historia, decidiendo no omitir nada: habló de sus miedos durante la batalla, sus emociones, su estúpido alarde ante Rhodri y la humillación que resultó, sus frustraciones, su preocupación por su hermano Hugh, el dolor y anhelo de Ascha... todo. Sus hijos seguramente eran lo suficientemente maduros para entender temores y emociones. O al menos eso esperaba.

Permaneció sentado en su silla mientras Mabelle se colocaba detrás de él, con las manos sobre sus hombros, indicando —y agradeció al Cielo por ello— que aún lo amaba, que lo había perdonado, que esta dolorosa experiencia no destruiría a su familia.

Robert paseaba mientras el silencio se prolongaba.

Baudoin estaba sentado en el borde de un banco, mirando sus pies.

Rhoni jugueteaba con sus trenzas.

Ram observó a sus hijos luchar con el peso del nuevo conocimiento. Finalmente, volvió a hablar.

—Tengo la intención de reconocerlo como mi hijo. Necesitan saberlo.

Robert dejó de pasear y miró a su padre.

—*Mon père* —logró decir—, ¿qué puedo decir? Es mucho que asimilar. No estoy seguro de lo que piensan Rhoni y Baudoin.

—Creo —intervino inesperadamente el siempre reservado Baudoin— que esta familia ha pasado por terribles pruebas, pero hemos sobrevivido porque las hemos enfrentado juntos. Hoy hemos descubierto cosas sobre nuestro padre. Y también sobre nuestra madre.

Ram se sintió conmovido por la madurez de su hijo menor y por la mirada compasiva en sus ojos.

—Papa —continuó Baudoin, con voz firme—, sé que eres un padre y esposo amoroso. Descubrir que tengo un medio hermano no cambia eso. Aunque pueda no aprobarlo, es evidente que Maman te ha perdonado y no encuentro condena en mi corazón. Sigues siendo mi padre. Algunos nobles esparcen su semilla al azar y engendran bastardos impunemente. Tú nunca has sido ese tipo de cobarde. Eres el tipo de hombre al que siempre he aspirado a ser, y al que aún aspiro a parecerme. Eres mi señor, y soy tu hombre leal.

Ram se levantó de su silla mientras Baudoin caminaba hacia él, y ambos hombres se abrazaron. Pudo ver que Robert seguía estando en conflicto.

—Robert —dijo Mabelle ahora, apretando sus manos sobre los hombros de Ram—. Tu padre y yo no habíamos pronunciado nuestros votos matrimoniales cuando esto ocurrió. Incluso yo había cancelado el compromiso. Si fue un error, es uno que obviamente tendrá repercusiones para muchas personas. Pero necesitamos hacer lo que siempre hemos hecho como familia. Debemos convertir esto en una ventaja. Estás dolido, pero piensa en el joven que acaba de irse. Todo lo que alguna vez creyó sobre su nacimiento resultó ser falso. Tiene sangre Montbryce en sus venas. Debemos ayudarlo a ver el valor de eso. En este momento, se ve a sí mismo como nada, pero es un Montbryce. Es tu medio hermano. Necesitas ser lo suficientemente hombre para aceptarlo. No podemos rechazarlo. Sé lo que es llevar la vida de un marginado, y he experimentado el poder destructivo de la ira.

—*Maman* —respondió su hijo—, supongo que mi problema es que tengo demasiado orgullo Montbryce. Esperaba que mi padre fuera perfecto, y claro que eso era ingenuo e injusto de mi parte. Nadie puede entender completamente las cargas y adversidades que enfrenta otra persona, y, por lo tanto, no debería juzgarla.

Volviéndose hacia su padre y mirándolo a los ojos, dijo con voz fuerte:

—Papa, como tu heredero, debería haber sido yo quien expresara los sentimientos que Baudoin ha dicho. Mi hermano menor me ha dejado en vergüenza con su madurez, y me inclino ante él. Yo tampoco tengo mayor aspiración que ser el hombre que tú eres. Eres mi señor, y soy tu hombre leal.

Ram tomó la mano que Robert le ofreció, y ambos se abrazaron. Luego se volvió hacia su hija.

Ella corrió hacia su padre y lo abrazó.

—No entiendo por qué te sientes culpable por ello, Papa, si tú y Maman no estaban comprometidos.

Ram acarició el cabello de su amada hija.

—Mi corazón me decía que ella era la única mujer para mí.

Rhoni lo miró.

—Te quiero, Papa. Aprenderé a querer a mi nuevo hermano.

Ram y Mabelle nunca se habían sentido más orgullosos de sus hijos. Le costó hablar al verlos luchar con sus emociones.

—Le ofreceré a Caedmon el nombre FitzRam. Puede que no lo acepte, pero se lo ofreceré. Decidiremos juntos qué tierras y títulos conferirle, y qué heredará cuando muera.

Los tres hijos de los Montbryce asintieron y se marcharon juntos, tomados del brazo.

Ram y Mabelle permanecieron abrazados, con su mentón descansando suavemente sobre la coronilla de ella.

Ella lo tranquilizó:

—Ellos entendieron que al confirmar su lealtad hacia ti en este asunto, eso significaría compartir con su medio hermano recién descubierto.

—Lo sé, pero me duele que Robert sintiera la necesidad de recordarme que es mi heredero, aunque ya no sea mi hijo mayor.

## La Personificación De Todo Lo Que Detesto

Caedmon había estado ausente durante una semana, y Agneta estaba desesperada. Tybaut le había asegurado que había entregado el mensaje sobre su visita y que, hasta donde sabía, Sir Caedmon se había reunido con el conde.

¿Dónde estaba y por qué no había recibido noticias? Él le había dicho que serían dos o tres días como máximo. ¿Por qué no había regresado ni enviado un mensaje?

Lady Ascha estaba actuando de manera extraña y se retiraba a su alcoba cada vez que Agneta mencionaba la prolongada ausencia de Caedmon. Tomaba todas sus comidas en su propio cuarto. Leofric caminaba de un lado a otro, y Agneta podía ver la preocupación grabada en su rostro cuando regresaba de varias cabalgatas infructuosas por el campo en busca de su amigo.

Al décimo día, todos estaban al borde del colapso por la preocupación.

Agneta no había dormido. Se sentaba junto a la ventana, como hacía todos los días, observando las colinas distantes y rezando por ver a Caedmon aparecer en el horizonte.

Leofric había salido nuevamente a buscarlo.

Agneta no veía a Lady Ascha desde hacía tres días.

Cayó en un ligero sueño, pero de repente se percató de un alboroto en el patio. Corrió afuera y se detuvo de golpe al ver a Caedmon desmontando. Estaba maldiciendo al mozo de cuadra y parecía tener dificultades para mantenerse en pie.

Corrió a abrazarlo, sintiendo un alivio abrumador en su corazón.

—Caedmon, estaba tan preocupada.

Él se tambaleó, apenas logrando mantenerse de pie. Ella retrocedió. Tenía una barba descuidada y su olor corporal era desagradable.

Un carro de bueyes, lluvia, una astilla en mi mano.

También detectó el fuerte olor a cerveza.

—Caedmon, ¿qué te ha pasado?

—Agneta, mi hermosa dama Agneta —balbuceó, luego hipó y casi cayó al suelo.

Ella intentó sostenerlo.

—Caedmon, ¿estás...? ¿Has estado bebiendo?

Él la miró, pero claramente no la veía.

—¿Quieres decir si estoy borracho? Sí, estoy borracho. He bebido. Quiero decir, he estado bebiendo... durante días...

Se desplomó en el suelo.

—¡Tybaut! —gritó ella, con la mente hecha un torbellino—. Sir Caedmon está mal, por favor ayúdame a llevarlo a su cuarto.

El mayordomo salió de la casa y corrió a ayudarla.

De repente, Agneta notó a Lady Ascha apoyada pesadamente en el marco de la puerta, con la mano cubriéndose la boca. Rápidamente se escabulló hacia el interior, evitando la mirada de Agneta.

Tybaut y otro sirviente tuvieron que cargar a Caedmon hasta la alcoba, donde lo dejaron sobre la cama.

¿Qué pensará la gente de mi esposo al verlo regresar así? Especialmente los Brightmore.

Jadeando, el mayordomo hizo una sugerencia:

—Tal vez una infusión de hierbas, mi señora. Pediré a la cocinera que prepare algo.

—Gracias, pero primero debemos quitarle esta ropa sucia.

Murmuró nerviosa, sin saber qué pensar del espectáculo del hombre borracho que ahora yacía desmayado en su cama. No era la reunión apasionada que había imaginado. Con dificultad, lo despojaron de su ropa mientras él deliraba en un estupor alcohólico.

—Tenemos que bañarlo, pero ¿cómo lo haremos?

—Iré a buscar al mozo de cuadra.

Tybaut regresó al poco tiempo con un muchacho fornido, y Leofric entró con ellos. Su voz traicionó su sorpresa.

—¡Ay! No es la primera vez que veo a Caedmon sufriendo los efectos de demasiadas cervezas, pero nunca lo había visto así. ¿Dónde ha estado?

—No lo sé —murmuró Agneta.

La esposa de Tybaut había llenado la tina con agua caliente. Tybaut, el mozo y Leofric levantaron a Caedmon con dificultad y lo depositaron en el agua. Él protestó en voz alta, pero Agneta lo calmó.

—Tranquilo, Caedmon, tranquilo, déjame bañarte.

—Déjenlos —les susurró a los demás—. Estará más tranquilo si solo estoy yo.

—¿Está segura? —preguntó Leofric, con expresión dubitativa.

Ella asintió y los hombres se retiraron. Comenzó a lavar el cuerpo de Caedmon con una suave tela de lino.

De repente, Caedmon rompió en una canción, pero evidentemente no recordaba las palabras y soltó una risa tonta que le crispó los nervios. El recuerdo de su risa genuina se apoderó de ella. Poco a poco, él se calmó y permitió que lo cuidara. ¿Cómo podría afeitarse la barba descuidada que había adquirido?

Le gustaba que lo afeitara en la enfermería.

Tendría que esperar hasta que se le pasara la borrachera. Su mente era un torbellino. No podía imaginar qué había sucedido para provocar ese cambio en su comportamiento. Se desmayó en la bañera, y tuvo que llamar a Tybaut y a Leofric para que la ayudaran a sacarlo y llevarlo de regreso a la cama. Su cuerpo mojado era aún más difícil de manejar, especialmente considerando la mano lesionada de Leofric.

Los despidió con agradecimientos avergonzados y se dedicó a secar su cuerpo, el hermoso cuerpo que amaba, el cuerpo que le había proporcionado un placer tan intenso. Lo secó con delicadeza, las lágrimas aflorando mientras pasaba el paño amorosamente sobre la cicatriz de su muslo. Tuvo cuidado de no rozar su virilidad, acurrucada en su nido negro, para no excitarlo y que intentara hacerle el amor en ese estado.

—Caedmon, ¿qué te ha pasado? ¿Dónde has estado? —susurró.

—No soy nada, Agneta, nada —dijo tan quedo que apenas lo escuchó.

—¿Qué quieres decir? Eres todo para mí.

—Soy menos que nada —murmuró antes de volver a caer en un estupor.

Se puso su camisón y se recostó a su lado, abrazándolo con fuerza. —Estoy aquí, Caedmon. Estoy aquí —susurró, luchando por contener su miedo.

Despertó al amanecer y vomitó en la bacinilla. Ella le limpió el rostro con un paño húmedo, y él volvió a dormirse. ¿Cómo podía ayudarlo si no sabía qué había sucedido? Dos horas después, vomitó de nuevo y luego se sentó al borde de la cama durante una hora más, mirando sus pies con la cabeza entre las manos.

—Caedmon —se atrevió a decir, sentándose a su lado y poniendo un brazo alrededor de sus hombros.

—Déjame en paz, mujer —gritó, apartándola—. Déjame en paz.

Se dejó caer nuevamente en la cama, abrazando sus rodillas contra el vientre.

Ahora estaba furiosa. No había hecho nada para merecer ese trato. Se puso de pie de un salto.

—¡Caedmon, basta! ¡Detente! Tú no eres un borracho. ¿Por qué te comportas así? No me apartes. Me estás hiriendo.

Se mostró instantáneamente arrepentido y se incorporó.

—Agneta, mi hermosa Agneta. No quiero herirte. Pero ya no soy el hombre con el que te casaste. No soy nada.

Ella apretó los puños, deseando tocarlo, consolarlo, pero tenía miedo.

—Deja de decir eso.

Él siguió sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos.

—¿Viste al conde? ¿Te dijo algo que te haya dejado así? Exijo que me lo cuentes. Me estás asustando.

Levantó la cabeza lentamente y la miró con los ojos enrojecidos.

—Oh, sí, vi al conde. Y, para mi sorpresa, resulta que soy el hijo bastardo de ese hombre. Yo, el orgulloso Caedmon Brice Woolgar, hijo de un mártir de Hastings, soy el bastardo de un cerdo normando.

La boca de Agneta se abrió en un gesto de incredulidad. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No entiendo. ¿Cómo puedes ser su hijo?

—Al parecer, mi maravillosa y cariñosa madre era una ramera que se metió en la cama con el perro normando antes de que la tumba de su marido se enfriara. La enviaré a un convento.

—No hables tan alto —jadeó Agneta, mirando nerviosa hacia la puerta—. Tu madre no es...

Él intentó ponerse de pie sin éxito.

—¡Basta! Tráeme algo de cerveza.

Agneta juntó las manos con fuerza.

—No más cerveza. Ya has bebido suficiente.

Logró levantarse y se golpeó el pecho con el puño.

—Seré yo quien decida eso. Puede que sea el bastardo de un normando inmundo, pero sigo siendo el señor aquí... oh, no, eso no es cierto, ¿verdad? No soy el señor aquí. Probablemente esta mansión pertenezca legítimamente a algún otro Woolgar legítimo.

—Caedmon, basta —rogó desesperada mientras él tambaleaba. Caminó de manera inestable hasta el armario, corrió la cortina y, con dificultad, se puso la ropa que tomó de dentro. Ella tenía miedo de ofrecerle ayuda.

—Agneta, esto se acabó. Soy un hombre muerto, un hombre sin honor. He perdido todo lo importante en mi vida. No puedo ser tu esposo. No tengo derecho.

Se tambaleó al salir de la habitación, bajó las escaleras con estrépito y luego ella oyó el portazo de la entrada.

—No, Caedmon —susurró, con lágrimas deslizándose por su rostro—. No lo has perdido todo. Yo sigo aquí.

¿Qué podía decir para hacer que se quedara? Lloró hasta quedarse dormida sola en su cama.

\*\*\*

Caedmon recobró lentamente la cordura en el establo de Abbot. ¿Qué demonios debía hacer? Su corazón dolía ante la posibilidad de perder a su hermosa esposa, pero ahora no tenía nada que ofrecerle. Se despojó de su camisa, se mojó la cabeza en el abrevadero y se echó agua

helada sobre el cuerpo.

Cuando levantó la vista, su madre estaba frente a él, temblando nerviosa, con los puños apretados.

Leofric se encontraba unos pasos detrás.

—Ramera —gruñó Caedmon.

Ella se estremeció.

La mano sana de Leofric fue al mango de su daga.

Ella dio un paso adelante.

—Caedmon...

—Silencio. Ve a tu habitación —le espetó mientras le salpicaba agua del abrevadero.

Ella miró su vestido empapado con incredulidad.

Leofric se apresuró a sostenerla mientras se tambaleaba.

—Caedmon... —intentó Leofric, con los ojos encendidos.

—¡Fuera, todos ustedes! ¡Lárguense de mi vista! —gritó, alcanzando a ver de reojo a las hermanas Brightmore, que espiaban nerviosas desde la puerta entreabierta—. ¡Y saquen a esas entrometidas de aquí también!

Su madre jadeó y, tras una última mirada de incredulidad hacia Caedmon, permitió que Leofric la ayudara a marcharse, sollozando.

Caedmon subió lentamente a su habitación y golpeó suavemente la puerta. Al no oír invitación para entrar, abrió y se coló dentro. Agneta seguía dormida entre un revoltijo de sábanas desordenadas. Encontró una camisa limpia, se la puso y se acercó silenciosamente a la cama. Se sentó, tratando de no perturbarla, pero deseando observarla mientras dormía.

Sus párpados se abrieron lentamente.

—Caedmon —susurró ella, extendiendo una mano—. Has vuelto a mí.

Él negó con la cabeza.

—No, Agneta. No puedo estar contigo. No soy digno de ti.

Ella se incorporó a su lado, y su virilidad reaccionó al roce de su muslo contra el suyo, aumentando su miseria. Se apartó un poco.

Ella puso una mano sobre su muslo.

—Caedmon, por favor, no me apartes. Soy tu esposa. Yo decidiré si eres digno o no.

Él levantó su mano, besó sus dedos y la volvió a colocar en su regazo.

—Agneta, ya no soy el hombre que era. Soy menos que nada. De hecho, soy la encarnación de todo lo que siempre he despreciado. Y por la expresión de mi verdadero padre al verme, diría que está tan avergonzado de mí como yo de él.

Agneta le sostuvo la cabeza con ambas manos y le obligó a mirarla.

—Caedmon, eres un caballero noble, gentil y honesto. Debes hallar en tu corazón la capacidad de perdonar lo que ha ocurrido.

—¿Perdonar? —gritó él, poniéndose de pie de un salto—. ¡Me hablas de perdón y, sin embargo, no puedes perdonarme mi papel en la incursión a Bolton!

Agneta se sonrojó.

—Es cierto —admitió—. Ambos necesitamos encontrar el camino al perdón. Pero debemos ayudarnos mutuamente a encontrar la paz. Yo ya...

—Nunca encontraré paz aquí, en esta casa solariega. Creí que era mi derecho de nacimiento, pero no lo es. Debo irme.

—Entonces iré contigo.

—¡No! —gritó él—. No sé a dónde voy ni qué haré. Planeo vender mi espada a algún señor

que la necesite. Esa no es vida para una mujer. No hay razón para que no te quedes aquí y disfrutes de la seguridad que brinda el ingreso de esta casa.

—No quiero vivir aquí sin ti —susurró ella, bajando la mirada al suelo.

Él se dio la vuelta y se marchó, con el corazón destrozado.

\*\*\*

Leofric volvió a la casa solariega con noticias de que Caedmon se dejaba ver regularmente en Ruyton, bebiendo, alborotando y causando disturbios. Regresaba a la casa por las noches, tambaleándose hasta los establos, y nada de lo que Leofric le decía parecía afectarle.

Agneta estaba desconsolada, sin saber qué hacer.

Lady Ascha se negaba a salir de su habitación, y se la oía sollozar.

Las Brightmore se mantenían al margen.

Agneta pensó si debía apelar al conde, pero ¿qué podría decir? Caedmon se enfadaría. La decisión le fue arrebatada cuando Tybaut le informó que tendría que reportar la situación a Ellesmere.

—Es mi deber, mi señora. Sir Caedmon está descuidando la propiedad. Si sigue despilfarrando el dinero de las rentas en...

Ella alzó la mano.

—Haga lo que deba, Tybaut. Usted vela por los intereses de la casa. Yo misma...

Aunque podía tener sus sospechas, el administrador no conocía la verdadera razón del comportamiento de su esposo y debía estar desconcertado. Le dolía ver los efectos del odio que consumía a Caedmon. También se preguntaba cómo habrían cambiado en ella sus propios resentimientos y rencores.

\*\*\*

Tybaut viajó a Ellesmere y solicitó una audiencia. Explicó lo que ocurría en Shelfhoc. Ram escuchó con atención y agradeció al nervioso administrador, asegurándole que viajaría a Ruyton. Luego fue a buscar a Mabelle.

Ella estaba cosiendo con algunas de sus damas.

Las despidió.

Ella se levantó para saludarlo, su rostro marcado por la preocupación.

Él le contó las noticias de Tybaut.

—Tengo la intención de montar hacia Ruyton para enfrentar a Caedmon, algo que debí haber hecho antes, pero quiero estar seguro de que apruebas esta decisión.

Ya habían tomado la decisión juntos de dotar a Caedmon con tres de las casas solariegas en Sussex y que heredaría tres más al morir Ram. Las propiedades que eligieron eran fincas lucrativas que asegurarían un futuro próspero para Caedmon y su familia.

Mabelle lo atrajo hacia una silla y se sentó frente a él.

—Por supuesto, debes ir.

Montó acompañado de un grupo de sus hombres de armas. Cuando entraron al patio de su casa, una mujer salió.

—Mi lord conde —dijo, haciendo una reverencia.

Suponiendo que era Agneta, la esposa de Caedmon, Ram desmontó.

—¿Sabes quién soy?

Ella lo miró.

—Mi lord, su rostro... es el rostro de Caedmon.

Caedmon había casado con una mujer hermosa, y Ram lamentó el dolor que ella sufría. La tomó de la mano y le pidió que se levantara.

—Lady Agneta, no debes inclinarte ante mí. Yo soy la causa de tu dolor. Eres la esposa de mi hijo, una hija para mí. ¿Dónde está Caedmon?

Ella se levantó, sujetando su mano.

—Probablemente se ha ido a Ruyton. No sé cuándo regresará. Las cosas están difíciles estos días.

—Tybaut me ha hablado de los problemas. He venido para intentar resolver algunos de ellos. ¿Puedo entrar y contarte las circunstancias que nos han llevado hasta este punto?

Siguió sosteniendo su mano, sintiendo que ella necesitaba su consuelo. Entraron a la casa, y Ram le contó la historia de su relación con la madre de Caedmon. Le resultaba extraño estar de nuevo en el lugar donde todo había comenzado.

—Mi esposa, Mabelle, me ha perdonado, y mis hijos han aceptado que Caedmon es su medio hermano. No supe de su existencia hasta que llegó a Ellesmere, pero es mi hijo y quiero reconocerlo como tal.

Ella se giró hacia él.

—Pero está enojado —susurró.— Perdona que lo diga, pero desprecia a los normandos.

Ram frunció el ceño y asintió.

—Lo sospechaba por lo que dijo cuando nos conocimos. Espero cambiar su opinión.

Sin previo aviso, un fuerte ruido anunció la llegada de Caedmon por la puerta principal de la casa. Entró en la habitación, su rostro rojo de ira.

—Vaya, vaya, gran conde. No contento con aprovecharte de mi madre prostituta, ahora diriges tu atención hacia mi esposa mientras yo no estoy.

—¿Caedmon! —exclamó Agneta, apartando su mano de la de Ram.— Eso no es por lo que está aquí. ¿Has perdido la cordura?

El corazón de Ram latió fuerte. Quería abrazar a este joven, su hijo que se parecía a él, obviamente un Montbryce.

—Caedmon —dijo suavemente, tratando de mantener la calma.— Puedes decir lo que quieras sobre mí, pero tu madre no es una prostituta. Si me permites, te explicaré las circunstancias de lo que sucedió.

—¿Circunstancias? —interrumpió Caedmon.— Yo conozco las circunstancias. Avergonzaste a mi madre y luego te fuiste, dejándola a ella y a su hijo para que se defendieran solos.

—Te juro que no sabía que tenía un tercer hijo hasta que te vi en Ellesmere.

El silencio llenó el aire. Cuando Caedmon no dijo nada, Ram decidió continuar.

—Caedmon, quiero reconocerte como mi hijo. Mi familia está de acuerdo. Deseo ofrecerte el nombre de FitzRam, si lo aceptas. También deseo...

Caedmon dio un paso hacia su padre, y le siseó al rostro.

—No quiero nada de ti, conde de Ellesmere. No consideraría llevar un patronímico normando. Eres todo lo que desprecio.

Agneta tomó la mano de su esposo, tratando de alejarlo de esa actitud de confrontación.

—Caedmon, él es tu padre. No puedes despreciarlo.

—No serás tú quien me diga lo que puedo o no puedo hacer, esposa —gritó él, rojo de ira, apartando su mano y manteniendo la vista fija en Ram.

—Caedmon —dijo Ram, levantando las manos, con las palmas hacia él, tratando de calmar la situación.— Puede que no lo aceptes ahora y puede que no te guste, pero llevas sangre Montbryce en tus venas, sangre de una familia honorable. Los hombres Montbryce no gritan a sus esposas de esa manera, especialmente cuando ella no ha sido la causa del dolor. Si quieres

gritar, grita contra mí.

—Sí, padre —escupió Caedmon, pronunciando las palabras con gran sarcasmo.— ¿Fue en esta habitación donde fornicaste con mi madre, o quizás en la cámara donde he estado con mi propia esposa? Tu prostituta está arriba ahora. ¿Por qué no subes a verla?

La mirada hacia arriba de Ram lo delató. Caedmon extendió una mano hacia la puerta, la otra sobre la empuñadura de su espada.

—Sal de esta casa.

Ya no valía la pena seguir discutiendo. Él había dado el primer paso. Ahora le tocaba a su hijo. A pesar de toda su habilidad como diplomático, había fracasado. Hizo una reverencia hacia Agneta, despidiéndose, asintió hacia Caedmon y se fue.

\*\*\*

Caedmon se giró hacia su esposa, con su rostro contorsionado por la ira.

—No tenías derecho a dejarlo entrar en esta casa.

Ella no encontraba palabras para decirle. Por un lado, había esperado que el conde viniera, y por otro, temía que lo hiciera. Quería saber qué clase de hombre era. Cuando el noble desmontó y vio el parecido, no pudo evitar llorar.

Una sensación de alivio la invadió, como una lluvia purificadora, cuando el normando la llamó hija. Apenas podía creer que hubiera escuchado esas palabras. Ella había sido huérfana desde que sus propios padres fueron asesinados, y Caedmon había sido la roca en la que se apoyaba, pero ahora parecía perdido para ella. Escuchar palabras de apoyo y amor del conde de Ellesmere era más de lo que había esperado.

Dejó la habitación y fue a su cámara, donde lloró sola, asombrada por la profundidad del perdón que había permitido que la familia del conde sobreviviera a ese golpe y aceptara a Caedmon. Ese era el tipo de familia que ella quería. Oraba por poder algún día superar su propio odio hacia los escoceses que mataron a sus padres y hermanos, y que su esposo sobreviviera a la profundidad de desesperación en la que se encontraba.

\* \* \*

Caedmon llevaba otra semana desaparecido. No había señales de él en Ruyton. Cuando un jinete entró al patio a paso ligero con un mensaje, llevando un sello con la impresión del anillo de Caedmon, las manos de Agneta temblaron violentamente mientras lo abría. Cayó de rodillas sobre los adoquines después de leer la misiva.

Mi más querida esposa Agneta,

Lamento la agonía y el dolor que te he causado. Ya no sé quién soy. Debo hacer las paces con la realidad de mi linaje, pero estoy demasiado lleno de ira. Necesito enmendar mis errores, purificarme del odio y el resentimiento que arden en mi corazón.

He decidido unirme a la Cruzada del Papa Urbano para liberar la Tierra Santa de la amenaza sarracena. Espero, de este modo, restaurar el honor de mi nombre, y quizás regresar un hombre más rico y cuerdo. Para cuando leas esto, ya habré tomado un barco rumbo a Normandía, jirónico, ¿verdad?! Desde allí me encaminaré a unirme a los cruzados en Constantinopla. Confío en que los ingresos de la finca cubrirán tus necesidades. Te extraño. Perdóname, por todo.

Tu indigno esposo, Caedmon

Ella apretó el puño y lo presionó contra su boca para ahogar el grito que amenazaba con escapar. La bilis subió por su garganta. No sabía por qué emoción dejarse llevar primero. Ira, miedo, desolación, tristeza, todo se desbordaba en su interior, pero el dolor más abrumador era que se había ido justo cuando ella había llegado a la plena certeza de que estaba esperando un hijo.

—Ni una palabra de amor, Caedmon. Ni una palabra de amor. Pero entonces, ¿por qué debería esperar eso? Te dije que nunca podría amarte, pero ahora reconozco que sí lo hago. Tal vez si hubieras sabido de mi amor, tu tormento habría sido más fácil de soportar.

Ella quería perseguirlo y suplicarle que regresara, pero eso era imposible para una mujer embarazada y sola en tierras extranjeras. Se dirigió a su armario y permaneció de pie frente a él durante muchos minutos, hasta que finalmente sacó el paquete que había traído del convento. Temblando, desenvolvió la daga que había arrebatado la vida de su madre, extendió el paño sobre la cama, colocó el arma encima y se sentó con las piernas cruzadas sobre el colchón.

Contempló la daga por más de una hora, luego pasó con cuidado sus dedos temblorosos sobre el mango de marfil de morsa, retirándolos rápidamente, como si se hubiera quemado. Un sollozo la atravesó y se encogió en posición fetal.

Despertó algún tiempo después, sobresaltada por alguien golpeando la puerta.

—Agneta —gritó Leofric—. Abre esta puerta.

La daga seguía allí, burlándose de ella. Se lanzó hacia adelante y la agarró con ambas manos, presionando la punta afilada contra su pecho. El sudor brotó de su cuerpo tembloroso.

—Agneta —volvió a llamar Leofric.

El acero de la hoja larga hacía que la daga se sintiera pesada en su mano, aunque no era grande. Era un arma hecha para una mujer. Con el pulgar, palpó los bordes elevados de la guarda de acero finamente labrada. Bajó la vista y, a través de las lágrimas, observó con más atención al guerrero vikingo tallado en el frente de la guarda.

Los golpes se intensificaron, y luego escuchó la voz sollozante de Lady Ascha.

—Por favor, abre la puerta, Agneta.

Agneta volvió a mirar la daga, un regalo de su abuelo danés a su abuela. ¿Era ese un grabado de él, desembarcando de su drakkar en alguna costa extranjera? ¿En las costas de Northumbria, hacía mucho tiempo? La hoja estaba tallada con diseños misteriosos que no comprendía, pero que de alguna manera le hablaban.

—Mamma —susurró, con lágrimas surcando sus mejillas—. Ahora entiendo un poco por qué hiciste lo que hiciste. Por qué no pudiste enfrentar la vida sin mi padre. Yo no puedo aceptar la perspectiva de una vida sin Caedmon.

Distraídamente, trazó con los dedos la figura del guerrero vikingo.

—Ayúdame, valiente abuelo de antaño. No tengo el valor para criar un hijo sola.

Temblando incontrolablemente, se puso de pie con dificultad, se dirigió a la puerta, la abrió y colapsó en los brazos de Leofric.

—Agneta —murmuró él, sosteniéndola con fuerza.

Todos estaban allí. Lady Ascha parecía haber llorado durante una semana entera. Agneta nunca había visto a su suegra desaliñada, ni siquiera durante el largo viaje de su huida, pero ahora la mujer era un desastre.

Coventina la miraba con los ojos muy abiertos, y era evidente que también había estado llorando. Agneta se apoyó en Leofric, quien observó la daga en sus manos. Ella le ofreció una sonrisa tranquilizadora y le entregó el arma.

—Llama a Tybaut, Leofric. Debe cabalgar rápidamente a Ellesmere con este mensaje de Caedmon.

Le entregó el pergamino a Leofric, y él y Lady Ascha lo leyeron juntos. La madre de Caedmon cayó de rodillas y comenzó a gemir. Coventina se arrodilló junto a ella para consolarla.

Agneta se volvió hacia Leofric.

—Debo añadir un posdata, para informar al conde sobre nuestro hijo.

Ascha levantó la vista. Ella, Coventina y Leofric hablaron al mismo tiempo.

—¿Hijo?

—Estoy esperando un hijo de Caedmon —susurró.

Ascha se levantó con esfuerzo y tomó la mano de Agneta.

—Querida hija, te ruego que me perdones por lo que ha sucedido. Debería haberle contado a Caedmon. Nunca debí haberle mentido.

—Lady Ascha, no soy la persona a quien debería decirle estas cosas. Quizás algún día pueda oírlas, pero ahora estoy demasiado afectada. Solo debemos pensar en traer a Caedmon de vuelta sano y salvo. Vaya a su alcoba a descansar. Lady Pamela, ayúdela.

Edythe y Pamela, quienes habían estado observando boquiabiertas, se apresuraron a asistir a Lady Ascha a su habitación.

—Yo cabalgaré con Tybaut —declaró Leofric—. Bastardo normando o hijo de un mártir sajón, no importa. Caedmon es como un hermano para mí.

Agneta asintió y extendió la mano para recuperar la daga. Cuando Leofric vaciló, ella lo tranquilizó.

—Está bien.

Él se la entregó. Ella volvió a su alcoba, escribió la nota para el conde, selló de nuevo el pergamino y se lo entregó a Leofric.

—Ve, rápido.

Se metió en la cama, abrazando la daga, con el pulgar acariciando al guerrero vikingo una y otra vez. Rezó para que su hijo no creciera sin un padre. Esa plegaria se convirtió en su mantra, y la daga, en su talismán.

## Cruzada

Caedmon se sorprendió al ser uno de los pocos ingleses entre la heterogénea multitud de peregrinos que se reunían desde muchas naciones para unirse a la cruzada. La mayoría eran campesinos con los que no tenía nada en común. Estaban armados en su mayoría con herramientas agrícolas y armas rudimentarias, y no tenían experiencia ni habilidad para el combate.

Con el paso de los días, una verdad irónica se le hizo evidente. Viajaba principalmente con un grupo de caballeros normandos dentro de la muchedumbre, guerreros experimentados, hombres como Fulcher de Chartres y Walter Sans-Avoir. Se sintió atraído hacia ellos y pronto estableció una camaradería fácil.

Un día, mientras él y Walter cabalgaban lado a lado, Caedmon preguntó:

—¿De dónde vienen estas multitudes y por qué están ansiosas por unirse a esta cruzada?

Su nuevo camarada respondió:

—Campesinos de muchas tierras han sufrido sequías, hambrunas y pestes. Huyen de esos males y esperan encontrar redención, y quizá riquezas, al participar en una cruzada contra los turcos infieles que ocupan la ciudad santa de Jerusalén.

Caedmon asintió pensativo.

—Es una especie de revolución. Los siervos y campesinos suelen vivir toda su vida en la aldea donde nacieron.

—Oui. Entonces, en abril del año pasado, una lluvia de luces flamígeras en los cielos fue tomada como una bendición divina para la cruzada, y el oscurecimiento de la luna que ocurrió en febrero siguiente confirmó su creencia.

Caedmon recordó otros presagios.

—He oído que los brotes del fuego de San Antonio causaron espasmos en las personas. Se consideraron señales de brujería en acción. Muchos creen que el mundo está llegando a su fin y se han apresurado a unirse a la cruzada.

—¿Qué esperabas? Son campesinos —respondió Walter con desdén.

\*\*\*

Caedmon decidió llevar un registro de sus aventuras en un código encuadernado al estilo copto que obtuvo en un mercado. También tuvo suerte al encontrar y comprar un estuche de cuero labrado con varias buenas plumas, al que estaba unido un tintero con una tapa firme, lleno de encaustum.

Un buen aspecto de los interminables kilómetros es que tengo tiempo para reflexionar sobre mis problemas. Con el paso del tiempo, algo de mi enojo se está disipando. La supervivencia diaria se ha convertido en la mayor prioridad.

Al principio, la atmósfera en los campamentos era de optimismo y fervor. Mujeres se han unido a la marcha, ya sea para seguir a esposos e hijos o como seguidoras del campamento. Muchas son gitanas que ofrecen sus favores a cualquier hombre que pague. Aunque ansío a una mujer, es a Agneta a quien deseo.

Las vivaces romaníes ofrecen alivio a las penurias y el sufrimiento de la marcha con su música y danzas. Me maravilla su capacidad para traer vida y alegría en medio de la creciente desesperanza y duda. Han aprendido a combatir la discriminación y la persecución con risas y desenfreno. Nadie en el campamento confía en ellas, pero muchos acuden a sus fogatas.

Agneta y yo nunca hemos bailado, ni siquiera en Navidad.

Las masas son atraídas por el monje Pedro el Ermitaño, de Amiens. Cabalga en un burro y viste ropa sencilla. Predicó la cruzada por Normandía y Flandes. Afirma haber sido designado por Cristo mismo para predicar y dice tener una carta divina que lo prueba. Algunos campesinos creen que Pedro, y no el papa Urbano, fue el verdadero iniciador de la cruzada.

\*\*\*

Pedro el Ermitaño llevó a las multitudes que lo seguían hasta Colonia. Planeaba esperar allí la llegada de más cruzados.

Caedmon asistió a un consejo de caballeros franceses en la tienda de Walter Sans-Avoir.

—¿Cuál es tu opinión, Walter? —le preguntó al hombre que se había convertido en líder entre sus compatriotas—. ¿Esperarás con Pedro en Colonia o seguirás adelante?

Walter respondió sin vacilar:

—Estoy animando a los caballeros franceses a seguir adelante. No veo beneficio en esperar la llegada de más plebeyos. No son guerreros.

Otros asintieron en señal de acuerdo, pero Caedmon no estaba decidido.

—Colonia es una ciudad bulliciosa, un centro de comercio. Podría ser beneficioso quedarnos aquí un tiempo.

Walter lo miró directamente y colocó una mano en su hombro.

—Será mejor para ti venir con nosotros, amigo mío. Somos caballeros como tú. No perteneces a las masas mal armadas.

\*\*\*

Así fue como Caedmon se unió a miles de cruzados que completaron un largo y polvoriento viaje a través de Hungría, sin incidentes importantes, y llegaron al río Sava, la frontera del territorio bizantino en Belgrado.

Estoy muy nostálgico y apenas puedo recordar las razones por las que dejé Inglaterra. Anhele a mi hermosa Agneta. Soy un necio por abandonar a la única mujer que he amado. Pero ella no me querrá. La he herido terriblemente. Me he comportado como un niño. ¿Cuántas veces en mi vida he deseado tener un padre? ¿Por qué no estuve dispuesto a escuchar siquiera al conde?

\*\*\*

Un día, mientras descansaba bajo la sombra de un plátano cerca de Belgrado, tras largas horas de cabalgar, mis escritos fueron interrumpidos por los gritos de un compañero caballero. El comandante de Belgrado había rechazado la entrada. Tendríamos que saquear comida.

El abastecimiento es un problema constante. Todos esperábamos con ansias Belgrado, una ciudad considerable, y confiábamos en que nos proveerían de alimentos. A medida que la multitud ha crecido, los asentamientos son cada vez más reacios a cumplir la obligación sagrada de alimentar y alojar a los peregrinos. Tener que saquear la tierra de un pobre campesino para obtener sustento es más de lo que puedo soportar, pero fui con otros caballeros y ayudé a robar las escasas provisiones de los agricultores locales. Más tarde, me alegré de haber tomado esa decisión.

Dieciséis caballeros, que optaron por saquear el mercado de una aldea frente a Belgrado, fueron capturados y despojados de su armadura y vestimenta, que luego se colgaron de las murallas del castillo. ¿Cómo podrán sobrevivir sin armadura ni ropa?

¿Qué estoy haciendo aquí?

Los cruzados pudieron continuar hacia Niš, una de las ciudades más antiguas de los Balcanes, donde se les proporcionó comida. Allí esperaron el permiso para proceder hacia Constantinopla, el punto de embarque hacia Tierra Santa.

Anhelo volver a escuchar mi idioma, pero me he vuelto hábil para comunicarme con los normandos en su lengua. En Escocia no me vi obligado a aprenderla, como les ocurrió a los sajones ingleses tras la Conquista. Supongo que, si soy medio normando, debería aprender a hablar el idioma. Estoy recuperando algo de mi sentido del humor. ¡Alabado sea el Señor!

Mis plumas están gastadas. Tendré que aprender a fabricarlas si no consigo más en algún mercado. He intercambiado parte de mi comida por tinta. Hace más calor que en el infierno; pleno verano. Dicen que julio es el mes más caluroso aquí.

En Niš, nuestro grupo se reunió nuevamente con el grupo más grande de Pedro el Ermitaño, y pronto nos enteramos de lo que les había sucedido mientras tanto.

Cuando el ejército mayor liderado por Pedro el Ermitaño llegó a Zemun, se alarmaron al ver dieciséis armaduras colgadas de las murallas. Se dice que las tensiones resultaron en una disputa por el precio de un par de zapatos en el mercado, lo que llevó a un motín que luego se convirtió en un asalto total a la ciudad por parte de los cruzados. Cuatro mil húngaros fueron asesinados. Cuatro mil, por un par de zapatos. Apenas puedo creerlo.

Los cruzados del Ermitaño luego huyeron cruzando el río Sava hacia Belgrado, pero no antes de enfrentarse en escaramuzas con las tropas de Belgrado. Los habitantes de Belgrado huyeron, y los cruzados saquearon e incendiaron la ciudad. Este noble empeño se ha degradado en un alboroto asesino. Al principio, me sentía orgulloso de llevar la cruz roja de Cristo en mi hombro derecho, pero ahora...

No debo pronunciar esas palabras en voz alta, sin embargo. En estas tierras extranjeras queman a los “herejes” por capricho.

\* \* \*

El comandante de Niš estaba preocupado por el tamaño de la multitud que seguía a Pedro el Ermitaño. Se dice que convocó al monje, lo felicitó y le advirtió que su ciudad no tenía los recursos necesarios para alojar a todo el ejército. Pedro lo entendió y pidió simplemente provisiones. El comandante accedió a proporcionar comida y escolta hasta Constantinopla con la condición de que nos marcháramos lo antes posible.

Por lo que, dos días después, partimos con generosas provisiones.

No habían avanzado mucho cuando llegaron a un gran molino. Un grupo de caballeros alemanes desmontó y entró al edificio. Salieron minutos después cargando varios sacos pesados sobre los hombros. Los seguía un molinero indignado que protestaba por el robo de su propiedad.

—No pueden llevarse mi grano —reclamó el molinero en su lengua, gesticulando con furia.

—Su comandante nos permitió tomar comida —respondieron en alemán.

El molinero apeló al escolta de Niš, extendiendo los brazos en súplica.

—¡No pueden robar mi grano! Ya tienen más que suficiente. ¡Miren!

—No pueden llevarse el grano —confirmó el capitán del escolta, bloqueando el paso a los alemanes, quienes dejaron caer los sacos y desenvainaron las espadas.

—¡Nos prometieron comida! —gritaron, empujando al molinero hacia el arroyo, donde cayó al agua.

El contingente normando, que seguía de cerca a los alemanes, observaba la escena con una mezcla de burla y resignación.

—Ahí vamos de nuevo —dijo Caedmon—. Los caballeros alemanes no están contentos si no están peleando o discutiendo.

—Tienes razón, mon ami —respondió Amadour de Vignoles, su frecuente compañero de

viaje.

El molinero luchaba por mantenerse a flote.

—¡Mon Dieu! —exclamó Amadour—. Lo ahogarán por unos sacos de grano a los que no tienen derecho. Recibimos suficientes provisiones al partir de Niš.

—Bien, ahí viene el hermano Pedro —dijo Caedmon con alivio—. Él arreglará esto.

—Será demasiado tarde para el molinero. Ese cobarde alemán lo está hundiendo con su bota.

Con ayuda de dos o tres más, Caedmon y Amadour desmontaron rápidamente y corrieron al rescate del molinero, empujando al alemán beligerante al agua. Mientras Caedmon extendía su mano al molinero, también fue arrastrado por la corriente hacia la rueda del molino. Aunque no entendía el idioma del molinero, sí captó su desesperación. Sujetándolo, ambos fueron arrastrados bajo el agua.

—¡Deja de luchar! —farfulló—. ¡Amadour, ayúdame a sacarlo!

Lograron sacar al desesperado hombre. Mientras los tres hombres subían la resbaladiza orilla, el molinero señaló el molino con desesperación.

—¡Sacrebleu! ¡Han prendido fuego al molino! —exclamó Amadour.

Caedmon maldijo entre dientes.

—Rápido, aléjalo de aquí. Esto arderá como una antorcha. Esa pared colapsará pronto y no queremos estar debajo cuando suceda.

—Cuidado. Los soldados de Niš han atacado al grupo principal de cruzados. Esos cobardes alemanes deben haber huido de vuelta allí.

Miraron sin aliento cómo la refriega se extendía por el camino. Caedmon se pasó las manos por el cabello mojado.

—Estos campesinos mal armados no son rivales para los soldados. El pánico se apoderó de ellos y resultó una carnicería.

—Tomen sus caballos y síganme —gesticuló el molinero, indicándoles que debían esconderse en un bosquecillo cercano. Cuando se disponía a partir, Caedmon lo detuvo sujetándolo del brazo.

—¿A dónde vas? Quédate aquí. Es demasiado peligroso.

El molinero lo miró, sonrió brevemente, se encogió de hombros, estrechó las manos de Caedmon y Amadour, y se marchó.

Esperaron una hora hasta que cesaron los sonidos del conflicto.

—Parece que han enviado a toda la guarnición. Esto es increíble —dijo Caedmon entre dientes—. Estoy desilusionado con la Cruzada. He matado más hombres en defensa propia durante esta peregrinación religiosa de los que maté en la gran batalla de Alnwick. Demasiadas vidas perdidas por malentendidos, estupidez y odio, y aún estamos lejos de Jerusalén.

Amadour asintió con tristeza.

—Estoy de acuerdo, pero ya no tenemos opción.

Diez mil almas perdidas por una disputa sobre grano. Amadour y yo tuvimos suerte de sobrevivir. Es probable que el molinero que rescatamos esté muerto.

Nos reagrupamos y pronto llegamos a Sofía, donde nos encontramos con una escolta bizantina que nos llevó a salvo hasta Constantinopla.

Rezo para que Agneta esté sana y salva. Ella es mi talismán, una imagen que llevo en mi mente. Estoy convencido de que me ha protegido, mi ángel guardián. Es lo único que me impulsa a seguir adelante. Mi meta en la vida es sobrevivir lo suficiente para volver a ella y rogarle que me perdone, por Bolton y por mi pura estupidez. En Chester me advirtió lo

imprudente que era. Me regañaría ahora si le contara que estuve a punto de ahogarme en Niš.

Anhelo volver a oír su risa.

Mi otra meta es dominar la fabricación de estas malditas plumas.

Me parece que el emperador bizantino, Alejo Comneno, quedó asombrado por el tamaño y la composición de este enorme y caótico ejército que llegó a Constantinopla. Había solicitado al Papa un ejército cruzado, pero dudo que esta turba desordenada fuera lo que tenía en mente. Sospecho que no sabía qué hacer con nosotros, por lo que rápidamente transportó a las treinta mil almas al otro lado del Bósforo.

Una vez en Asia Menor, saqueamos pueblos y aldeas camino a Nicomedia. Allí, nuevamente surgió una disputa entre los alemanes e italianos por un lado y los franceses por el otro, y de nuevo observé la insensatez de la división. Los alemanes e italianos se separaron y eligieron a un nuevo líder, un italiano llamado Rainald. Los franceses, por su parte, seleccionaron a Geoffrey Burel, de todas las personas, como comandante. Muchos de nosotros no estamos seguros de que sea una elección acertada. Pero debo ir con ellos.

\*\*\*

El grupo francés llegó a los límites de Nicea, un bastión turco, donde saquearon los alrededores. Era un plan arriesgado, pero necesitaban comida. Caedmon había adoptado la costumbre normanda de afeitarse la nuca para sobrellevar el calor y la falta de instalaciones para bañarse.

Los piojos son una plaga constante. A medida que el ‘ejército’ ha crecido, las condiciones en los campamentos han empeorado. El movimiento de la turba y los caballos levanta suficiente polvo para asfixiar a cualquiera, por lo que llevo trapos sobre el rostro. El aire es sofocante. La sed es un problema constante. Mi piel está adherida a los huesos por el calor.

—Ahora corren rumores sobre un grupo de seis mil alemanes que capturaron Xerigordon de los turcos —le dijo Amadour mientras compartían las verduras crudas que habían desenterrado.

Caedmon se burló:

—Ya no creo en nada sobre los alemanes, no después de Niš.

Amadour escupió un trozo fibroso de comida que no podía masticar.

—El contrarrumor dice que los turcos recuperaron la ciudad de los alemanes, quienes tuvieron que beber sangre de burros y su propia orina cuando les cortaron el suministro de agua. Algunos cruzados capturados se convirtieron al Islam y fueron enviados a Jorasán, mientras que otros que se negaron a abandonar su fe fueron ejecutados.

Los rumores sobre Xerigordon son suficientes para ponerme los pelos de punta, aunque ya no tenga ninguno. Recuerdo la primera vez que vi el hermoso cabello de Agneta. ¡Era muy corto! Es un recuerdo agridulce. La extraño, en mi corazón y en mi alma.

He tenido un sueño recurrente. Llego cabalgando a un castillo. Agneta está allí, pero se ha transformado en un árbol, un hermoso árbol de hojas verdes. Me sonrío al acercarme, y entonces escucho un sonido. Es el canto de los pájaros. Frunzo el ceño, sin saber de dónde proviene. Agneta levanta los brazos lentamente y se convierten en ramas. Al mirar hacia arriba, veo dos aves anidando.

Desearía entender lo que significa el sueño. Consulté a un romaní, pero lo único que le interesaba era mi dinero. Murmuró algo sobre que el castillo presagiaba gran riqueza. Seguro que no puede ser verdad. Quizás no entendí bien su idioma.

\*\*\*

—Ahora dicen que los valientes alemanes han tomado Nicea —le comentó Amadour a Caedmon días después.

Caedmon notó que su amigo estaba pálido y había perdido mucho peso. Se preguntó cómo sería su propia apariencia. Llevaba mucho tiempo sin comer bien.

—Ese rumor debe haberlo iniciado algún espía turco.

Amadour se recostó, agotado, a la sombra de una palmera bajo la que se refugiaban.

—Tal vez, pero tiene a todos entusiasmados por llegar lo antes posible.

Caedmon, distraído, dibujaba un árbol en su sucio códice.

—Sí, seguro que para participar en el saqueo.

—Es probable que tengas razón —suspiró Amadour—. El problema es que Burel cuenta con el apoyo de las masas y argumenta que sería cobarde esperar. Quiere enfrentarse a los turcos de inmediato.

—Es un insensato. El rumor no puede ser cierto.

Observó su códice nuevamente. Junto al árbol, dibujó dos aves.

Aconsejamos cautela, pero prevaleció la voluntad de Burel. Tengo un mal presentimiento sobre todo esto. No confío en Burel ni en la veracidad del rumor sobre la caída de Nicea. Sin embargo, no puedo quedarme en el campamento con las mujeres y los niños.

Reza por mí, Agneta.

\*\*\*

En la mañana del vigésimo primer día de octubre, el ejército cruzado de veinte mil hombres marchó hacia Nicea. Caedmon, Amadour y varios otros caballeros normandos se posicionaron cerca del final de la columna. Mientras avanzaban, divisaron una fortaleza en ruinas en una colina junto al agua, aproximadamente a medio kilómetro al oeste.

—Si nos atacan, dirijámonos hacia esa ruina. Tal vez tengamos una oportunidad si la alcanzamos —sugirió Caedmon.

Los otros asintieron con expresión sombría.

A unos cinco kilómetros del campamento, la columna entró en un valle boscoso y estrecho cerca de la aldea de Dracon.

Caedmon se sintió intranquilo.

Los otros normandos estaban visiblemente nerviosos.

—Burel no tiene la suficiente autoridad ni el sentido común para que el ejército marche en silencio. Estamos haciendo demasiado ruido al acercarnos al valle...

Sus palabras fueron interrumpidas por una lluvia de flechas.

—¡Oli Crosse! Tal como sospechábamos —gritó—. Los turcos nos han tendido una emboscada aquí.

—La vanguardia ya empezó a entrar en pánico y retroceder. ¡Están en completa desbandada! —exclamó Amadour—. Nos pisotearán si no llegamos a las ruinas.

—Están cortando a los que huyen de regreso al campamento —gritó Caedmon—. Con suerte, no se fijarán en los pocos que se dirigen hacia las ruinas.

Giró a su caballo y gritó a la columna principal:

—¡Las ruinas! —Señaló el camino con su espada—. Es la única oportunidad.

Unos pocos turcos se separaron y los persiguieron colina arriba hasta la fortaleza en ruinas. Caedmon giró a Abbot para enfrentarlos. Le cercenó la cabeza a un sarraceno y el brazo a otro. La sangre salpicó sobre él. Gritos de agonía llenaron el aire.

Alnwick.

Satisfecho al ver que al menos una parte del ejército principal de los cruzados se había desviado hacia la fortaleza, giró su caballo y cabalgó a toda velocidad por la puerta, rezando para que algunos otros logran llegar al santuario. Los normandos lucharon por cerrar los portones

gigantes una vez que el último de los cruzados fugitivos entró.

—Estas puertas están podridas, no detendrán a nadie —gritó Amadour desesperado.

Su amigo tenía razón.

—Pasen la voz —ordenó Caedmon—. Apuesten tantos escudos como podamos.

La pared de escudos se elevó rápidamente mientras los caballeros, presa del pánico, se apresuraban a arrojar cualquier cosa que pudieran encontrar para cerrar la brecha.

—Traigan también piedras —gritó otro caballero.

Después de minutos aterradores, el grupo de turcos que los había perseguido se retiró ante la lluvia de piedras, lanzas y flechas lanzadas por los desesperados cruzados.

—Volverán —murmuró Caedmon, limpiándose la sangre de la cara.

—¿Cuántos crees que somos? —jadeó Amadour.

Caedmon miró a la multitud de hombres exhaustos amontonados dentro del recinto.

—Calculo que unos tres mil. Al menos los muros están intactos y nos darán algo de protección. Subiré a observar qué está ocurriendo.

Tardaron unos minutos en encontrar un camino hacia arriba. Muchas de las escaleras estaban rotas o podridas.

—¡Mon Dieu! —exclamó Amadour al mirar hacia fuera—. Mira los incendios en el campamento principal. Los están masacrando a todos.

Ninguno mencionó los espeluznantes gritos que llegaban desde tres millas de distancia.

—¡Merde! —exclamó Amadour, volviendo la vista del horror hacia el interior de la fortaleza—. Burel ha llegado al santuario.

Caedmon frunció el ceño.

—Míralo, ya está dando órdenes. Me revuelve el estómago. No le obedeceré.

Desde su posición, observaron al arrogante normando pavoneándose.

—Parece que no eres el único —rió Amadour—. Nadie le presta atención.

—Es cuestión de tiempo —dijo Caedmon con sombría certeza, mirando de nuevo la escena de la masacre en curso—. Cuando los turcos terminen de masacrar a nuestro ejército principal, se centrarán en nosotros. Nos harán rendir por hambre.

Amadour asintió en tácita aceptación. Su respiro era temporal. Caedmon sintió que todos los hombres ahí recordaban a los alemanes que habían bebido su propia orina.

Mi garganta ya está seca, mis labios agrietados. ¿Volveré a probar alguna vez la dulzura de Agneta? Desespero ante esa posibilidad. Al menos aquí no hay burros. Tenemos caballos. Rezo para no tener que comerme a Abbot.

## Persecución

Tras recibir el mensaje de Agneta, Ram compartió la noticia con Mabelle.

—Es mucho pedirte, pero si parto de inmediato, podría haber una posibilidad de encontrarlo antes de que abandone Normandía.

—Ojalá hubiéramos actuado antes —respondió ella—. No es de extrañar que sienta que no queríamos que fuera parte de nuestra familia.

—No tienes ninguna culpa, Mabelle. La responsabilidad es mía, y debo al menos intentar corregir el dolor que he causado.

—Tiene suerte de tenerte como padre —contestó ella.

Él negó con la cabeza.

—Si tan solo lo hubiera sabido...

Ella lo besó suavemente en los labios y susurró:

—Ve... con mi bendición.

De inmediato, empezó a dar órdenes para organizar un contingente de doscientos de sus mejores hombres de armas. Se enviaron jinetes a la costa sur para hacer los arreglos necesarios y navegar hacia Normandía.

Ram convocó a sus hijos en la Sala de Mapas para exponer sus planes.

—Robert, sugiero que nos acompañes hasta el castillo Montbryce.

—Estoy de acuerdo —respondió Robert—. Con suerte, lo alcanzaremos antes de llegar allí.

—Quiero unirme a la misión —dijo Baudoin.

Ram levantó la vista del mapa que estudiaba.

—No será fácil, mon fils. Si Caedmon hubiera pensado con claridad, no se habría embarcado en esta empresa insensata.

Baudoin se encogió de hombros.

—Papa, yo también he hecho muchas cosas insensatas en mi vida. No podemos permitir que su imprudencia lo mate. Por el bien de Agneta, y del bebé.

Ram le dio una palmada en la espalda, preguntándose qué cosas insensatas habría hecho su hijo tímido.

—Gracias, Baudoin. Me gustaría que me acompañaras en este viaje. Me culpo por no haber ido con Caedmon de inmediato. Nos lleva ventaja, y no me perdonaría si algo le sucediera. Antes de partir, debemos encargarnos de que se redacten los documentos relativos a las tierras que vamos a otorgarle a Caedmon. Te dejo eso en tus manos capaces.

Baudoin asintió.

—Haré que el escribano prepare las escrituras y las traiga para tu firma.

\* \* \*

La noche antes de su partida, Ram y Mabelle compartieron una velada de tiernos momentos de amor. Ram besó los labios de su amada esposa, luego su cuello y garganta, antes de bajar lentamente hacia sus pechos. Con su lengua, trazó círculos alrededor de cada pezón.

Mabelle gimió cuando él comenzó a succionarlos, mientras pasaba una mano por su cabello y sostenía su pecho contra su boca con la otra.

Los dedos expertos de Ram encontraron el lugar donde a ella más le agradaba sentir su toque, y un gemido profundo escapó de sus labios. Abrió las piernas y hundió los talones en la cama, gritando de éxtasis con aquellos chillidos que a él nunca lo cansaban. La penetró en su

cálido refugio y ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo profundamente hacia sí.

—Estira las piernas —susurró él.

Aferrándolo, ella obedeció, hasta que él se recostó completamente sobre ella, con su miembro contra su punto más sensible. Él se incorporó un poco para juntar sus pechos delicadamente y luego volvió a recostarse sobre su cuerpo.

—Siempre has soportado mi peso. Quiero cubrirte completamente mientras te poseo —murmuró con voz ronca.

La sensación sensual de su cuerpo bajo el suyo lo inflamó, y no necesitó más que unas pocas embestidas para alcanzar su clímax.

—Quiero permanecer unido a ti tanto como pueda, mi amor. Podrían pasar muchas semanas antes de que nos volvamos a ver. Este viaje podría ser peligroso y tal vez no volvamos a encontrarnos en esta vida. Sabes que te amo, que siempre te he amado.

—Como yo a ti, Ram —susurró ella, mientras las lágrimas rodaban libres por sus mejillas y apoyaba su rostro en su pecho.

A la mañana siguiente, él se despidió de su hermosa esposa, mirándola largamente, intentando grabar esa última imagen de su rostro en su mente.

Ella le dijo que pediría a Agneta que viniera a Ellesmere.

—Le pediré a Lady Ascha también, con tu permiso.

Él suspiró profundamente, preguntándose cómo había tenido tanta suerte de ser bendecido con una esposa así.

—Eres una mujer asombrosa, Mabelle.

La besó amorosamente.

Baudoin abrazó a su madre en silencio durante largos minutos.

Partieron en su desesperada travesía.

\*\*\*

Su viaje hacia la costa sur fue tranquilo, pero tuvieron una travesía tormentosa hacia Normandía, y estuvieron a punto de naufragar. Ram sufrió las habituales miserias del mareo. Dos caballos sufrieron fracturas en las patas durante el pánico y tuvieron que ser sacrificados, pero habían traído otros de reserva para prever tales contingencias. Una vez reorganizados y en marcha, no encontraron dificultad para cruzarse con numerosas personas que se dirigían a Tierra Santa. Las noticias sobre la Cruzada de los Pobres, de Pedro el Ermitaño y Walter Sans-Avoir estaban en boca de todos.

—Es difícil separar los hechos de los rumores —comentó Ram a Baudoin—. He oído hablar de miles de cruzados, un ejército imponente.

—Se habla mucho de Belgrado, de la armadura de cruzados colgada en los muros de los castillos —añadió Baudoin—. Tienes razón. Es difícil creer algunas historias.

El ejército privado de Ram avanzaba con buen ritmo, pero quedó claro que Caedmon probablemente había dejado Normandía.

Tomaron provisiones en Saint Germain y decidieron continuar hacia territorios extranjeros. Cada vez que atravesaban las tierras de un barón o magnate, Ram se presentaba con su hijo como emisarios de buena voluntad del Rey de Inglaterra. Se ocuparía luego de cualquier objeción que surgiera por parte de Rufus, si llegaba el caso.

—No quiero que nos perciban como una amenaza. Así podremos establecer buenas relaciones y alianzas que nos serán útiles en el viaje de regreso.

Más a menudo de lo que no, eran recibidos con la hospitalidad que la nobleza requería. Si

necesitaban alimentos y no había disponibles, intercambiaban bienes para conseguirlos. Ram dio órdenes estrictas de que no hubiera saqueos. Seguían lo que consideraban los rumores más fiables, pero, a medida que pasaban las semanas, Ram se frustraba porque nunca estaban seguros de estar en el camino correcto.

—No quiero tener que ir hasta Jerusalén para rescatar a Caedmon —se quejó—. ¿Quién sabe si siquiera querrá ser rescatado? Tal vez ya esté muerto.

—No pierdas la esperanza, papá —lo animó Baudoin—. Tengo un buen presentimiento. Lo encontraremos.

Por todas partes veían pruebas del paso de una gran horda de personas y animales. Ram percibía que sus hombres estaban conmocionados y disgustados por muchos de los escenarios que encontraban.

—Esta cruzada es un desastre —lamentaba con frecuencia—. Los cultivos están devastados, pueblo tras pueblo saqueado, mujeres violadas, desechos humanos y detritos ensucian el paisaje.

—Seguramente esto no es lo que tenía en mente el Papa cuando convocó la cruzada —comentaba Baudoin a menudo.

Después de seis infructuosas semanas, pasaron junto a la oxidada armadura que colgaba en las murallas de Zemun. Baudoin contempló la escena boquiabierto.

—Bueno, al menos esa historia era cierta. Espero que Caedmon no haya sido uno de los que perdió su armadura ese día, si pasó por aquí. Sobrevivir sin ella es ya bastante difícil.

Cuando llegaron a Niš, Ram se presentó nuevamente al comandante local como un emisario errante del Rey de Inglaterra, no un cruzado. Confesó que era un padre afligido en busca de noticias de su hijo, lo suficientemente ingenuo como para unirse a la cruzada.

El comandante expresó su comprensión, a través de un intérprete, mientras ofrecía una opípara comida a su importante invitado.

—Yo también tengo hijos. A veces debemos salvarlos de su propia insensatez. Y esta cruzada es pura estupidez. Aquí hubo una gran matanza por una discusión absurda sobre grano. Nos vimos obligados a matar a miles para restaurar el orden. Pero no sé si su hijo estaba entre los muertos. Aunque... escuché hablar de un caballero de Escocia que salvó la vida de un molinero.

La esperanza surgió en el corazón de Ram.

—¿Escocia?

—Sí, él y un caballero normando rescataron al molinero de morir ahogado.

—¿Un caballero normando? ¿El caballero escocés estaba con un normando? —Ram quería asegurarse de que no hubiera malentendidos por las diferencias idiomáticas.

Tranquilizado al escuchar el relato, Ram declaró:

—Seguiremos adelante. Mi esperanza ha renacido.

El comandante alzó las cejas, sin comprender del todo qué había despertado la renovada esperanza de su invitado.

—Como desee. La horda continuó hacia Constantinopla. Le proporcionaré una escolta.

Ram inclinó la cabeza, reconociendo el generoso ofrecimiento.

—Estamos en deuda con usted.

Llegaron a la gran ciudad y, tras varios intentos infructuosos, Ram logró asegurarse una audiencia con el emperador bizantino. Una vez ante el emperador, utilizó el mismo enfoque que en Niš, exponiendo su caso como un padre afligido.

Con el rostro sombrío, Alexio respondió:

—Mi estimado conde, yo deseaba la Cruzada. Debemos expulsar a los sarracenos de Tierra Santa, pero debemos hacerlo con un ejército adecuadamente equipado, no con una muchedumbre

de campesinos mal armados. Advertí a sus líderes que no procedieran contra los turcos. Les dije que este ejército campesino sería masacrado si insistían en avanzar hacia Asia Menor.

—Ellos no quisieron escuchar mis advertencias. Les arreglé el paso a través del Bósforo. Sólo puedo ofrecerle el mismo consejo y servicio si decide continuar. Pero es peligroso. Aunque cuenta con un contingente bien armado, no querrá enfrentarse al ejército turco. Son una fuerza letal.

Ram, cada vez más inquieto por estas referencias a un ejército de campesinos mal armados, comentó:

—A veces me pregunto, Baudoin, en qué se ha involucrado Caedmon.

—Había caballeros también. ¿No crees que Caedmon se habría aliado con ellos en lugar de con los campesinos?

Tras cruzar el estrecho, oyeron hablar de una división en el ejército, de la pérdida de autoridad de Pedro el Ermitaño y de la creación de una facción francesa.

—No sé por qué, pero siento que Caedmon se habría unido a los franceses. Su sangre normanda lo habría atraído hacia ese grupo. Después de escuchar la historia de los dos caballeros que salvaron al molinero, estoy más convencido que nunca.

Baudoin asintió.

—Yo también creo en mi corazón que fue Caedmon quien salvó al molinero.

Cuando las esperanzas frágiles comenzaban a florecer, se encontraron con un grupo de mujeres traumatizadas y ancianos que habían escapado de la masacre en lo que fue el campamento principal de los cruzados. Fue la peor noticia, la que nunca habían querido escuchar: todo el ejército cruzado había sido masacrado camino a Nicea.

—Es demasiado peligroso continuar —dijo Ram en voz baja, de pie junto a su caballo, mirando a los esqueletos humanos que eran todo lo que quedaba de la Cruzada Popular—. Debemos aceptar que no hay opción más que regresar. Nos llevaremos a estas personas con nosotros.

Dio la orden a uno de sus hombres para que asistieran a los desafortunados. Volviéndose hacia Baudoin, quien aún permanecía montado en su caballo, mirando incrédulo la condición de los sobrevivientes, Ram tragó con dificultad.

—Caedmon debe de estar muerto. Las probabilidades de que haya sobrevivido a este horror son demasiado escasas. Pediremos al emperador que nos permita descansar unos días en Constantinopla antes de emprender el largo viaje de regreso a Inglaterra. La esperanza ha muerto.

Baudoin desmontó, abatido, y abrazó a su padre. Permanecieron juntos durante largos minutos en silencio, compartiendo su dolor.

## Huida Desesperada

El fuerte abandonado no tenía techo, y los turcos que los sitiaban lanzaban lluvias de flechas contra los cristianos, matando a muchos. Luego se limitaron a esperar que los defensores murieran de hambre. Los normandos se reunieron para discutir sus opciones.

Caedmon había emergido como líder.

—Muchos hombres y caballos ya han muerto, no solo por los ataques, sino por la sed. Nuestra única esperanza es enviar un mensaje al otro lado del estrecho, al Emperador, y esperar que venga a rescatarnos. Intentaré escapar esta noche y encontrar una embarcación.

—Yo iré contigo —dijo Amadour de Vignoles.

—Podría ser un suicidio.

—Entonces será un honor morir contigo. Si me quedo aquí, de todas formas estoy condenado.

Sus amigos normandos estuvieron de acuerdo.

—Que el Señor los acompañe a ambos. No tenemos otra oportunidad. Buscaremos un lugar en los muros donde puedan escabullirse sin alertar a los turcos. Siempre hay un pasaje escondido en un castillo. Al menos en todos los castillos normandos —rieron, pero sin alegría alguna.

Mi padre estaría orgulloso de que ahora pueda conversar con mis amigos normandos. Espero que mi intento de pedir ayuda tenga éxito y pueda volver a verlos.

Este podría ser mi último apunte. Si no regreso y algún alma bondadosa encuentra este diario, que sepan que mi nombre es CAEDMON BRICE WOOLGAR, hijo de Lord Rambaud Montbryce, conde de Ellesmere en Inglaterra, y de Lady Ascha Woolgar, de Ruyton, Inglaterra. Soy esposo de Lady Agneta Woolgar, de Ruyton.

DESEO QUE MI ESPOSA SEPA QUE LA AMÉ.

Escribió dos gruesas líneas bajo la última frase, cerró el código, atornilló la tapa del tintero, sostuvo el diario contra su pecho por unos momentos, mientras rezaba por la bendición del Señor, lo besó y lo guardó cuidadosamente en su alforja. Se despidió de Abbot, que parecía percibir la callada desesperación de Caedmon al frotar su hocico contra su amo.

—Gracias, noble corcel. Me has ayudado a sobrevivir. Espero que volvamos a vernos —susurró, acariciando al caballo famélico.

Encontraron una puerta en la parte trasera de las ruinas, cubierta por vegetación. Cuando todo parecía tranquilo en el campamento turco, Caedmon y Amadour se deslizaron por ella y descendieron con cuidado por la empinada colina, alejándose de los turcos. El enemigo estaba acampado al otro lado, en el acceso a las ruinas, pero probablemente enviarían patrullas. Se alejaron del mar, su objetivo final.

Podían oír las voces turcas y percibir el penetrante olor de la comida cocinándose en su campamento. No querían tropezar accidentalmente con algún sarraceno errante. Era una noche tranquila, y el humo azul de las hogueras colgaba en el aire silencioso. Cualquier ruido podía llegar al enemigo.

Caedmon esperaba que los ocasionales gemidos ahogados de dolor y desesperación de los miserables exhaustos refugiados en las ruinas disfraczaran cualquier sonido que ellos pudieran hacer. La hierba resbaladiza dificultaba mantener el equilibrio en la oscuridad. Pasaron las manos por la hierba y lamieron la escasa humedad.

Cuando calcularon que habían avanzado lo suficiente, retrocedieron en dirección al agua, alejándose de Nicea. Encontraron un charco de agua fresca en una zanja y cayeron de cara al

suelo, apagando su sed rabiosa. Luego, se tambalearon durante otra hora más.

—Allí —exclamó Amadour, señalando un pequeño bote varado en la orilla.

El ánimo de Caedmon se levantó.

—Esto debería servir para bajar por el estrecho. Parece que no hay nadie cerca. Pongámoslo en el agua.

—Rezo por tener fuerzas suficientes para remar —jadeó Amadour.

—El viento ha comenzado a soplar. Esperemos que este tramo de agua no sea tan traicionero como el que hay entre Inglaterra y Normandía. Esta es una embarcación endeble.

Un viaje que debería haberles tomado una hora, les llevó dos.

—La ciudad parece acercarse y luego alejarse —se quejó Amadour, y Caedmon sospechó que los músculos cansados del normando sentían que estaban a punto de romperse, igual que los suyos. Exhaustos, sacaron el bote del agua. Dos guardias los abordaron mientras tambaleaban al llegar a la escarpada orilla. Temieron ser arrojados al calabozo, pero finalmente lograron hacer entender a los robustos bizantinos que eran cristianos cruzados en busca de ayuda.

\*\*\*

Ram tenía la intención de partir de Constantinopla al amanecer. Estaba desayunando con el Emperador cuando le llevaron un mensaje.

—Alteza, perdone la interrupción, hay dos cruzados que desean hablar con usted. Cuentan que escaparon de las ruinas cercanas a Civito. Dicen que hay muchos cristianos desesperados refugiados allí, atrapados por los turcos. Uno de ellos es inglés, el otro normando.

—¿Inglés y normando? Qué bien que está usted aquí, mi estimado conde, para ayudarme a hablar con ellos.

Cuando hicieron pasar a los hombres, Ram no reconoció de inmediato al desgraciado cubierto de sangre, aunque la noticia del mensajero había despertado su interés. Uno de los hombres tenía la barba sucia y descuidada; su rostro bronceado estaba demacrado. Estaba visiblemente agotado y desesperado por presentar su súplica al Emperador, a quien no apartaba la mirada.

—¿Traes un mensaje, joven cruzado de Cristo? —preguntó el Emperador.

—Su Alteza —respondió el hombre con voz ronca.

Alexio parecía sorprendido.

—Me dijeron que eras inglés. Pero suenas más como un escocés.

Ram se levantó de su asiento y caminó hacia el hombre.

—¿Caedmon? ¿Eres tú? Eres un rostro que he ansiado ver durante mucho tiempo.

\*\*\*

Desorientado, Caedmon dirigió su atención al hombre que había pronunciado su nombre. Tardó un momento en reconocerlo. No podía creer que fuera su padre, quien parecía irradiar felicidad al verlo. Las implicaciones de lo que su padre debió atravesar para llegar hasta Constantinopla, y los motivos de su presencia allí, golpearon a Caedmon de lleno. Cayó de rodillas, agradecido por el perdón de su padre.

—¿Monseigneur? Padre, no puedo creerlo. Viniste por mí... viniste a buscarme, al más ingrato de los hijos que cualquiera podría tener.

El hombre que había arriesgado su vida para acompañarlo desde las ruinas corrió en su ayuda.

—Amadour, c'est mon père, —le explicó Caedmon al confuso normando, justo cuando Ram lo levantaba del suelo y lo abrazaba.

—Agneta está esperando un hijo. Debemos regresar a Inglaterra lo antes posible.

Caedmon se levantó con dificultad.

-¿Un hijo?

El Emperador alzó la mano para interrumpir.

-Primero, ¿qué hay de esas ruinas abandonadas y los cruzados sitiados que languidecen allí? Amadour explicó:

-Alteza, hay miles que lograron refugiarse en las ruinas, pero están atrapados. Nosotros conseguimos salir y cruzar el estrecho para pedir ayuda. Los turcos los tienen bajo asedio. No hay comida ni agua.

Alexio llamó a un sirviente y dictó una orden. Luego se volvió hacia el conde y explicó:

-He ordenado que se envíe una escuadra de combate mañana, bajo el mando de Constantino Catacalon.

-Me gustaría acompañarlos, si es posible —declaró Ram.

El Emperador accedió a su petición.

-Me alegra que hayas encontrado a tu hijo. Te invito a llevarlo a tus alojamientos. Enviaré criados para atender sus necesidades. Tienen mucho de qué hablar. Nos ocuparemos de su compañero.

-Gracias, Alteza.

Ram pasó su brazo alrededor de los hombros de Caedmon y lo condujo a sus aposentos, murmurando:

-No puedo creerlo. Habíamos perdido la esperanza.

Baudoin estaba terminando los preparativos para partir y quedó claramente sorprendido al ver a su padre con un rufián de aspecto sucio y descuidado. Nunca había conocido a su medio hermano.

-Baudoin —dijo Ram, con la voz entrecortada—. Este es tu hermano. El Señor ha querido devolverlo con nosotros.

La mandíbula de Baudoin cayó abierta antes de esbozar una sonrisa.

-¿Caedmon?

Caedmon se sorprendió de que Baudoin también hubiera arriesgado su vida para buscarlo. ¿Qué clase de familia era esta a la que de repente pertenecía? Bajó la cabeza.

-Baudoin, he sido un necio egoísta. ¿Puedes perdonar mi estupidez y mi odio ciego?

-No hay nada que perdonar. Estabas perdido, y ahora has sido hallado —respondió Baudoin, alzando la mano derecha con la palma abierta en un gesto de hermandad. Caedmon imitó el gesto y se estrecharon las manos con fuerza.

-Necesitas un baño, hermano —dijo Baudoin, frunciendo el ceño con una sonrisa.

-Sí, seguro —rio Caedmon—. Me he acostumbrado, pero sé que...

Dos sirvientes llegaron a preparar un baño y su padre le aseguró que debía bañarse y descansar. Habría tiempo de sobra para hablar en el largo viaje de regreso, después de ayudar a rescatar a los desafortunados atrapados en las ruinas.

\*\*\*

A la mañana siguiente, el comandante turco encargado del asedio de Civito despertó temprano y, mientras estiraba sus músculos entumecidos, se mostró sorprendido al ver una escuadra de combate de la marina bizantina anclada en la bahía bajo su posición. Satisfecho al parecer de haber matado a la mayoría de los cruzados, retiró sus tropas.

Los cristianos llegaron a la orilla para liberar a los cruzados sitiados.

Caedmon se reunió con el abad.

Los dos hombres de Montbryce acompañaron al grupo de rescate, asombrados y

complacidos al ver que los amigos normandos de Caedmon lo saludaban con abrazos y efusivos agradecimientos en francés normando, a lo que él respondía con la misma facilidad.

-Parece que, después de todo, eres normando —bromeó Ram.

Su hijo sonrió y se encogió de hombros.

-Espera a leer mi códice —dijo Caedmon, sacando el diario de sus alforjas.

Los sobrevivientes fueron trasladados de nuevo a Constantinopla, el último vestigio de un “ejército” que había comenzado con cuarenta mil. Muchos estaban tan débiles que tuvieron que ser cargados fuera de las ruinas.

## Nacimiento

Mabelle echaba terriblemente de menos a Ram. Era la primera vez que habían estado separados durante tanto tiempo desde su cautiverio en Gales. Recordar ese terrible episodio le devolvía memorias dolorosas.

Rezaba a diario por la seguridad de sus hombres. Sabía que cuando Ram regresara estaría exultante si un nieto sano lo esperaba. Después de despedirlo en la expedición para recuperar a Caedmon, envió un mensajero a Shelfhoc Manor, invitando a Agneta y a Ascha a Ellesmere.

Agneta aceptó y viajó a Ellesmere con Tybaut y algunos hombres de armas.

Ascha optó por quedarse en Shelfhoc, alegando la presencia de sus huéspedes, los Brightmore.

Mabelle recibió a Agneta con calidez.

Agneta hizo una reverencia.

—Mi señora condesa, le estoy en deuda por invitarme aquí. Es difícil estar en Shelfhoc sin Caedmon. Lamento que hayamos traído este problema a su puerta.

Mabelle le ofreció su mano para ayudarla a levantarse.

—Lady Agneta, estas son dificultades que superaremos con oraciones y buena voluntad. Nos haremos compañía mientras rezamos y esperamos el regreso de los hombres que amamos. Lo único que podemos hacer es mantener la fe y apoyarnos mutuamente.

\*\*\*

Agneta recibió una habitación y se le asignó una doncella para atender sus necesidades. La doncella desempacó sus baúles. Como estaba embarazada, sabía que pronto la ropa no le quedaría, así que había llevado solo algunas cosas. Entre sus pertenencias estaba el puñal, que se había convertido en un talismán, un símbolo de esperanza por el regreso de Caedmon. Lo escondió en su cámara.

Poco a poco, ella y Mabelle se fueron conociendo. Un día, se atrevió a decir:

—Mi señora condesa, Caedmon no es su hijo. Es el hijo ilegítimo de su esposo y, aun así, usted lo ha aceptado, me ha aceptado a mí, y ha permitido que su esposo busque a Caedmon en un lugar donde tal vez él no quiera ser encontrado, un lugar lleno de peligros.

Mabelle levantó la vista de su costura.

—Agneta, aprendí hace mucho tiempo que si amas a alguien, puedes perdonarlo. Vivir mi vida sin Ram no sería vida. Siempre ha lamentado lo que hizo. Si me negara a perdonarlo, me estaría dañando a mí misma.

—Yo le dije a Caedmon que nunca podría perdonarlo por algo que hizo —murmuró Agneta.

—¿Qué hizo? —preguntó Mabelle con suavidad.

Agneta relató la historia de la muerte de sus padres y la participación de Caedmon en el ataque.

—Desde mi escondite pude notar que lamentaba lo sucedido. Pero he seguido haciéndolo sufrir por ello.

Mabelle la observó durante varios minutos antes de preguntar:

—¿Lo amas?

Agneta jugueteó con su bordado.

—Lo amo con todo mi corazón. Si no regresa...

—¿Alguna vez le has dicho que lo amas?

Agneta bajó la cabeza.

—No. Si lo hubiera hecho, tal vez habría podido enfrentar mejor el impacto de descubrir que el conde es su padre. Cree que no lo amo. Cuando se despreciaba a sí mismo, no tenía amor que amortiguara su caída.

Mabelle le dio unas palmaditas en la mano.

—No puedes culparte. Pero ahora tienes un hijo que considerar. Debes cuidarte, y entonces, si el Cielo quiere, tu bebé nacerá sano y tú sobrevivirás. Cuando Caedmon regrese, debes decirle cuánto lo amas.

—Lo haré —suspiró Agneta.

Decidió que la condesa tenía razón. Se cuidó durante todo el embarazo y mantuvo una actitud positiva sobre el regreso de Caedmon. La alternativa era insoportable. En su noveno mes, cuando ya estaba grande, caminaba a diario y comía los buenos alimentos que Trésor preparaba para ella. Estaba decidida a que su bebé creciera al menos con uno de sus padres. Después de todo, su suegra había criado a Caedmon sola en circunstancias difíciles.

Mabelle le brindó a Agneta los mejores cuidados. Tenía muchas preguntas, y la condesa pudo disipar algunas de sus temores. El día que comenzó el trabajo de parto no estaba tan asustada como había estado al principio, y lo enfrentó con serenidad. Mientras se esforzaba en la silla de partos, luchando contra el dolor, se concentró en Caedmon: su sonrisa, su rostro, su cabello, sus manos, su cuerpo, el sonido de su voz ronca. Imaginaba darle la bienvenida a casa, mostrándole a su hijo por primera vez.

La presencia de Mabelle, quien insistió en ser la que la apoyara durante la mayor parte del parto, le dio consuelo. Agneta bromeó diciendo que le contaría a su hijo que había nacido con la ayuda de una condesa.

Las últimas hojas se aferraban a los árboles mientras los fríos vientos otoñales los azotaban. Agneta nunca había tenido tanto calor en su vida como durante el parto, y en la tarde de su segundo día de labor, escuchó el llanto de su primogénito.

—Es un niño —exclamó Mabelle—. Un hermoso y fuerte niño. Tiene el cabello negro de Caedmon.

La partera estaba preocupada.

—Mi señora, hay otro bebé —susurró a Mabelle.

—¿Qué sucede? —gimió Agneta—. ¿Mi hijo?

—No —la tranquilizó Mabelle, secándole el sudor de la frente—. No te preocupes. Pero necesitaremos marcarlo de alguna manera. Hay otro bebé. Necesito un cuchillo, algo para marcarlo.

La partera le pasó un cuchillo, pero Agneta la detuvo.

—No, ve al armario. En el fondo hay un puñal envuelto en tela. Usa ese. Es una reliquia de mis ancestros vikingos.

Mabelle encontró rápidamente el arma y marcó el antebrazo del bebé para identificarlo como el primogénito. Minutos después, Agneta dio a luz a una diminuta niña. Estaba exhausta, pero los cuidados que ella y Mabelle habían tomado con su salud le dieron fuerzas, y la partera le aseguró que todo estaba como debía. La limpiaron y la ayudaron a acostarse. Después de un rato, le llevaron a los dos recién nacidos, envueltos y hambrientos. Mabelle le puso a la niña en el pecho.

—No es la primera nacida, pero es pequeña y te necesita primero —dijo—. Los ojos azules de Ram brillarán de orgullo al ver a estos nietos. Ahora octubre tendrá un recuerdo feliz asociado.

## El Largo Camino A Casa

—Descansaremos unos días antes de comenzar el viaje de regreso —decidió Ram—. La prueba ha pasado factura a tu cuerpo, Caedmon, pero eres fuerte y pronto recuperarás tu vigor. Tienes buena sangre.

Caedmon sonrió ante el guiño de su padre.

—Con la generosa hospitalidad del Emperador, confío en que tienes razón —respondió, acomodándose y colocando los pies sobre un escabel.

—Baudoin y yo nos hemos reunido con los caballeros normandos que sobrevivieron contigo. Todos expresaron su gratitud por salvarles la vida. Te elogiaron como un hombre de fortaleza, que soportó con valor y entereza los retos y penalidades del viaje. Estoy orgulloso de ti, hijo mío.

—No lo habría logrado sin Amadour de Vignoles —respondió Caedmon.

—He invitado a Amadour y a los demás a unirse a nuestras fuerzas, si lo desean. Se sintieron honrados al reconocer el nombre Montbryce. Aliarse con nuestra familia podría traerles esperanza renovada tras el terrible fracaso de esta cruzada. Una vez que lleguemos a Normandía, si cumplen con nuestros estándares, podrán quedarse en el castillo de Saint Germain o acompañarnos a Inglaterra.

Caedmon se puso de pie de un salto.

—¿Está Burel entre ellos? —preguntó.

Ram levantó la mano en señal de tranquilidad.

—No, todos hablaron de su incompetencia y arrogancia.

Caedmon volvió a sentarse, pero no sin antes tomar otro puñado de uvas de la abundante mesa dispuesta por el Emperador.

—Así debe ser.

Ram se sirvió un dulce y se unió a su hijo en el diván.

—Baudoin está asegurándose de que los hombres de armas afilen sus armas, reparen las armaduras y preparen los caballos antes de partir. El regreso a Inglaterra no será fácil.

—Hablando de caballos —dijo Caedmon—, Abbot ha soportado la prueba de manera notable. Tal vez no estaría aquí hoy si no hubiera seguido adelante. Gracias al Cielo por el buen ojo de Tybaut para los caballos.

Ram asintió.

—Sé cómo te sientes. Yo tuve un corcel llamado Fortis que me mantuvo con vida en Hastings. Quizás algún día te cuente la historia.

\*\*\*

Después de unos días de descanso, todos estaban ansiosos por emprender el camino de regreso a casa.

—Pareces un caballero bizantino —se burló Baudoin cuando vio por primera vez a su hermano con el nuevo equipo que le había proporcionado Alexios. Caedmon llevaba una fina cota de malla nueva, un peto de cuero laminar encima, brazales y grebas de metal, además de casco, ropa y botas. Las suyas estaban irreparables.

Decenas de miles de personas aún acudían en masa a unirse a la próxima cruzada, y Ram consideró más seguro seguir las rutas que aquellos viajeros tomaban, aunque en dirección opuesta. Aunque había riesgos, sería más seguro que atravesar territorios poco transitados donde podían ser vulnerables.

—En lugar de seguir el Danubio, hemos decidido cruzar Macedonia por tierra hasta Dyrrhachium, que irónicamente cayó brevemente en manos normandas hace muchos años. Desde allí tomaremos un barco a través del Adriático hasta Bari, en Italia.

—No estoy seguro de por qué quiero ir por la ruta marítima —se quejó Ram mientras hacían sus planes—. Soy un pésimo marinero.

—Yo también —admitió Caedmon.

Al igual que al inicio de mi viaje, no pude dejar de vomitar durante toda la travesía por el Adriático, pero ahora sé de quién heredé esta dolencia. El conde estaba tan enfermo como yo. Baudoin lo consideró divertido. Bari estaba envuelta en niebla proveniente del mar, y el desembarco fue complicado.

\*\*\*

Desde el talón de Italia, se dirigieron al Ducado de Nápoles. Al principio atravesaron colinas onduladas, pero el terreno se volvió más difícil al seguir senderos por altas montañas redondeadas, a veces vislumbrando aldeas encaramadas en lo alto.

—El magnífico Arco de Trajano en Beneventum es testimonio de la antigüedad de estas ciudades por las que estamos pasando. El conde parece haber hecho un aliado del arzobispo de este bastión papal. Nos ha obsequiado con algo del excelente vino de esta región. Lo hemos empaquetado bien, y el conde espera que podamos llevarlo con seguridad a Ellesmere. Quiere que su condesa lo pruebe. Habla de ella tanto como yo de Agneta.

Estoy empezando a adquirirle gusto a las aceitunas.

\*\*\*

Ram, Caedmon y Baudoin tuvieron muchas horas para conocerse, y parecía que el respeto y afecto mutuos crecían. Un día, la conversación giró hacia la Batalla de Alnwick, donde Agneta había encontrado a Caedmon herido en el campo de batalla.

—Debo decirte, mi señor Rambaud —confesó su hijo—, que esta cruzada ha resucitado recuerdos de Alnwick que preferiría no revivir. Escucho los gritos de los heridos y moribundos. Nunca olvidaré el miedo desgarrador. No es muy normando de mi parte revelar algo así.

Ram se movió en la silla, y hubo silencio antes de que respondiera.

—Caedmon, un guerrero que dice que nunca ha tenido miedo es un mentiroso. Te aseguro que durante la Batalla de Hastings, estaba aterrorizado. En un momento, pensé que me habían decapitado y que estaba mirando mis propios ojos muertos. Luego me di cuenta del horror: el golpe había decapitado al caballero que cabalgaba a mi lado.

De repente, se dio cuenta de que nunca había contado a nadie sobre su casi decapitación. Pero Caedmon había luchado y caído en una batalla igualmente horrenda.

—Las imágenes y sonidos de ese día me han perseguido toda la vida. Pero el valor no es la ausencia de miedo. Es actuar a pesar de él. Cuando tomaste la decisión de huir de la ruina abandonada y navegar a Constantinopla en busca de ayuda, ¿no tenías miedo?

—Sí, lo tenía. Pero tienes razón. Tuve que actuar a pesar del miedo. Escuché las voces turcas en su campamento, pero seguí adelante.

—Eso te convierte en un hombre de gran valentía —respondió Ram con orgullo—. Salvaste miles de vidas.

—Pero fui un cobarde cuando supe que eras mi padre. Hice las maletas y huí de mis miedos entonces —lamentó Caedmon.

Ram reflexionó durante un rato, contemplando el paisaje que los rodeaba.

—Creo que cuando experimentamos un gran impacto, violencia, malas noticias, algo completamente inesperado, nuestro cuerpo reacciona de diversas maneras. El tuyo eligió olvidar

en Alnwick. Cuando entendiste que eras mi hijo, eligió la negación y la huida. Después de Hastings, yo traté de superar mi agitación emocional y la frustración por haber perdido el enfrentamiento con un rebelde galés, buscando consuelo con tu madre, quien también necesitaba consuelo. Mabelle había cancelado nuestro compromiso. Ambos habíamos sufrido una pérdida y tu madre enfrentaba un futuro lleno de temor.

Era la primera vez que los dos hombres hablaban sobre la unión entre Ram y Ascha.

Caedmon guardó silencio durante largos minutos antes de decir:

—Estoy listo para escuchar toda la historia.

Comenzando con los preparativos para la invasión y sin omitir nada, Ram relató a su hijo cómo había llegado a ser concebido, terminando con el relato de la huida de Ascha a Escocia. No intentó justificarse por lo que había hecho.

—No fuiste concebido en un acto de violencia, Caedmon. De hecho, lo recuerdo como un breve momento de belleza en medio de un mar de desesperación y horror. No amaba a tu madre, pero nos brindamos mutuamente lo que desesperadamente necesitábamos. Fue una unión mutua. Ninguno forzó al otro. Después, me aseguré de que estuviera protegida y de que el señorío estuviera a salvo.

—Pero en el instante en que me viste supiste que era tu hijo, y aun así no elegiste luchar, huir ni negar. De inmediato decidiste enfrentar la realidad y aceptarla.

—Eso se debe, querido hijo, a que soy mucho mayor, y por ende más sabio que tú —respondió Ram, sonriendo—. Y he tenido la inmensa fortuna de ser algo poco común: un noble casado con una mujer que me ama y que me ha enseñado que, sin amor, la vida tiene poco sentido.

—Desearía ese tipo de amor con Agneta, pero dudo que quiera verme cuando regresemos a casa. Es la segunda vez que le causo un dolor insoportable.

Le contó a Ram sobre el ataque a Bolton.

—¿La amas?

Caedmon no pudo hablar por unos minutos, pero finalmente tragó saliva y admitió:

—Ha sido todo lo que he pensado durante esta larga odisea. En medio de las penurias, las estúpidas disputas entre los diferentes grupos, el caos, la matanza... fue el recuerdo de Agneta lo que me mantuvo cuerdo, lo que me permitió seguir adelante. Ella era mi faro de esperanza.

Ram asintió, complacido de que su hijo hubiera encontrado un gran amor.

—¿Le has dicho que la amas?

—No. Sabía, cuando le pedí que fuera mi esposa, que nunca podría amarme debido a mi participación en el ataque. Estaba dispuesto a conformarme con la pasión que compartimos.

Ram rió.

—Esto me suena notablemente a historia repetida. Mabelle y yo pasamos muchos años tratando de negar que nos amábamos. Hizo falta un cruel secuestro y separación para que nos diéramos cuenta de que, sin el otro, la vida no valía la pena.

Cuando Caedmon lo miró inquisitivamente, Ram le contó la historia del secuestro de Mabelle por Rhodri. Baudoin se acercó para viajar junto a ellos mientras Ram narraba.

De repente, Caedmon detuvo su caballo abruptamente.

—¿Rhodri ap Owain? ¿Él secuestró a tu familia?

Ram detuvo su caballo, al igual que Baudoin.

—Oui. ¿Por qué tienes esa expresión de sorpresa?

Caedmon negó con la cabeza.

—No lo creerás, pero Rhodri ap Owain me salvó la vida.

Les relató a Ram y a Baudoin cómo Rhodri lo había rescatado de morir ahogado.

—Es curioso cómo la vida da vueltas inesperadas, ¿verdad? —comentó Baudoin—. Papá, cuéntale el resto de la historia sobre Rhodri y Rhonwen.

Pusieron los caballos en marcha nuevamente.

—Rhodri ap Owain y yo tenemos una especie de entendimiento tácito. No ha atacado ninguna de mis tierras desde el secuestro.

—¿Fue parte del acuerdo por el rescate?

—Non. Se casó con Rhonwen, la curandera de Ellesmere que fue secuestrada junto a mi esposa y mis hijos. Rhonwen era como una hija para mi esposa. Aunque llamamos a nuestra hija Rhoni, su nombre es Hylde Rhonwen, y la hija mayor de Rhodri se llama Myfanwy Mabelle. Rhonwen nos ha visitado muchas veces en Ellesmere, a menudo trayendo a sus hijos. Tienen cinco ahora: tres varones y dos niñas. Baudoin probablemente pueda decirte sus nombres.

Baudoin sonrió.

—Oui, además de Myfanwy Mabelle, están Rhys, Rhun y Rhydderch, que son gemelos, y Carys. Durante mi cautiverio, Rhodri me enseñó tácticas útiles de incursión y defensa. Me agradaba.

Caedmon asintió mientras escuchaba el relato. Luego sonrió.

—Rhys ayudó a rescatarme, y Rhodri me habló de Rhonwen y su amistad con tu esposa. No es de extrañar que me mirara de manera extraña cuando le dije que sería bienvenido en Shelfhoc. Haciendo memoria, me dijo entonces que le recordaba a ti.

Ram negó con la cabeza y rió.

—El astuto viejo zorro probablemente ya haya adivinado tu parentesco.

—Rhodri en realidad nos salvó a todos al matar a Philippe de Giroux justo cuando estaba a punto de decapitar a Robert —dijo Baudoin—. Yo, por mi parte, nunca olvidaré esa experiencia.

Ram añadió:

—Rhodri fácilmente podría haberme eliminado en Ruyton, pero eligió no hacerlo.

—No mencionaste el nombre del rebelde con el que luchaste en Ruyton. No sabía que era Rhodri.

—Oui. De cualquier modo, lo primero que les dije a Robert y Baudoin cuando los vi nuevamente, después de que se pagó el rescate, fue que los amaba. Y descubrí que no era tan difícil. Afortunadamente, Mabelle no sufrió abusos durante su cautiverio, pero si lo hubiera hecho, no habría cambiado mis sentimientos hacia ella. Si quieres el consejo de un padre —le guiñó a Caedmon—, dile a Agneta que la amas.

—¿Y si no me ama también?

—Sigue diciéndoselo. Una y otra vez. Demuéstrale que la amas. Apenas conozco a Agneta, pero creo que descubrirás que se preocupa profundamente por ti. Una mujer puede decir que solo se casa por pasión, pero... tal vez Agneta estaba tan asustada como tú de confesar su amor, temiendo que tú no la amaras a ella.

\*\*\*

Tengo mucho que aprender del conde... ¿debería llamarlo padre?

He visto un volcán por primera vez, el imponente Mons Vesuvius. Dicen que no ha hecho erupción en dos décadas, pero es una visión sobrecogedora. Dramáticas nubes de humo aún se elevan desde la boca de la bestia.

Al salir de Nápoles, siguieron la costa hacia el norte. En Roma, el conde buscó a miembros de las poderosas familias Frangipani y Pierleoni. Más tarde, mientras descansaban en una lujosa estancia proporcionada por los Frangipani, explicó sus ideas a Baudoin y Caedmon.

—Estoy satisfecho con nuestras conversaciones con ellos. Serán contactos excelentes. El mundo está cambiando. Las cruzadas abrirán rutas de comercio y oportunidades como nunca antes. Miradnos a los tres. Al igual que miles de otros, estamos atravesando nuevas tierras.

Tomó una pera de un cuenco de frutas y se sentó nuevamente, frotándose las rodillas.

—Tengo que empezar a comer más fruta. Demasiada comida rica en Constantinopla empeoró mi reumatismo. Los viajes tampoco ayudan. En fin, ¿qué estaba diciendo? Ah, oui. Antes, la gente vivía en un solo lugar y nunca lo abandonaba. La riqueza de estos dos clanes patricios proviene del comercio, no de las tierras. Necesitamos aliados como ellos. Así, Inglaterra y Normandía podrán beneficiarse de las nuevas rutas comerciales que se desarrollarán.

—Tengo entendido que los Frangipani y los Pierleoni son enemigos acérrimos —comentó Baudoin.

Ram se llevó un dedo a los labios y susurró con una sonrisa:

—Lo son. Por eso me reuní con ellos por separado. Sin embargo, ambos comprenden el poder del dinero. Es irónico que la familia Pierleoni, descendiente de judíos, sea la mayor protectora de los papas.

Roma ha resurgido de las cenizas como el fénix del mito antiguo. ¿Podré yo reconstruir mi vida con Agneta, después de destruir sus esperanzas y sueños?

\*\*\*

El clima se tornó frío, ventoso y húmedo mientras cruzaban la Toscana, pasando por Siena y llegando a Florencia, donde asistieron a misa en la Basílica de San Miniato al Monte. Salieron bajo un brillante sol y observaron a los artesanos y canteros trabajando en los altos andamios del exterior del baptisterio vecino. Baudoin se alejó para explorar el otro lado de las renovaciones.

—Es un trabajo increíblemente decorativo —comentó Ram a Caedmon, cubriéndose los ojos con una mano para protegerse del resplandor.

—Sí, en verdad lo es.

De repente, se escuchó un grito frenético desde lo alto. Una parte del andamio había colapsado y una gran losa de mármol colgaba precariamente. Baudoin estaba justo debajo, pero parecía no haber oído.

Caedmon corrió hacia su medio hermano, agitando los brazos.

—¡Baudoin!

Cuando Baudoin se volvió, Caedmon se lanzó hacia él, empujándolo fuera del camino justo cuando el mármol se desplomaba. El bloque se hizo añicos al impactar a pocos centímetros de donde yacían, y los fragmentos se esparcieron a su alrededor. Caedmon protegió a Baudoin con su cuerpo, pero un afilado trozo le atravesó el hombro, incrustándose en su carne.

—Mon Dieu —jadeó Baudoin—. ¿Qu'est-ce qu...?

—¡Mes fils! —gritó Ram al llegar junto a ellos—. Mis hijos, gracias al Cielo, estáis a salvo. Godemite, Caedmon, estás herido. Tu hombro está sangrando.

—¿Qué? —dijo Caedmon con una carcajada.

Ram lo miró con extrañeza.

—¿Qué es tan divertido?

—Es la primera vez que te escucho decir una palabra sajona.

Ram rió.

—Tienes razón. Aquí tienes otra: Oli Crosse, debemos atender eso.

Caedmon no había sentido nada hasta que vio el mármol incrustado en su carne, y entonces la bilis subió a su garganta. Para ese momento, una multitud frenética de animados florentinos se había reunido, disculpándose y ofreciendo ayuda. Varios de los hombres de Ram también habían

acudido al lugar, listos para proteger a su señor de cualquier peligro.

—Vite —ordenó Ram a uno de sus hombres—. Trae a nuestro médico.

—Oui, milord.

\*\*\*

—Te debo la vida, Caedmon.

—Tú habrías hecho lo mismo, Baudoin.

Caedmon estaba adormilado en una enorme cama en la opulenta villa de un noble florentino que había presenciado el incidente. El hombre les había ofrecido su hospitalidad, y el conde había expresado su alegría por haber establecido otro buen contacto en Italia.

—Esperemos que sea cierto —Baudoin deambulaba por la habitación, tomando adornos y examinándolos—. Es la primera vez que tú y yo tenemos la oportunidad de estar a solas. De hablar con sinceridad.

Caedmon se giró, apoyándose en un codo.

—Dilo ahora. No debería haber malentendidos entre nosotros.

Baudoin se acomodó en el borde de la cama.

—Cuando supe de tu existencia, compartí las dudas y resentimientos de Robert.

Caedmon se encogió de hombros, pero no debió hacerlo. Le dolió.

—Puedo entenderlo. Fue una reacción natural. La ira casi me destruyó.

Baudoin negó con la cabeza.

—Pero decidí pronto que albergar esos sentimientos a largo plazo solo haría daño a nuestra familia.

Caedmon se mordió el labio inferior.

—Eres un hombre más sabio que yo.

Su medio hermano vaciló, luego prosiguió:

—Pero... aun así... nunca pensé que llegaría a apreciarte, incluso a quererte, como a un hermano.

Caedmon sintió cómo su rostro enrojecía y su corazón se aceleraba.

—No tienes que...

Baudoin se puso de pie.

—No, Caedmon. No digo estas cosas porque me salvaste la vida. Una y otra vez, durante nuestro viaje, me he dado cuenta de que me siento atraído hacia ti. Eres un hombre digno de respeto, y es un honor tenerte como hermano.

Caedmon estaba abrumado. Siempre había sido hijo único.

—El honor es mío, Baudoin. Merci.

Se estrecharon las manos.

—El médico dice que estarás listo para viajar mañana. ¿Cómo te sientes? No será fácil con el brazo atado al cuerpo.

—Estaré listo.

Cuatro días después, llegaron al puerto de Génova. El médico de los Montbryce examinó el hombro de Caedmon y declaró que estaba lo suficientemente recuperado para quitarle las vendas.

—Eres afortunado, muchacho. Pareces sanar rápido —dijo el confiable normando.

—Como la mayoría de nosotros en la familia Montbryce —comentó Ram—. Recuerdo que cuando mi hermano Hugh fue herido en Hastings, se recuperó de manera sorprendente. Me acompañó a Ellesmere la primera vez que fui. Qué shock fue aquello, te lo aseguro. El castillo que me concedió el Conquistador era un terraplén en ruinas.

—Pero basta de recuerdos —prosiguió—. Últimamente me doy cuenta de que hago eso

mucho. Como decía, supuestamente el obispo de Génova gobierna aquí en nombre del emperador, pero Frangipani me contó que familias de mercaderes como los Adorno tienen el poder. Esta ciudad tiene una de las armadas más grandes y poderosas de todo el Mediterráneo.

Ojalá Agneta pudiera ver alguno de estos lugares. El Mediterráneo no se parece a ningún otro mar que haya visto antes. Evoca recuerdos de Heysham, aunque dudo que estas aguas sean tan frías. Me pregunto si Leofric y Coventina ya se habrán casado.

Los romanos lo llamaron con arrogancia Mare Nostrum, "Nuestro Mar", pero ¿dónde está ahora su imperio? Los normandos deberían tomar nota.

Siguieron la costa, pasando por la colonia genovesa de Monoikos antes de adentrarse tierra adentro. Esperaban así evitar las dificultades de cruzar los Alpes. Aun así, les tomó cuatro días llegar a Arlés, desde donde se dirigieron hacia el norte, bordeando las orillas del Ródano hasta Lyon, con el macizo central elevándose al oeste y los imponentes Alpes al este. Estaban fríos, mojados y hambrientos cuando llegaron a Lyon. Encontraron una posada con una amplia casa de baños comunal y aprovecharon para entrar en calor.

—Estuve tentado de abrir el vino de Benevento cuando luchábamos contra el viento —admitió Ram—. De hecho, deberíamos haber traído una botella aquí para disfrutar, en lugar de esta bazofia.

Caedmon y Baudoin estuvieron de acuerdo, pero continuaron bebiendo el vino inferior.

—Es una lástima que no viajemos en la otra dirección. Podríamos haber dejado que la feroz corriente del Ródano nos llevara hasta el mar —bromeó Ram, relajándose en el agua caliente. Dejó escapar un largo suspiro—. Esto es bueno para mis rodillas. Si tuviera aquí a tu madre, Baudoin, para atender mis otras necesidades, sería un hombre feliz.

Caedmon miró a Baudoin. El vapor ya había enrojecido su cara, así que era difícil decir si el comentario sugerente de su padre lo había avergonzado.

—Dada tu tendencia al mal de mar, mejor que vayamos en la otra dirección —bromeó Caedmon—. ¿Cómo va tu hombro?

—El frío lo deja rígido, pero está sanando. El agua caliente ayuda.

El camino se hizo más llano y fácil, y en una semana habían llegado a Alençon, donde planeaban quedarse con Antoine, el hermano de Ram, quien ahora gobernaba ese castillo en su nombre.

—Muchos recuerdos aquí —observó Ram al acercarse al castillo—. La primera vez que vine, Antoine y yo tuvimos que resolver el misterio de la repentina muerte del señor, Arnulf, el medio hermano de mi esposa. Les contaré la historia más tarde.

—¿Antoine sabe de mí? —preguntó Caedmon.

—Robert se lo dijo cuando regresó a Normandía.

—¿Cuál será su reacción?

—Antoine te aceptará. Es un hombre compasivo. Podría contarte historias sobre él y Hugh, a quienes conocerás en unos días en Domfort, pero dejaré que sean ellos quienes lo hagan.

Como había predicho Ram, Antoine, Hugh y sus familias les dieron una cálida bienvenida. Caedmon se sorprendió al saber que ambos hermanos se habían casado con mujeres que no eran normandas.

Quedó fascinado con la historia que Antoine contó sobre cómo él y su hermano conocieron y rescataron a sus esposas de circunstancias opresivas. Que Antoine hubiera adoptado y criado como propio a un niño enano que no era su hijo atestiguaba el profundo amor que sentía por Sybilla y su noble naturaleza. Sus hijos, conocidos como Adam el Gigante y Denis el Enano, eran prueba de ello. El amor y respeto que los hermanos compartían entre sí y con sus padres

conmovió profundamente a Caedmon. Nunca había tenido un hermano, aunque él y Leofric siempre habían sido grandes amigos.

Hugh relató la misma historia, como había predicho Ram, pero su relato sobre el angustioso juicio presidido por Guillermo el Conquistador avivó viejos resentimientos en el corazón de Caedmon.

Dos días después, cuando llegaron a Calvados, Ram quiso que Caedmon viera el castillo ancestral de Montbryce en Saint Germain y admitió que deseaba pasar un tiempo allí, aunque estaba ansioso por regresar con Mabelle.

Robert se encontraba en el castillo y Caedmon se reunió con él de nuevo. Fue una oportunidad para conocerse mejor. Compartieron uno o dos vasos del aguardiente de manzana Montbryce, y Baudoin le contó a su hermano sobre los acontecimientos de la cruzada y el rescate.

—Esa es una increíble historia de valentía, Caedmon. Te saludo —dijo Robert, tras escuchar sobre la fortaleza abandonada.

—No solo eso, mon frère, Caedmon me salvó la vida en Firenze.

Robert no apartó la mirada de Caedmon mientras Baudoin relataba la historia.

—¿Y cómo está tu hombro ahora, mon frère? —le preguntó.

—Está curado. Si hubiera llevado mis brazales metálicos, no me habría herido, pero veníamos de misa. Este aguardiente de manzana es excelente.

—También deberíamos brindar por Baudoin —dijo Ram con una sonrisa, evidentemente consciente de la incomodidad de Caedmon ante tanta atención—. Esta ha sido una experiencia que te ha cambiado la vida, mon petit, ¿verdad?

—Merci, papá —respondió el tímido Baudoin.

—Te será de gran utilidad cuando te conviertas en el Segundo Conde de Ellesmere.

Baudoin y yo nos hemos hecho amigos en este viaje. Es un hombre callado, pero de gran inteligencia y fortaleza. Nuestro padre ha visto en él virtudes que antes no veía. Creo que ha vivido a la sombra de Robert. Muchos de los cruzados normandos que regresaron con nosotros han elegido quedarse en Saint Germain, y el resto viajará con nosotros a Inglaterra. Amadour se quedará en Montbryce. Fue difícil despedirme de él.

\*\*\*

—Se acerca la Navidad y quiero regresar a casa para pasar las fiestas con Mabelle.

—Y yo estoy ansioso por saber cómo está Agneta, con el bebé. He estado fuera once meses. Rezo porque el niño haya nacido sano y mi esposa esté bien.

—El bebé debe tener ya unos tres meses. Mi primer nieto.

Mientras se alejaban del hogar de la infancia de Ram, Caedmon dijo:

—Ahora entiendo el orgullo que siente por su legado, mi lord Rambaud. Normandía es una tierra hermosa.

—Oui, mi orgullo está en la tierra, pero es mucho más que eso. No he podido vivir en mi país durante treinta años. Es la sangre de la que estoy orgulloso: la sangre de los Montbryce, la misma sangre que corre por tus venas. Pero cada uno llevamos dos familias en nuestro nacimiento. Tú también tienes sangre sajona noble. No es la sangre de los Woolgar, como creías, sino la de la orgullosa familia de tu madre. Tú representas el futuro del país de tu madre, la unión de nuestros dos grandes legados. Sabes, por supuesto, que nuestro Conquistador era hijo bastardo, ¿verdad? Pero, ¿sabías que cuando era duque de los normandos firmaba los documentos oficiales como Ego Willelmus Cognomine Bastardus? Hizo de su bastardía su mayor fortaleza. Conviértela tú también en la tuya, y nunca podrá ser usada para herirte.

Caedmon se irguió, incómodo.

—Puedo aceptar que soy mitad normando y sentirme orgulloso de ello, pero nunca aceptaré la brutalidad con la que el Conquistador gobernó el país de mi madre. No es un hombre al que desearía parecerme.

Cabalaron en silencio un rato hasta que Ram habló de nuevo:

—Nunca se lo confieso a nadie fuera de mi familia, pero ha habido muchas veces que también me he sentido horrorizado por la brutalidad de algunos de mis compañeros normandos, incluido Guillermo. Si el rey hubiera insistido, no me habrían permitido rescatar a Mabelle en aquellos años. Creía firmemente que no debía financiar rebeldes. Nos habría costado la vida a mi familia y a mí.

—Pero conocía a Guillermo, luché a su lado. Habría dado mi vida por él sin dudarlo. Fue un gran guerrero, un hombre que salvó a Normandía de la anarquía y la llevó a la grandeza. Me enorgullecí que me considerara su amigo.

Caedmon reflexionó sobre las palabras de su padre mientras cruzaban el agua hacia Dover. Había pensado que nunca volvería a ver Inglaterra, y ese regreso lo conmovió, porque el conde tenía razón: él representaba el futuro, y no se ganaba nada viviendo en el odio. El mañana no podía edificarse sobre tumbas. Tratar de alcanzar el futuro a través del pasado era inútil. Rezó para que Agneta lo recibiera de regreso. Juntos podrían construir el porvenir de su Inglaterra.

La voz de Ram irrumpió en sus pensamientos.

—Por cierto, necesitamos otra manera de que me llames en lugar de “mi lord Rambaud”.

—Sí, mi l... Lo siento. Ya se me ha hecho costumbre.

Quería llamarlo padre, pero aún tenía presente que ese hombre era uno de los más poderosos de Inglaterra y Normandía.

—¿Cómo quiere que lo llame?

—“Padre” estaría bien —respondió Ram con una sonrisa—. O mon père, si quieres practicar tu francés.

Intercambiaron una sonrisa mientras ocupaban sus posiciones junto a Baudoin para ayudar a llevar el bote a la orilla.

## Vuelta A Casa

Para Lady Ascha Woolgar, en Shelfhoc Hall,  
Me complace enviarle la buena noticia de que su hija por matrimonio ha dado a luz sana y salva. Creo que es importante que venga a Ellesmere. Será bienvenida aquí.

Mabelle, condesa de Ellesmere.

Mabelle tenía una sonrisa traviesa en el rostro.

—¿Qué opinas, Agneta? No quiero que se entere de que has dado a luz mellizos hasta que llegue.

Agneta la miró con curiosidad y leyó la carta de nuevo.

—¿Le darías la bienvenida? Es la mujer con la que tu prometido se acostó.

—No representa ninguna amenaza para mí ni para ninguno de nosotros. Debe de estar devastada por lo de Caedmon y, sin duda, ansía verte y conocer a sus nietos. Será toda una sorpresa para las dos.

La carta fue enviada y se recibió una respuesta tres días después.

Para la condesa de Ellesmere,

Le estoy en deuda por las buenas noticias sobre mi Agneta. Siguiendo su sugerencia, viajaré a Ellesmere. Le agradezco, condesa, por su amable consideración. Deseo expresarle mi pesar por no haber revelado nunca la existencia de Caedmon al conde, y por el impacto que sin duda debió de suponer para usted y su familia descubrirlo. Le ruego humildemente su perdón. Nunca fue mi intención causar mal alguno. Rezo por el seguro retorno de su esposo y su hijo, y agradezco al Cielo, el nacimiento de un niño sano que pueda ocupar el lugar de Caedmon, en caso de que mi hijo no sea encontrado.

En penitencia y con la esperanza de su perdón,

Lady Ascha Woolgar

Así fue como Lady Ascha Woolgar llegó al castillo de Ellesmere una semana después. La condujeron al Gran Salón, donde la condesa la recibió. Ella se postró ante Mabelle.

—Mi lady condesa, perdone por mi pecado. Perdone mi libertinaje que ha causado esta terrible desgracia.

—Por favor, levántese, Lady Ascha. Ninguno de los aquí presentes le guarda rencor. Estoy segura de que las secuelas de Hastings debieron de ser una pesadilla para usted. Está ansiosa por ver a su hija por matrimonio y conocer a sus nietos.

Ascha se levantó lentamente y alisó las faldas de su vestido. Entonces las palabras de Mabelle parecieron penetrar.

—¿Nietos?

—Oui, son dos, un niño y una niña.

Ascha pareció quedarse atónita.

—Mi padre, Sir Gawain Bronson, era mellizo, pero su hermana murió al nacer.

Mabelle sonrió al escuchar aquello.

—La niña que Agneta dio a luz es muy pequeña, pero creo que es una luchadora.

—¿Y qué noticias hay del conde, de su hijo y de Caedmon? —preguntó Ascha con cautela.

—Aún no tenemos noticias. Pero debemos mantener la fe. Agneta está emocionada de que conozca a los niños.

Cuando entraron en la alcoba de Agneta, esta se levantó de la silla donde descansaba. Ascha la abrazó y Agneta la tomó de la mano para llevarla hasta las cunas donde los pequeños dormían.

plácidamente. Ascha no pudo contener más sus lágrimas y lloró de alegría al ver a sus nietos.

\*\*\*

El solsticio de invierno llegó y se fue, mientras los preparativos para las celebraciones de la Navidad seguían su curso en Ellesmere. Las tres damas nobles no tenían el corazón para ello, pero realizaron las tareas habituales sin mucho entusiasmo. La monotonía se rompió con la aparición de un paje jadeante, que llegó corriendo al salón donde Mabelle supervisaba la colocación de ramos de cedro. Agneta tenía a su hijo en la cadera, mientras Ascha sostenía a su nieta.

—Mi señora condesa —jadeó el muchacho, inclinándose.

—¿Qué ocurre, Edmond? —preguntó Mabelle.

—Jinetes, mi señora, un grupo numeroso... están a tres millas. Es el conde y Lord Baudoin, y según dicen les acompaña un caballero bizantino.

Mabelle sintió cómo el alivio la inundaba. Se preguntó si sería capaz de correr tres millas.

—No puedo salir a su encuentro. Si Caedmon no está con ellos, yo... —balbuceó Agneta.

Ascha se dirigió a Mabelle:

—Con su permiso, llevaré a Agneta y a los niños a su alcoba. No es decoroso que reciba al conde con usted. Salga a darle la bienvenida. Si hay malas noticias sobre Caedmon, mándenlos aviso. Lloraremos juntas.

Se marcharon y Mabelle se apresuró a ponerse una capa abrigada para recibir a Ram en el frío patio. Su caballo apenas se detuvo cuando él bajó de un salto y ella corrió a refugiarse en su abrazo. Él la envolvió con su capa mientras ella sollozaba contra su pecho, sintiendo su necesidad.

—Mabelle —murmuró Ram al oído mientras mordisqueaba su lóbulo—, apenas pongo mis ojos sobre ti y mi cuerpo ya me traiciona con su deseo.

—Maman —gritó Baudoin, acercándose con pasos decididos y uniéndose al abrazo de sus padres.

—Baudoin, mi querido Baudoin —susurró ella.

Parece diferente. Más maduro, más seguro de sí mismo.

—Los he extrañado a los dos. ¿Pero qué hay de Caedmon? ¿No lo encontraron?

Ram la soltó, rodeó sus hombros con un brazo y la giró hacia el otro caballero, que permanecía montado, observándolos con incertidumbre. Tardó un momento en reconocer a aquel hombre con un uniforme extranjero: era Caedmon. Mabelle rió y besó a su esposo, aliviada de que su hijo hubiera sido encontrado, de que los peligros del largo viaje no hubieran sido en vano. También sonrió ante la sorpresa que aguardaba al joven.

Caedmon desmontó y se plantó frente a ella.

—Mi señora condesa, espero que las palabras salgan de mi boca tal como las he ensayado cientos de veces para este momento. Le ruego perdón por el dolor que mi insensatez les ha causado a usted y a su familia.

Se arrodilló, tomó su mano y la besó.

—Caedmon —respondió ella—. Por favor, no se arrodille. Usted forma parte de esta familia. Los Montbryce irían hasta el fin del mundo para proteger a los suyos.

Ram rió.

—De hecho, eso hicimos. Vamos adentro. Hace frío aquí.

Dentro del salón, Caedmon se volvió hacia Mabelle y soltó de repente:

—¿Qué puede decirme de Agneta... y del niño?

Mabelle decidió prolongar su agonía unos minutos. Conocía esa mirada; sabía lo que

significaba.

—Un momento, Caedmon.

Llamó a un sirviente y le susurró:

—Pida a Lady Ascha que nos acompañe y que traiga solo a la niña.

Pocos minutos después, Ascha entró en la sala con la pequeña en brazos. Vaciló al ver a Caedmon, pero este corrió a abrazarla.

—Madre, ¿estás aquí? ¿Y esta niña?

Ascha miró nerviosa a Ram, quien le hizo un gesto afirmativo. Ella devolvió la sonrisa a su hijo y dijo:

—Caedmon, esta es tu hija.

\*\*\*

Caedmon tomó a la pequeña y la acunó contra su pecho, besando su frente y tomando sus diminutos dedos entre sus grandes manos. Su corazón latía con fuerza al contemplar aquella copia en miniatura de su amada esposa. Tenía miedo de expresar lo que sentía, temeroso de la respuesta que podría recibir a continuación.

—¿Agneta?

—Está en su alcoba. Te llevaré con ella.

Ram tomó a la bebé con entusiasmo, maravillado ante la belleza de su nieta.

—Deja a la niña conmigo. Ve con tu esposa. ¿Por qué sonríes, Mabelle?

Ascha condujo a su hijo hasta la puerta de la habitación de Agneta, pero se negó a entrar con él. Sollozando, lo abrazó antes de empujarlo hacia la puerta. Él entró, cerró la puerta tras de sí y se dio la vuelta lentamente, viendo a su esposa de pie en medio de la habitación, esperando.

Si había ensayado su discurso para la condesa cien veces, las palabras que quería decirle a Agneta las había repetido mil. Sin embargo, al mirarla, sus pensamientos se esfumaron. Lo único en lo que podía pensar era en cuánto la amaba, cuánto la había extrañado.

—Agneta... mi Agneta. He anhelado este momento y ahora tengo miedo.

De repente, las palabras de su padre acudieron a su mente, y la sencilla verdad salió a borbotones.

—Te amo más de lo que jamás podré expresarte. Sé que no puedes amarme... probablemente nunca me perdonarás por...

—¡Caedmon! —exclamó Agneta, corriendo hacia él para abrazarlo—. Todo lo que me importa es que has regresado a mí. Mi amor por ti me desborda. Pensé que enloquecería si no volvías. He ansiado por ti.

—¿Me amas? —preguntó él, incrédulo.

Ella besó su rostro, sus manos y luego su cara de nuevo.

—Te he amado desde el primer momento en que te vi, en el páramo cerca de Alnwick.

Él la estrechó con fuerza, hundiendo su rostro en su cuello.

—Y yo te he amado desde que te vi por primera vez en la enfermería. Qué necio he sido. He desperdiciado gran parte de nuestras vidas por mi orgullo y odio. Te fallé, Agneta. No estuve aquí cuando trajiste al mundo a nuestra hermosa hija.

En ese momento, un leve llanto llegó desde la esquina de la habitación. Caedmonladeó la cabeza, confundido sobre el origen del sonido. Aflojó su abrazo a Agneta.

Ella tomó su mano y lo guió hasta la cuna donde su hijo estaba haciendo oír sus demandas.

—Tu hijo quiere comer —dijo ella, alzando al bebé.

Caedmon quedó atónito, y le llevó un momento entender.

—¿Gemelos? —murmuró desconcertado—. ¿Has dado a luz a gemelos? Mi abuelo era

gemelo.

Agneta asintió, deshaciendo las mantas del niño para mostrar con orgullo la masculinidad de su hijo.

—Mi hijo —susurró él, tocando la cabeza del bebé y acariciando el cabello de su esposa—. Los dos pájaros.

—¿Qué? —preguntó Agneta.

Él le contó sobre el sueño mientras ella se preparaba para alimentar al niño. Observando cómo su hijo mamaba felizmente del generoso pecho de su esposa, Caedmon se sintió tan conmovido que tuvo que sonarse la nariz.

—Tu hija probablemente también tenga hambre. Si quieres ir a buscarla y traerla, —sugirió Agneta con una sonrisa.

Él no quería apartar los ojos de la escena que estaba viendo con tanta devoción, y al salir se golpeó contra la puerta. Regresó apresurado al salón principal, donde la bebé había comenzado a inquietarse. Ram se la entregó con una amplia sonrisa.

—Siempre he sido bueno con los bebés, pero no puedo satisfacer sus necesidades en este momento. Y he escuchado que aún me falta conocer a su hermano.

Caedmon volvió rápidamente, sosteniendo a la niña con cuidado, temeroso de dejar caer ese pequeño pedazo de vida que llevaba en sus manos.

—Agneta, ningún hombre ha sido más bendecido que yo. Me has dado un regalo invaluable, dos de ellos, y te lo agradezco.

—Son un regalo mutuo —respondió ella, sonrojándose—. No puedo apartar mis ojos de este magnífico guerrero de bronce en el extraño uniforme... por si descubro que en realidad no está aquí.

Caedmon acomodó a la bebé en una posición diferente en un intento de calmar su llanto.

—Estoy aquí y nunca te dejaré de nuevo. ¿Cómo los nombraste?

—Tuvimos que elegir sin tu ayuda, para su bautizo. Espero que apruebes mis decisiones.

—Amaré lo que hayas elegido.

—Nuestro hijo es Aidan Branton, por mis hermanos, y nuestra hija es Blythe Lacey, un nombre sajón y uno normando.

—Blythe tiene hambre —dijo en voz alta, por encima de los gritos de la niña inquieta. La colocó con cuidado en el otro pecho de Agneta, rozando con ternura la curva de su pecho hinchado de leche y experimentando una erección agradable.

—Y yo también. ¿Tienes suficiente para ambos? —preguntó tímidamente.

—Tienen una nodriza, pero quería que compartiéramos este primer momento juntos —respondió ella en un susurro, sonriendo ante su incomodidad.

—Gracias —dijo él con voz ronca, avergonzado de sentirse celoso de sus propios hijos.

## Reconciliación

—Sigue siendo una mujer hermosa, Ascha.

Sentada sola en la galería, perdida en sus pensamientos, Ascha no había oído entrar a Ram.

—¡Mi señor Rambaud! No es... —Se deslizó de la silla y cayó de rodillas, inclinando la cabeza. Cerró los puños, tratando de dominar los sentimientos que se agitaban en su pecho.

—No se preocupe, Ascha. Mabelle sabe que estamos hablando. No se arrodille ante mí. Soy yo quien debería postrarse a sus pies.

Lo miró y pudo ver, por la rigidez de sus hombros y la incertidumbre en su rostro, que él también luchaba contra emociones intensas. Era tan apuesto como lo recordaba. Las hebras plateadas en su cabello lo hacían aún más atractivo.

Parecía inseguro.

—La ayudaría a levantarse, pero será mejor que no nos toquemos. No quiero ofenderla.

—Su tacto no me ofendería, mi señor.

Le ofreció la mano, desesperada por no sentir nada cuando sus dedos se tocaran. Era una esperanza vana, pero estaba decidida a no mostrar su reacción mientras él la ayudaba a levantarse.

Él soltó su mano rápidamente.

—Le agradezco por Caedmon. Es un gran hombre.

—Es como su padre —susurró ella.

—Quisiera que me lo hubiera dicho, pero entiendo por qué no pudo. Es una mujer de un valor extraordinario por haber sobrevivido el viaje a Escocia y prosperado allí sola, con un niño pequeño. ¿Nunca se casó?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca hubo alguien con quien deseara casarme. Sobreviví gracias a mis recuerdos y al amor por Caedmon. Usted y su condesa habéis sido generosos al reconocerlo como lo han hecho. No se arrepentirán.

—Lo sé. Estamos inmensamente orgullosos de él. ¿Caedmon Brice, eh? Ingenioso.

Ascha se sonrojó y sonrió.

—Sí, era mi secreto.

Ram rió, y el cálido sonido la envolvió.

—¿Qué hará ahora, lady Ascha?

—Regresaré a Shelfhoc con Caedmon y Agneta para ayudarlos con los niños. No tengo otro lugar adonde ir, y Shelfhoc es una mansión cómoda, lo suficientemente grande para todos nosotros. Le agradezco tu administración de ella todos estos años.

Ram asintió.

—Espero que encuentre la dicha, milady.

—Ya la he encontrado. Estoy feliz de que Caedmon haya encontrado la felicidad con Agneta, que ahora conozca y se sienta orgulloso de su verdadero linaje. Ya no tengo que guardar secretos. Me dedicaré a ser la abuela perfecta.

Y siempre te amaré.

—Yo también soy un abuelo devoto —rió Ram, para luego ponerse serio—. Es otra cosa que compartimos. Nunca les faltará nada. Lo juro. Lamento las cargas que tuvo que llevar sola.

—Es un hombre honorable, Ram, y confío en que estos niños traerán más honor a su nombre y su casa. Caedmon nunca fue una carga.

—¿Ha hablado con él desde nuestro regreso?  
—Solo brevemente. No pude hablar.  
—Él la espera. ¿Toma mi brazo y la acompaño hasta él?  
Ascha inclinó la cabeza y colocó su mano sobre el brazo de Ram.  
—Gracias, mi lord conde.

\*\*\*

—Caedmon, perdóname.  
Él tomó las manos de su madre y la levantó.  
—No hay nada que perdonar, madre. Ven, siéntate conmigo.  
Ascha se sentó en la silla junto al hogar, frente a su hijo.  
—Pero te mentí. Mi lujuria y mis mentiras casi te destruyen.  
Caedmon se inclinó hacia adelante y le tomó la mano.  
—Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Mi padre me contó lo que ocurrió después de Hastings, cómo fue... para ambos. Humildemente te pido perdón por la forma en que te traté.  
Ella apartó la mirada.  
—Me lo merecía. Fui débil.  
Él apretó su mano.  
—Mírame.  
Ascha levantó la mirada.  
—Nunca has sido débil. Tu valor me ha convertido en quien soy.  
Ella reprimió un sollozo.  
—¿Cómo era tu esposo?  
Los ojos de Ascha se agrandaron por la sorpresa.  
—Era un bruto —susurró.  
—¿Te golpeaba?  
Ella se removió incómoda y apartó la mirada de nuevo.  
—A veces, cuando estaba enfadado. Era un hombre difícil de complacer. Para mí fue duro. Mi padre era un guerrero, pero nunca fue un hombre violento. No estaba acostumbrada.  
Caedmon se levantó, la ayudó a ponerse de pie y rodeó sus temblorosos hombros con los brazos, abrazándola. Sospechaba que su esposo no se había preocupado mucho por complacerla tampoco, y su corazón dolía por ella. Entendía por qué su madre se había unido a Ram de Montbryce.  
—No llores. Debería haber sabido que la brutalidad no es solo dominio de los normandos. Me alegra no ser hijo de un hombre así. Fue lo mejor que falleciera en Hastings.  
Ascha asintió.  
—Eres un hijo digno de orgullo. Nunca he lamentado tu nacimiento ni un solo instante.  
Él puso sus manos en sus hombros y la sostuvo apartándola un poco, sonriendo.  
—Y no cabe duda de que has sentido cierto placer secreto por mi segundo nombre.  
Ella también sonrió y se sonrojó.  
—Fue una travesura de mi parte. Quería que al menos una pequeña parte de ti llevara una huella de tu verdadero padre.  
—Ahora significa mucho más para mí. Hay algo más que probablemente no sabes. El día trece de noviembre es el día de San Brice.  
—No entiendo.  
—Ese es el día en que tuvo lugar la batalla de Alnwick.  
—Oh, Caedmon.

Él percibió que su madre todavía amaba a Ram de Montbryce y sintió pesar por ella, pues sabía que era un amor imposible. En silencio dio gracias a los santos por ser un hombre cuyo profundo amor por su esposa era plenamente correspondido.

\*\*\*

Ram dio órdenes para un festín especial que celebrara todo lo que tenían por agradecer: la temporada de Navidad, su regreso seguro, el nacimiento de dos niños sanos y la reunión de Caedmon y Agneta. El salón estaba lleno de los hombres de armas de Ellesmere y sus comandantes, así como de nobles locales. La anciana Trésor, aún la dama de las cocinas, se superó y sirvieron cordero asado, pastel de paloma y trucha. Trésor siempre reconocía su deuda con la ahora fallecida La Cuisinière por la receta secreta. La cerveza y el vino fluyeron abundantemente.

Caedmon y Agneta llevaban con orgullo a Aidan y Blythe de mesa en mesa para que todos los vieran. Al final de la comida, Ram se puso de pie y levantó la mano. El salón quedó en silencio.

—Hoy tengo el honor de reconocer, ante todos, a Sir Caedmon Woolgar como mi hijo. Es un hijo concebido de mi simiente y del cuerpo de Lady Ascha Woolgar poco después de la batalla de Hastings.

Hizo un gesto hacia Ascha, quien también estaba sentada en la mesa principal. Un murmullo de sorpresa recorrió a los presentes, que miraron a Mabelle, sentada junto a Rhoni, ambas sonriendo con dignidad.

Ram bajó del estrado para colocarse frente a los reunidos. Baudoin estaba a su lado, intentando mantenerse serio, con un pergamino enrollado y decorado con cintas en las manos.

—Llamo a Sir Caedmon Woolgar para que se presente ante mí —dijo Ram con autoridad.

Caedmon obedeció.

Ram miró a esa réplica más joven: la misma postura, la misma manera de llevar los hombros, el mismo rostro.

—Sir Caedmon. —Hizo una pausa y tosió, visiblemente conmovido—. Sir Caedmon, mientras Baudoin y yo viajábamos contigo a través de tantos países este otoño, llegamos a conocerte como un hombre de valentía, honor y fortaleza. Estoy orgulloso de llamarte hijo y te damos la bienvenida a nuestra familia. Te otorgo el derecho de llevar el nombre FitzRam.

Se detuvo, inseguro de si su hijo aceptaría el gesto. ¿Entendía Caedmon el enorme honor que le estaba otorgando a sus ojos normandos? Un asentimiento casi imperceptible de Caedmon lo tranquilizó, y continuó.

—Como muestra de nuestro amor y estima hacia ti y tu familia, también te concedo las casas solariegas y las tierras de Pagham, Tangmere y Slindon, en Sussex.

Con un gesto elegante y una sonrisa, Baudoin le entregó a Caedmon el documento oficial, preparado antes de que partieran en su misión.

—Siento como si me hubiera alcanzado un rayo, y quizás esté imaginando todo esto —dijo Caedmon mientras rompía el sello y desenrollaba el pergamino. Lo examinó rápidamente y luego miró a su padre—. Cediste estas tierras a mí y a mi familia antes de saber si alguna vez regresaría. Querías cuidar de Agneta.

Ram asintió.

Caedmon susurró:

—Los romaníes hablaron con verdad.

Ram lo miró con curiosidad, pero su hijo negó con la cabeza.

Caedmon se arrodilló, y su padre extendió su brazo derecho, con la palma hacia abajo y el

puño cerrado. Sujetando con firmeza la muñeca de Ram con su mano izquierda y colocando la derecha sobre su corazón, juró lealtad sin apartar los ojos del rostro de su padre.

—Ya que mi señor, el conde de Ellesmere, me ha pedido que reconozca mi feudo y homenaje por las propiedades con las que hoy me ha favorecido a mí y a mis herederos, en el nombre del Señor, yo, Caedmon Brice FitzRam, caballero de Ruyton, en presencia de mi madre, Lady Ascha, mi hijo Aidan, mi hija Blythe, mi esposa Agneta, mi hermano Baudoin, mi hermana Rhoni, mi señora Mabelle de Montbryce, condesa de Ellesmere, y de los nobles y hombres honorables aquí reunidos para celebrar nuestro regreso y el nacimiento de nuestros hijos, reconozco ante ti, mi señor Rambaud de Montbryce, conde de Ellesmere, que eres mi señor feudal... y mi padre, y que soy tu leal vasallo.

Sacó su espada, la entregó con la empuñadura hacia adelante y colocó la hoja sobre su brazo. Ram asintió, la tomó, la alzó, giró y la devolvió sin apartar su mirada de Caedmon.

—Que comience el banquete —ordenó el conde.

El salón se llenó de aplausos y vítores.

\*\*\*

—Lady Agneta FitzRam, por favor, acérquese.

Agneta, todavía sumida en el orgullo tras ver a su esposo reconocer a su padre, estuvo segura de que todos en el salón habían escuchado su jadeo de sorpresa al levantar la cabeza de golpe. El conde de Ellesmere la había llamado al estrado mientras se retiraban los restos de la comida. Se giró para buscar en Caedmon alguna pista, pero él parecía igual de sorprendido. Se levantó y caminó con piernas temblorosas hasta colocarse frente al conde, con la cabeza baja.

—Mi señor —susurró.

—Lady Agneta, me ha llegado la noticia de que usted es la legítima propietaria de una casa solariega en Northumbria conocida como Kirkthwaite Hall.

Ella alzó la mirada hacia el conde y vio bondad en sus ojos. Robó una mirada hacia Caedmon, cuyo rostro no le reveló nada. Carraspeó.

—Kirkthwaite Hall perteneció a mis padres. Fue construida por mis abuelos.

—¿Es usted su única descendiente viva?

—Sí, junto con mis hijos.

Ram se aclaró la garganta.

—He enviado mensajeros al rey para establecer su derecho sobre la casa solariega y todo lo que ello implica. Estoy seguro de recibir una respuesta positiva.

Las lágrimas brotaron involuntariamente y rodaron por sus mejillas.

—Es una ruina —murmuró ahogada.

—También he solicitado su asistencia para reconstruir la casa y la finca. Rufus reconocerá los beneficios de una propiedad próspera en esa zona de Northumbria, ahora que Roger de Mowbray ha sido desacreditado y encarcelado. Estoy seguro de que usted y mi hijo podrán devolverla a su antiguo esplendor.

Volvió a mirarlo. La sonrisa del conde llenó su corazón y apenas pudo hablar.

—Decir "gracias" parece poco en respuesta, mi señor.

Caedmon se levantó de su silla, asintió a su padre y acompañó a su esposa de regreso a su lugar. Agneta sintió su mano temblar en su codo.

\*\*\*

Ya retirados en su alcoba, Caedmon estaba sentado con Blythe acunada contra su pecho. Cada vez que miraba a la niña, se maravillaba de su semejanza con Agneta. Su hija dormía plácidamente, ajena a los latidos acelerados del corazón de su padre mientras esperaba a que

Agneta terminara de leer su códice.

Finalmente, su esposa suspiró, y él reunió el valor para mirarla de reojo, perplejo al ver lágrimas en sus ojos. Se levantó, dejó a la niña en su cuna y se acercó a donde Agneta estaba sentada, con el códice cerrado en su regazo y sus manos entrelazadas encima. Colocó sus manos en los hombros de ella y besó su cabeza. En cuanto la tocó, la sangre le hirvió en el cuerpo.

—No llores, Agneta. No quería hacerte sentir triste.

—No estoy triste. Estoy tan feliz que quiero llorar. En verdad me amas.

Se sentó junto a ella, tomó su mano y la colocó sobre su erección.

—¿Alguna vez lo dudaste?

Ella rió suavemente.

—No. Tengo la suerte de tener a un hombre tan fogoso como esposo. —La sonrisa desapareció de su rostro—. Sufro al pensar en las tormentas y pruebas que enfrentaste durante la Cruzada.

Él puso su mano sobre su muslo.

—Pero la experiencia me hizo un mejor hombre, aunque te herí al partir.

Ella colocó su mano encima de la suya.

—Yo también soy más fuerte. He aprendido a no dejar que el odio y el rencor me dominen. Doy gracias al Señor por haberte traído de vuelta sano y salvo a mi lado.

—Y nuestros hijos quizá se beneficien, si les enseñamos la futilidad del odio.

Sonrió.

—La mejor manera de lograrlo es preservar este libro tuyo y asegurarnos de que lo lean cuando sean mayores. Le haré una nueva cubierta.

—Y yo te enseñaré a hacer plumas, pero primero...

Agneta gritó de risa cuando Caedmon la empujó sobre la cama. El códice cayó al suelo.

—Tu diario —dijo ella entre risas.

—Después —respondió él.

\*\*\*

—Caedmon —susurró Agneta mientras yacían piel con piel, abrazados esa noche, escuchando la respiración tranquila de sus bebés dormidos—. Tu padre nos ha dado las mansiones de Sussex, pero cuando Kirkthwaite Hall sea reconstruido, ¿te gustaría vivir allí? Has dicho muchas veces que quisieras tener algo en Northumbria para ti.

Él la miró sorprendido.

—Eso me gustaría mucho. Soy del norte de corazón. Y mi madre quiere regresar a Shelfhoc, aunque se quedará sin un caballero.

—Leofric estará más que feliz de quedarse allí con su esposa.

Caedmon se incorporó de golpe.

—¿Su esposa?

—Él y Coventina se casaron.

—¡Por todos los demonios! ¿Su madre lo aprobó?

—No tenía mucha opción. Coventina finalmente defendió lo que quería.

Caedmon volvió a recostarse y abrazó a su esposa, riendo.

Agneta puso un dedo en sus labios.

—¿Prometerás algo para mí si vamos a Kirkthwaite?

—Haré lo que quieras —susurró él mientras mordisqueaba su lóbulo.

Agneta se levantó y fue hasta el armario. No deshizo el paquete que sacó, pero se arrodilló sobre la cama junto a Caedmon, sosteniéndolo con ambas manos.

—Estuve tan orgullosa de ti esta noche al verte jurar lealtad a tu padre. Mi corazón estaba a punto de estallar.

Él se sentó, cubriéndose las caderas con las sábanas y apoyando los brazos en las rodillas dobladas.

—Yo también estaba orgulloso de mí mismo. Soy mejor hombre ahora.

Ella hizo una pausa, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Cuando dejamos la abadía, la madre superiora me dio esto. Nunca me has preguntado al respecto.

Él la miró a los ojos.

—Confié en que me lo contarías.

Agneta desenvolvió el paquete y le ofreció el puñal con ambas manos, como si fuera una ofrenda.

—Es un puñal ceremonial —dijo él, inclinándose para tomar el mango de marfil de morsa y examinando el trabajo—. ¿Danés, quizás? Alguien trabajó mucho en esto.

—Perteneció a mi madre, que lo heredó de la suya, quien lo recibió como regalo de su abuelo. Él lo fabricó.

—Tu tatarabuelo —calculó él.

—Sí. Mi madre se quitó la vida con él.

Hubo un largo y tenso silencio mientras él miraba el puñal. Finalmente, alzó los ojos para encontrarse con los de Agneta.

—¿Después de Bolton?

—Sí.

—Lo siento, Agneta —susurró, sacudiendo la cabeza—. Siento el dolor que causé.

Ella luchó por continuar.

—Al principio me negué a aceptarlo, pero la madre superiora insistió. Me dijo que es bueno tener un recordatorio de las penas pasadas.

Agneta tomó el puñal de sus manos y presionó suavemente la punta contra su pecho.

—Cuando partiste a la Cruzada, pensé quitarme la vida con él.

—¡No! —exclamó él, arrodillándose y tratando de arrebatarle el puñal.

Ella sostuvo su mano cálida sobre el frío puñal contra su pecho mientras se arrodillaban, sus cuerpos juntos, el arma entre ellos. Sonrió y negó con la cabeza.

—No te lo cuento para hacerte sentir culpable. En ese momento comprendí que te amaba y no quería vivir sin ti. Por primera vez, entendí algo de lo que mi madre sintió el día fatídico en que acabó con su vida. El puñal me reveló muchas cosas: mi orgullo por mi linaje, mi amor por ti, la certeza de que eres un hombre bueno y noble, un hombre valioso. Cuando te vi en Bolton, tus acciones mostraron que estabas horrorizado por lo que sucedió allí. La forma en que sostenías a mi hermano...

Presionó los labios, incapaz de continuar.

—No soy digno de ti —dijo él con la voz quebrada.

—Caedmon, soy yo la que no ha sido digna de ti. Insistí en hacerte sentir culpable por algo por lo que habías expiado hace mucho tiempo. Fallé en darte el amor que necesitabas para amortiguar el golpe cuando descubriste...

Caedmon puso las yemas de sus dedos sobre su boca, tomó la daga, la colocó a un lado y luego la atrajo de nuevo a sus brazos.

—Tú habías sufrido una gran pérdida.

—Nuestra conversación sobre tu código me hizo pensar en lo que quiero dejar a mis hijos.

Cuando regresemos a Kirkthwaite, quiero que encuentres un lugar de honor para exhibir mi daga. Después de mi muerte, debe pasar a Blythe. Les contaré a nuestros hijos su historia cuando sean lo suficientemente mayores. Será un recordatorio de dolor y tristeza, pero también de amor y resistencia. Con ella marcamos a Aidan como primogénito. La daga salvó mi vida y, tal vez, la tuya. Me llevó a buscar ayuda a tu padre.

Se abrazaron durante largos minutos, muslo contra muslo, vientre contra vientre, pecho contra pecho, su cabeza descansando sobre el hombro de él. La respiración de Caedmon se aceleró, y ella sintió la firme longitud masculina contra su cuerpo. Movi6 una pierna para presionar contra su cadera. l acarici6 su muslo, y ella envolvi6 sus piernas alrededor de él. La levant6 ligeramente y ella se dej6 caer sobre su virilidad.

—Eres mi coraz6n —susurr6 ella, balanceándose contra él.

—Y t, mi alma.

\*\*\*

Más tarde esa noche, Martin Bonhomme realizaba su última ronda para asegurarse de que todo estuviera en orden. Mientras el leal administrador del castillo de Ellesmere pasaba junto a la habitaci6n del conde y la condesa, sonri6. A juzgar por los gritos de alegría provenientes de la estancia, todo había vuelto a la normalidad en el castillo.

Continu6 su camino y, al pasar frente a la habitaci6n asignada a Sir Caedmon y Lady Agneta, se detuvo brevemente para escuchar la feliz algarabía en el interior. Solt6 una carcajada.

—De tal palo, tal astilla.

Apresur6 el paso hacia su propia habitaci6n, donde lo esperaba su esposa.

## Epílogo

Los héroes y heroínas de esta historia sobrevivieron al rey Guillermo II (Guillermo Rufus), quien murió en un extraño accidente de caza en el Bosque Nuevo, en el año de Nuestro Señor mil cien, tras haber sido rey por solo trece años. Fue alcanzado accidentalmente por una flecha disparada por un compañero de caza, famoso en toda Inglaterra por ser un arquero experto. Rufus podría haber sobrevivido de no haber caído de su caballo, lo que hizo que la flecha se hundiera más profundamente.

Le sucedió en el trono de Inglaterra su hermano, Enrique, coautor del incidente de la bacinica, quien, coincidentemente, también estaba presente en el Bosque Nuevo el día del accidente. Cabe recordar que el Bosque Nuevo abarcaba una vasta extensión.

Las dramáticas vidas de los descendientes de Ram y Mabelle, Rhodri y Rhonwen, y Caedmon y Agneta forman el corazón y la leyenda de la siguiente generación y marcan el inicio del turbulento siglo XII. Pero esas son otras historias dentro de El Legado Montbryce.

\* \* \*

¿Se pregunta qué ocurrió con Rhoni, la niña nacida en la fortaleza montañosa de Rhodri? **VENGANZA** es su historia. Conozca a su héroe, Ronan.

## SOBRE ANNA

Gracias por leer REDENCIÓN. Si desea dejar una reseña en el sitio donde compró el libro y/o en Goodreads, le estaría muy agradecida. Incluso una reseña breve contribuye enormemente al éxito de un autor.

Me encantaría que visitara mi sitio web y mi página de Facebook, Anna Markland Novels.

Tuitéeme en @annamarkland, únase a mí en Pinterest o suscríbase a mi boletín informativo.

Sígame en BookBub y sea de los primeros en saber cuándo estará disponible mi próximo libro.

Soy una firme creyente en el amor a primera vista. Mis héroes y heroínas pueden negar inicialmente la atracción que sienten, pero al final la alquimia siempre gana. Deseo que los lectores se regocijen cuando el poder del amor supere cada obstáculo y una a las almas gemelas. Para mí, las novelas son una experiencia de otro mundo y otra época. Me pierdo en las vidas de los personajes, siempre sabiendo que al final triunfarán y encontrarán el amor. Una de las cosas que más disfruto al escribir romances históricos es la investigación detallada necesaria para ofrecer a los lectores una experiencia medieval auténtica. ¡Me encanta descubrir fragmentos de trivia histórica que desconocía! Basé la trama del Libro Uno, Conquista, en un extraño incidente que realmente le ocurrió a una noble normanda.

Espero que lleguen a conocer y amar a mis personajes tanto como yo.

Mi agradecimiento especial a la invaluable asistencia de mi lectora beta, Maria McIntyre.